

Después de que él
haya desaparecido,
¿Podrá protegerla el
espíritu de su amor?

Kissed by an Angel



Elizabeth Chandler



Agradecimientos



Como siempre, muchísimas gracias a las traductoras, traductores, y correctoras quienes buscan el tiempo para siempre terminar los proyectos de traducción. Del mismo modo, gracias a los lectores y lectoras que leen nuestras traducciones, su apoyo es incondicional, y la verdad es, que sin ustedes nuestro trabajo no tendría sentido.

Staff de Traducción

AndreaN

Andre_G

Dani.pmr

Virtxu

Palolasg12

Sheilita Belikov

+DaRkGiRl+

Sera

Lady Anne Darcy

Priisci!!

Dreamers...

aLebEna

Neru

Evelin

Staff de Corrección

Recopilación

Kanon♪♪♪

Kanon♪♪♪

Ángeles Rangel

Diseño

marceDoyle

AndreaN

tati chenu xD



Purple Rose



Índice



Sinopsis	5
Capitulo 1	6
Capitulo 2	19
Capitulo 3	33
Capitulo 4	40
Capitulo 5	50
Capitulo 6	56
Capitulo 7	68
Capitulo 8	83
Capitulo 9	90
Capitulo 10	102
Capitulo 11	115
Capitulo 12	123
Capitulo 13	130
Capitulo 14	138
Capitulo 15	153
Capitulo 16	173
The Power of Love	186
Acerca de la autora... Elizabeth Chandler	187





Sinopsis



Un amor mas allá de la vida... un peligro mas allá de dudas

En la romántica y suspensiva colección de la trilogía bestseller *del New York Times*, los irrompibles lazos del amor se pondrán a prueba.

Cuando su novio, Tristan, muere, Ivy pensó que perdió todo, incluso su fe en los ángeles. Pero ahora ella descubrió que él es su ángel guardián—su presencia es tan fuerte que ella puede sentir el toque de su mano, el latido de su corazón. Ivy necesita a Tristan ahora más que nunca porque él sabe que ella está en un terrible peligro. Solo el ángel guardián de Ivy puede salvarla ahora que su asesino esta tras ella.

Pero si Tristan rescata a Ivy, su misión en la tierra habrá terminado, y el deberá dejarla atrás para siempre. ¿Salvando a Ivy la perderá justo cuando él finalmente la encontró de nuevo?

Anotación

Ivy siempre creyó en los ángeles. Cuando ella conoce a Tristan, es el amor de su vida. Cuando el muere, su corazón se rompe y su creencia en los ángeles se desvanece. Y sin esa creencia, ella es incapaz de sentir la presencia de Tristan cuando el regresa—como un ángel. Ahora Ivy está en un terrible peligro, y Tristan está luchando por salvarla. Pero, ¿Cómo puede protegerla si ella perdió su fe en los ángeles?

Sinopsis traducida por AndreaN



Capítulo 1



Traducido por AndreaN
Corregido por Kanon 🎵🎵

—Yo no sabía que tan romántico podía llegar a ser un asiento trasero —dijo Ivy sonriendo, mientras descansaba contra Tristán. Entonces ella miró detrás de él a la pila de chatarra en el piso del carro—. Tal vez deberías sacar tu corbata de ese vaso de Burger King.

Tristan se agacho e hizo una mueca. Él tiro la cosa goteante hacia la parte delantera del carro, luego se sentó de nuevo al lado de Ivy.

—¡Ow! —el olor de flores marchitas lleno el aire.

Ivy se rió en voz alta.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Tristan, tirando las rosas marchitas de detrás de él, pero también se estaba riendo.

—¿Qué pasaría si alguien viene y ve la calcomanía del Clero de tu padre en el parachoques?

Tristan arrojó las flores hacia el asiento de adelante y la atrajo hacia él otra vez. Trazó la cinta de seda de su vestido, luego tiernamente besó su hombro. —Les diría que estoy con un ángel.

—¡Oh, qué línea!

—Ivy, te amo —dijo Tristan, con el rostro repentinamente serio—.

Ella le devolvió la mirada, y luego mordió su labio.

—Esto no es alguna especie de juego para mí. Te amo, Ivy Lyons, y un día vas a creermelo.

Puso sus brazos alrededor de él y lo abrazó con fuerza. —Yo te amo a *ti*, Tristan Carruthers —susurró ella en su cuello. Ivy si le creía, y confiaba en él como no confiaba en nadie más. Un día ella tendría el valor de decirlo, todas las palabras en voz alta. Te amo, Tristan. Ella lo gritaría hacia fuera de las ventanas. Ella lo pondría en una pancarta en el fondo de la piscina de la escuela.

Les tomo unos pocos minutos enderezarse a sí mismos. Ivy empezó a reír de nuevo. Tristan sonrió y la vio intentar domar su maraña dorada de cabello —un esfuerzo inútil—. Luego él encendió el carro, pasando por baches y piedras de la estrecha carretera.

—La última mirada al río —dijo él mientras la carretera hacia un fuerte giro lejos de él.

El sol de Junio, pasando por la cresta oeste del lago de Connecticut, llenaba de luz las copas de los árboles, bañándolos con un fuego de oro. El sinuoso camino se deslizó por un túnel de arces, álamos y robles. Ivy se sintió como si se deslizara por debajo de olas con Tristan, con la puesta de sol brillante arriba, ellos dos moviéndose juntos a través de un abismo de azul, morado, y verde profundo. Tristan encendió los faros.

—Realmente no tienes que apurarte —dijo Ivy—. Ya no tengo hambre.

—¿Arruine tu apetito?

Ella sacudió su cabeza. —Supongo que estoy llena de felicidad —dijo ella suavemente.

El carro aceleró y tomo una curva bruscamente.

—Dije, no tenemos que apresurarnos.

—Esto es gracioso —murmuró Tristan—. Me pregunto porque... —él miró hacia abajo a sus pies—. No siento...

—Baja la velocidad, ¿sí? No importa si estamos un poco retrasados. ¡Oh! —Ivy apuntó hacia el frente—. ¡Tristan!

Algo había caído de los matorrales y entrado a la carretera. Ella no había visto lo que era, solo el parpadeo de movimiento entre las sombras profundas. Luego el venado se detuvo. Volteo su cabeza, un par de ojos brillantes se enfocaron por las luces del coche.

—¡Tristan!

Ellos se estaban precipitando sobre los ojos brillantes.

—Tristan, ¿no lo ves?

Todavía se acercaban.

—Ivy, algo...

—¡Un venado! Exclamó ella.

Los ojos del animal ardieron. Luego, luz vino desde detrás de él, una ráfaga brillante alrededor de su oscura silueta. Un carro estaba viniendo desde la dirección opuesta. Los árboles los amurallaban. No había espacio para girar a la izquierda o la derecha.

—¡Detente! —gritó ella—. Yo...

—Detente, ¿Por qué no te detienes? —ella imploró—. ¡Tristan, *detente!*

El parabrisas explotó.

Días después, todo lo que Ivy podía recordar era la cascada de vidrios.

El sonido del disparo, Ivy saltó. Ella odiaba las piscinas, especialmente las piscinas techadas. Incluso aunque ella y sus amigos estaban a diez pies del borde, se sentía

como si estuviera nadando. El aire en si mismo parecía oscuro, una niebla húmeda, azul verdosa, pesada con olor a cloro. Todo hacía eco —el disparo, los gritos de la multitud, la explosión de nadadores en el agua—. Cuando Ivy había entrado por primera vez a la abovedada área de la piscina, ella trago saliva para recuperar el aliento. Deseó estar afuera en el brillante y ventoso día de Marzo.

—Dime de nuevo —dijo ella—. ¿Cuál de todos es él?

Suzanne Goldstein miro a Beth Van Dyke. Beth miró a Suzanne de regreso. Ellas dos sacudieron sus cabezas, suspirando.

—Bueno, ¿Cómo voy a ser capaz de saberlo? —preguntó Ivy—. Ellos no tienen cabello, cada uno de ellos tiene, los brazos rasurados, piernas rasuradas, y pechos rasurados... un equipo de chicos calvos en tapones de goma y lentes submarinos. Están usando los colores de nuestra escuela, pero por todo lo que sé, ellos podrían ser un cargamento de extraterrestres.

—Si ellos son extraterrestres —dijo Beth, haciendo clic rápidamente con la punta de su bolígrafo—, me mudo a ese planeta.

Suzanne le quitó el bolígrafo a Beth y dijo con voz ronca —Dios, ¡amo la natación!

—Pero no ves a los nadadores una vez que están en el agua —observó Ivy.

—Porque ella chequea al grupo que está acercándose a los bloques —explicó Beth.

—Tristan es el que está en la línea del centro —dijo Suzanne—. Los mejores nadadores siempre compiten en las líneas del centro.

—El está en nuestro panfleto —añadió Beth—. El mejor en el estilo mariposa. El mejor del estado, de hecho.

Ivy ya sabía eso. El póster del equipo de natación estaba por toda la escuela: Tristan surgiendo del agua, sus hombros inclinándose hacia delante, sus poderosos brazos echados hacia atrás como alas. La persona a cargo de la publicidad sabía lo que estaba haciendo cuando selecciono esa foto. Había producido numerosas copias, lo que era algo bueno, porque los pósters pegados de Tristan desaparecían continuamente... dentro de los casilleros de las chicas.

En algún día durante esta manía de los pósters, Beth y Suzanne habían empezado a creer que Tristan estaba interesado en Ivy. Dos colisiones en el pasillo en una semana era todo lo que hacía falta para convencer a Beth, una escritora imaginativa que había leído una biblioteca de romances Arlequines.

—Pero, Beth, he caminado *contigo* un montón de veces —discutió Ivy con ella—. Sabes quién soy.

—Lo sabemos —dijo Suzanne—. Con la cabeza en las nubes. A tres millas por encima de la tierra. En la zona de Ángeles. Pero de todos modos, creo que Beth tiene algo de razón. Recuerda, *él* fue hacia *ti*...

—Tal vez él es torpe cuando esta fuera del agua. Como una rana... —había agregado Ivy, sabiendo todo el tiempo que no había nada de torpe en Tristan Carruthers.

El se había presentado a ella en Enero, ese primer día nevado cuando ella había llegado a la escuela secundaria Stonehill. Una porrista había sido asignada como guía para Ivy y la estaba guiando a través de una cafetería abarrotada.

—Probablemente estas chequeando a los atletas —dijo la porrista.

En realidad, Ivy estaba demasiado ocupada intentando averiguar que era la cosa verde fibrosa que su nueva escuela le estaba sirviendo a sus estudiantes.

—En tu escuela en Norwalk, las chicas probablemente sueñan con las estrellas de futbol. Pero un montón de chicas de Stonehill...

Soñarán con *él*, pensó Ivy mientras seguía la mirada de la porrista hacia Tristan.

—En realidad, prefiero a un chico que tenga cerebro —le dijo Ivy a la pelirroja mullida.

—¡Pero él tiene cerebro! —había insistido Suzanne cuando Ivy le repitió la conversación unos pocos minutos después.

Suzanne era la única chica que Ivy ya conocía en Stonehill, y de alguna manera ella había encontrado a Ivy en la multitud ese día.

—Me refiero a un cerebro que no esté anegado —agregó Ivy—. Sabes que nunca he estado interesada en atletas. Quiero a alguien con quien pueda hablar.

Suzanne resopló a través de sus labios. —Ya te estás comunicando con los ángeles...

—No empieces con eso —le advirtió Ivy.

—¿Ángeles? —preguntó Beth. Ella había estado escuchando desde la mesa de al lado—. ¿Hablas con ángeles?

Suzanne rodó sus ojos, molesta por la interrupción, luego se volteó de nuevo a Ivy. —Crees que en algún lugar de esa halada colección tuya, tengas al menos un ángel del amor.

—Sí.

—¿Qué clase de cosas les dices? —Beth interrumpió de nuevo. Ella abrió un blog de notas. Su lápiz estaba posicionado como si ella fuera a copiar lo que Ivy iba a decir, palabra por palabra.

Suzanne pretendió que Beth no estaba ahí. —Bueno, si tienes un ángel del amor, Ivy, ella lo está arruinando. Alguien debería recordarle su misión.

Ivy se encogió de hombros. No es que no estuviera interesada en los chicos, pero sus días estaban lo suficientemente llenos —con su música, su trabajo en la tienda, manteniendo altas sus notas, y ayudando a cuidar a su hermano de ocho años, Philip—. Habían sido un par de meses duros para Philip, su madre, y ella. No lo habría soportado sin los ángeles.

Después de ese día en Enero, Beth había buscado a Ivy para preguntarle acerca de su creencia en los ángeles y para mostrarle algunas de sus historias cortas románticas. Ivy disfrutaba hablar con ella. Beth, quien era de cara redonda con cabello largo hasta los hombros esmerilado y ropas que eran desde desinteresadas

hasta desaliñadas, y vivía muchas vidas increíblemente románticas —en su mente.

Susanne, con su magnífica larga melena de cabello negro y dramáticas cejas y pómulos, también perseguía y vivía muchas pasiones —en los salones de clases y pasillos, dejando a los chicos de la secundaria Stonehill emocionalmente exhaustos—. Beth y Suzanne nunca habían sido muy amigas, pero a finales de Febrero ellas se habían convertido en aliadas en la causa de juntar a Ivy con Tristan.

—Escuché que él es bastante inteligente —había dicho Beth en otro almuerzo en la cafetería.

—Un cerebro total —estuvo de acuerdo Suzanne—. El mejor de la clase.

Ivy enarco una ceja.

—O bastante cerca.

—Nadar es un deporte delicado —continuó Beth—. Se ve como si todo lo que estuvieran haciendo es ir hacia atrás y adelante, pero un chico como Tristan tiene un plan, una compleja estrategia ganadora para cada carrera.

—Uh-huh —dijo Ivy.

—Todo lo que estamos diciendo es que deberías venir a una competencia de nado —le dijo Suzanne.

—Y sentarte al frente —sugirió Beth.

—Y dejarme vestirte ese día —agregó Suzanne—. Sabes que puedo elegir tu ropa mejor que tú.

Ivy había sacudido su cabeza, preguntándose a continuación, y por días como sus amigas podían pensar que un chico como Tristan podría estar interesado en ella.

Pero cuando Tristan se había parado en la asamblea de la clase junior y le dijo a todo el mundo lo mucho que necesitaba el equipo que todos fueran para la última

gran competencia de la escuela, mirando todo el tiempo hacia ella, parecía que tenía pocas opciones.

—Si perdemos este encuentro —dijo Suzanne—, estará en tu conciencia, chica.

Ahora, a finales de Marzo, Ivy observo a Tristan sacudir sus brazos y piernas. Él tenía una perfecta estructura de nadador, anchos y poderosos hombros, caderas estrechas. La gorra escondía su liso cabello marrón, el cual era corto y espeso según recordaba.

—Cada centímetro de él es músculo duro —suspiró Beth. Después de varios clicks de su bolígrafo, el cual ella había recuperado de Suzanne, estaba escribiendo sin cesar en su blog de notas—. Como una reluciente piedra. Sinuosa en las manos de un escultor, fundida en los dedos de su amante...

Ivy miró hacia la libreta de Beth. —¿Qué es esta vez? —preguntó ella—, ¿poesía o romance?

—¿Hay alguna diferencia? —replicó su amiga.

—¡Nadadores arriba! —gritó el oficial de partida, y los competidores escalaron a sus plataformas.

—Mi, mi..., murmuró Suzanne. Esos pequeños trajes no dejan mucho a la imaginación, ¿verdad? Me pregunto cómo luciría Gregory en uno.

Ivy le dio un codazo. —Mantén tu voz baja. El está justo allá.

—Lo sé —dijo Suzanne, corriendo sus dedos a través de su cabello.

—En sus marcas...

Beth se inclinó hacia delante para mirar a Gregory Baines. —Su largo, magro cuerpo, ávido y ardiente...

¡Bang!

—Siempre utilizas palabras que empiezan por *a* —dijo Suzanne.

Beth asintió. —Cuando escribes usando aliteraciones de *a*, suena como abrumadora respiración. Ávido, ardiente, arrebatador...

—¿Alguna de las dos se está molestando en ver la carrera? —Ivy interrumpió.

—Son cuatrocientos metros, Ivy. Todo lo que Tristan hace es ir de atrás para delante, de atrás para delante.

—Ya veo. ¿Qué paso con el cerebro total con su compleja estrategia ganadora en el sutil deporte de la natación? —preguntó Ivy.

Beth estaba escribiendo de nuevo. —Volando como un ángel, deseando que sus alas acuosas fueran cálidos brazos para Ivy. ¡Estoy realmente inspirada hoy!

—Yo también —dijo Suzanne, con su mirada viajando hacia abajo a la línea de cuerpos en el área de salida, luego saltando a los espectadores para ver a Gregory.

Ivy siguió su mirada, luego rápidamente dirigió su atención de nuevo a los nadadores. Por los últimos tres meses Suzanne había estado en la caliente—*ardiente, ávida—búsqueda* de Gregory Baines.

Ivy deseó que Suzanne se enganchara con alguien más, y que lo hiciera pronto, realmente pronto, antes del primer sábado de Abril.

—¿Quién es esa pequeña morena? —preguntó—. Odio a las pequeñas tipo *petite*¹ Gregory no se ve bien con alguien *petite*. Cara pequeña, manos pequeñas, pies pequeños y delicados.

—Grandes senos —dijo Beth, mirando hacia arriba.

—¿Quién es ella? ¿Alguna vez la has visto antes, Ivy?

—Suzanne, has estado en esta escuela mucho más tiempo que...

—Ni siquiera estas mirando —interrumpió Suzanne.

—Porque estoy viendo a nuestro héroe, justo como se supone que debo hacer. ¿Qué significa *waller*? Todo el mundo grita ¡*Waller!* cuando Tristan da una vuelta.

—Ese es su apodo —replicó Beth—. Por la manera en que ataca la pared. El se dobla a sí mismo y se lanza con la cabeza primero, para así poder deslizarse más rápido.

—Ya veo —dijo Ivy—. Suena como un cerebro total para mí, lanzando su cabeza contra una pared de concreto. ¿Cuánto tiempo duran estos encuentros usualmente?

—Vamos, Ivy —gimió Suzanne, y la empujó por el brazo—. Mira y dime si sabes quién es la pequeña morena.

—Twinkie.

—¡Estas inventándolo! dijo Suzanne.

—Es Twinkie Hammonds —insistió Ivy—. Ella está en último año de mi clase de música.

Consciente de la continua observación de Suzanne, Twinkie se volteo y le dio una mirada sucia. Gregory noto su expresión y miro por encima de su hombro hacia ellas. Ivy vio la diversión propagándose por su cara.

Gregory Baines tenía una sonrisa encantadora, cabello oscuro, y ojos grises, ojos grises muy fríos, notó Ivy.

El era como un actor, como la estrella de una película, que era parte de todo, aun cuando el show había terminado, se celebraba a si mismo lejos de los demás, creyendo que él era mejor que el resto. No era el dinero de Gregory sino su indiferencia, este alejamiento, lo que volvía a Suzanne salvaje.

Suzanne siempre quiere lo que no puede tener.

Ivy puso su brazo ligeramente alrededor de su amiga. Ella apunto a un tipo

buenísimo en traje de baño haciendo estiramientos en el área de salida, esperando distraerla. Luego gritó —¡Waller! —mientras Tristan iba por su última vuelta.

Creo que me estoy acostumbrando a esto —dijo ella, pero parecía que los pensamientos de Suzanne estaban en Gregory ahora. Esta vez, Ivy temió que, Suzanne estaba deprimida.

—El nos está mirando —dijo Suzanne emocionadamente—. Está viniendo hacia acá.

Ivy sintió que se ponía tensa.

—Y la Chihuahua lo está siguiendo.

¿Gregory porque? Se preguntó Ivy. ¿Qué tiene que decirle ahora después de casi tres meses de ignorarla? En Enero ella había aprendido rápidamente que Gregory no agradecería su presencia. Y como si estuvieran obligados por algún tipo de acuerdo silencioso, ni él ni Ivy habían anunciado que su padre iba a casarse con la madre de ella. Pocas personas sabían que él y Ivy estarían viviendo en la misma casa en Abril que viene.

—¡Hola, Ivy! —Twinkie fue la primera en hablar. Ella se apretó a si misma al lado de Ivy, ignorando a Suzanne y apenas mirando a Beth—. Justo le estaba contando a Gregory como nosotras siempre nos sentamos cerca de la otra en clase de música.

Ivy miro a la chica con sorpresa. Ella nunca había notado realmente donde se sentaba Twinkie. —Él dice que no te ha escuchado tocar el piano. Le estaba diciendo que tan fantástica eres.

Ivy abrió su boca pero no pudo pensar en nada que decir. La última vez que ella había tocado una composición original para la clase, Twinkie había mostrado su apreciación mediante el acto de limarse las uñas. Luego Ivy sintió los ojos de Gregory en ella. Cuando ella encontró su mirada, él le guiño un ojo. Ivy hizo gestos rápidamente hacia sus amigas y dijo: —¿Conoces a Suzanne Goldstein y a Beth Van Dyke?

—No muy bien —dijo él, sonriéndole a cada una a su vez.

Suzanne brillaba. Beth se concentró en él con el interés de una investigadora, con su mano haciendo click incesantemente en el bolígrafo.

—¿Adivina que, Ivy? En Abril no vas a vivir lejos de mi casa. Para nada lejos —dijo Twinkie—. Va a ser mucho más fácil estudiar juntas ahora.

¿Más fácil?

—Puedo llevarte a la escuela. Va a ser un viaje más rápido para tu casa.

¿Más rápido?

—Tal vez podamos juntarnos más.

¿Más?

—Bueno, Ivy —exclamó Suzanne, batiendo sus largas y oscuras pestañas—. ¡Nunca me dijiste que tu y Twinkie eran tan buenas amigas! Tal vez todas podremos juntarnos más. Te gustaría ir a casa de Twinkie, ¿Verdad, Beth?

Gregory apenas y suprimió su sonrisa.

—Podríamos tener una fiesta de pijamas, Twinkie.

Twinkie no se veía entusiasmada.

—Podríamos hablar de chicos y votar quien es la cita más caliente de por aquí. — Suzanne volteó su mirada hacia Gregory, deslizando sus ojos hacia arriba y debajo de él, tomando nota de todo. El continuaba pareciendo divertido.

—Conocemos a otras chicas, de la vieja escuela de Ivy en Norwalk —dijo Suzanne alegremente. Ella sabía que la comunidad de clase-alta de Stonehill cerca de la Ciudad de Nueva York no tenía nada que hacer con los trabajadores de Norwalk—. A ellas les encantaría venir. Luego todas podremos ser amigas. ¿No crees que sería divertido?

—No realmente —dijo Twinkie, y le dio la espalda a Suzanne.

—Fue un gusto hablar contigo, Ivy. Te veo pronto, espero. Vamos, Greg, hay mucha gente por aquí...

Ella tiró de su brazo.

Mientras Ivy se giraba a la acción de la piscina Gregory agarro su barbilla. Con la punta de sus dedos el inclino su rostro hacia arriba al de él. Estaba sonriendo.

—Inocente Ivy —dijo él—. Te vez avergonzada. ¿Por qué? Funciona de las dos maneras, sabes. Hay una cantidad de chicos, chicos que yo apenas conozco, quienes repentinamente me están hablando como si fueran mis mejores amigos, quienes están contando con caer por mi casa esa primera semana de Abril. ¿Por qué tú crees que eso pasa?

Ivy se encogió de hombros. —Eres parte de la multitud, supongo.

—¡Realmente *eres* inocente! —exclamó él.

Ella deseo que la dejara ir. Ella miro detrás de él hacia la próxima serie de gradas, donde sus amigos estaban sentados. Eric Ghent y otro chico estaban hablando con Twinkie y riendo. El ultra genial Will O'Leary le devolvió la mirada.

Gregory retiro sus manos. Se fue todavía brillando de risa. Cuando Ivy giro a la piscina de nuevo, ella vio que tres chicos con gorra de goma e idénticos pequeños trajes de baño la habían estado observando. Ella no tenía idea, si alguno, de ellos era Tristan.

[*1] Petite: Del francés "pequeña."



Capítulo 2

Traducido por Dani.pmr
Corregido por Ángeles Rangel



—**M**e siento como un tonto —dijo Tristan, echando una ojeada por la ventana en forma de diamante en la puerta entre la cocina y el comedor del club de Ex-alumnos del Colegio. Los candelabros habían sido encendidos y la cristalería había sido revisada. Gary y él, estaban en la gran cocina de pie, las mesas estaban dispuestas con finas frutas y entremeses. Tristan no tenía idea de lo que eran la mayoría de los entremeses o si iban a ser servidos de alguna manera especial. Esperaba simplemente que éstos y las copas de champagne se quedaran encima de su bandeja.

Gary estaba luchando con su gemelo. La faja de su esmoquin alquilado seguía desenvuelta en su cintura, su velcro había fallado al pegar. Uno de sus zapatos negro brillante, de tamaño muy pequeño, estaba atado con un cordón de emergencia para zapatillas de color púrpura. Gary era un verdadero amigo, pensó Tristan, de acuerdo a este esquema.

—Recuerda, es buen dinero —dijo Tristán en voz alta—. Lo necesitamos para el encuentro con los de la Región Central.

Gary gruño. —Vamos a ver qué queda después de que paguemos los daños y perjuicios.

—¡Todo esto! —respondió Tristan con confianza. ¿Qué tan difícil podría ser realizar estas cosas por aquí? El y Gary eran nadadores. Su equilibrio natural atlético les había dado el derecho para mentir cuando se entrevistaron con el proveedor. Este trabajo, fue pan comido.

Tristán cogió una bandeja de plata y comprobó su reflejo. —No sólo me siento como un tonto... luzco como uno.

—Eres uno —dijo Gary—, y quiero que sepas que yo no soy tan tonto como para creer tu mentira de ganar dinero para el encuentro con los de la Región Central.

—¿A qué te refieres?

Gary cogió una fregona de espaguetis y la sostuvo así sus cuerdas esponjosas quedaron sobre su cabeza. —*Oh, Tristy* —dijo con una aguda voz —, que sorpresa verte en la boda de mi madre.

—Cállate Gray.

—*Oh, Tristy, deja la bandeja y baila conmigo* —Gray sonrió y acarició la cabeza esponjosa de la fregona.

—Su cabello no luce de esa manera.

—*Oh, Tristy, yo solamente herede los rasgos de mi madre. Vamos a escaparnos y casarnos.*

—¡Yo no quiero casarme con ella! Solo quiero que sepa que existo. Solamente quiero salir con ella. ¡Una sola vez! Si no le gusto, bueno...

Tristan se encogió de hombros como si no le importara, como si fuera el peor fracaso que el haya tenido en su vida y pudiera aparecer durante la noche.

—*Oh, Tristy.*

—Voy a patear tú...

La puerta de la cocina osciló abriéndose. —Caballeros —dijo Monsieur Pompideau—. Los invitados de la boda llegaron y están listos para ser servidos. ¿Podríamos ser tan afortunados de que ustedes dos *experimentados* chicos estén disponibles para ayudar a servir?

—¿Está él siendo sarcástico? —preguntó Gary.

Tristan rodó sus ojos, y se apresuro a unirse a los otros meseros en sus puestos.

Por los diez minutos, Tristan se ocupó de observar a los otros meseros, tratando de aprender su trabajo. Él sabía que a las mujeres y niñas les gustaba su sonrisa, y la utilizaba para que todo valiera la pena, especialmente cuando el caviar que él estaba sirviendo saltó como un pez volador completamente evolucionado hacia el regazo de una mujer mayor.

Él trabajó a su manera a lo largo de la gran recepción, buscando a Ivy, asomándose furtivamente mientras hombres con grandes barrigas descargaban sus bandejas. Dos de ellos salieron llevando sus bebidas refunfuñando, pero él apenas se dio cuenta. Todo en lo que podía pensar era en Ivy. Si él estuviera cara a cara con ella, ¿Qué le diría?, ¿Quiere algunas bolas de cangrejo?, o quizás, ¿Podía sugerirle le baile de crabbe?

Sí, eso la impresionaría.

¿En qué tipo se había convertido? ¿Por qué debería él, Tristan Carruthers, un chico colgado en las taquillas de un centenar de chicas (quizás es un poco exagerado) necesitar impresionarla, una chica desinteresada en su reputación o en la de nadie más, y en todo lo que él podría contarle? Ella caminaba por los mismos pasillos que él, pero era como si ella viajara en otro mundo.

El la había notado desde su primer día en Stonehill. No era solamente su distintiva belleza, sino también esa salvaje maraña de pelo de color oro rizado y el mar de sus ojos verdes, lo que le hicieron querer ver y ver, y tocar. Era la manera en la que ella parecía libre en cosas que la demás gente parecía atrapada... la manera en la que se concentraba con la persona que hablaba, sin necesidad de ver entre la multitud para ver quien más estaba ahí; la manera en la que vestía no se parecía a la de nadie más; la manera en la que se perdía a sí misma en una canción. Él se paró en la entrada de la sala de música un día, hipnotizado. Obviamente, ella ni siquiera había reparado en él.

Él dudaba que Ivy supiera siquiera que él existía. Pero, ¿Era el asunto de ser camarero una buena manera de hacer que ella lo supiera? Después de recuperar una bola de cangrejo grasosa que había rodado hasta detenerse entre unos zapatos puntiagudos, había empezado a dudar.

Entonces la vio. Ella estaba de rosa—rosa y rosa: yardas de tela brillante rosa que caían desde sus hombros debiendo tener algún tipo de aro bajo su falda.

Gary pasó junto a él entonces. Tristan se giró un poco rápido y sus codos se golpearon. Ocho copas se estremecieron desde sus tallos, derramando vino oscuro.

—¡Qué vestido! —dijo Gary muy disimuladamente.

Tristan se encogió de hombros. Él sabía que el vestido era feo, pero no le importaba. —Eventualmente, ella se lo quitará —razonó.

—Bastante arrogante, amigo.

—¡Eso no es a lo que me refería! Lo que yo quise decir...

—¡Pompideau! —advirtió Gary y los dos se separaron rápidamente. El jefe del catering capturó a Tristán, como siempre y lo arrastro a la cocina. Cuando volvió a salir acarreaba lentamente vegetales y un cuenco poco profundo de salsa —y cosas que no podía volcarse—. Él se dio cuenta de que algunos de los invitados lo reconocieron y se movieron rápidamente fuera de su camino cuando apareció. Lo que significaba que el acarreaba una bandeja llena ida y vuelta, apenas teniendo que mirar hacia donde estaba yendo, y tenía bastante tiempo para alcanzar la fiesta.

—¡Hey, nadador! Nnnnaadadooor.

Había alguien de la escuela llamándolo, probablemente un amigo de Gregory. A Tristán nunca le habían gustado los amigos o amigas del grupo de Gregory. Todos ellos tenían dinero y lo desperdiciaban. Ellos hacían algunas cosas estúpidas y siempre estaban en busca de nuevas emociones.

—Nnnadadooor, ¿eres sordo? —gritó el chico. Eric Ghent, cara flaca, rubio, holgazaneaba contra la pared, una mano aferrada a la vela del candelabro de la pared.

—Lo siento —dijo Tristan—, ¿Estabas hablándome a mí?

—Te conozco, Waller, te conozco. ¿Es esto lo que tú haces entre lapsos? —Eric soltó el candelabro y se tambaleo un poco.

—Esto es lo que hago así puedo permitirme hacer descansos —respondió Tristan.

—Genial. Voy a comprarte alguuuunos descansos más.

—¿Qué?

—Voy a hacer que valores tú tiempo, Waller, por conseguirme una bebida.

Eric levanto cuatro dedos, y luego dejo caer la mano sin fuerza.

—Cuatro —Tristan lo corrigió por sí mismo.

—Esta es una fiesta privada —dijo Eric—. Ellos van a servir a menores de edad. Fiesta privada o no, los Baines servirán lo que sea a quien sea que quiera ser servido. El hombre compra todo el mundo, ya sabes.

Ahí es de donde Gregory lo había aprendido, Tristan pensó para sí mismo. —Bueno, entonces —dijo Tristan en voz alta—. El bar está por allí. Trató de moverse, pero Eric se movió justo enfrente de Tristán—. El problema es que, yo ya eh sido echado.

Tristan tomó una profunda respiración.

—Necesito un trago, Waller. Y tú necesitas algunos dólares.

—No tomo consejos —dijo Tristán.

Eric comenzó a reírse. —Bueno, quizás tu no los tomas... he estado observándote saltando baches alrededor. Pero pienso que sí tienes que hacerlo.

—¿Perdón?

—Nos necesitamos el uno al otro —dijo Eric—. Tenemos dos opciones. Ayudar al otro o herir al otro.

Tristán no lo contradijo.

—¿Sabes a que me refiero, Waller?

—Sé a qué te refieres, pero no puedo ayudarte a resolverlo.

Eric se adelantó un paso en su dirección. Tristan dio un paso hacia atrás. Eric se adelanto de nuevo. Tristan se tensó. El amigo de Gregory era tan ligero como los libros de Tristan, la misma altura pero ni de cerca tan amplio como Tristán. Sin embargo, el chico estaba borracho y no tenía nada que perder —solo una gran bandeja llena de vegetales.

Ningún problema, pensó Tristan. Una rápida patada debería poner a Eric de rodillas, luego el piso sobre su cara.

Pero Tristán había contado con la fiesta nupcial que se estaba celebrando ahora. Mirando la fiesta de reojo, de repente tuvo que cambiar de dirección. Golpeó al tambaleante Eric. Apio y coliflor, champiñones y pimientos, brócoli y arvejas chinas empezaron a dar vueltas o más bien, llovieron sobre la fiesta.

Y entonces ella lo miró. Ivy, centelleante Ivy. Por un momento sus ojos se encontraron, ella se dio la vuelta mientras los tomatitos cherry giraban hacia su madre.

Tristan estaba seguro de que ella finalmente sabía que él existía.

Y también estaba seguro de que ella no saldría nunca con él. Nunca.

—Tal vez estabas en lo cierto Ivy —susurró Suzanne mientras bajaba la mirada hacia los vegetales esparcidos—. Sobre tierra, Tristan es un torpe.

¿Qué está haciendo él aquí? Se preguntó Ivy. ¿Por qué no se quedó en su alberca, donde pertenece? Ella sabía que sus amigas estaban convencidas que él la seguía a todas partes, y ella estaba avergonzada.

Beth camino hacia ellas, lanzando tomates con su tacón alto. —Tal vez esta es su manera de ganar dinero —dijo ella leyendo la cara preocupada de Ivy.

Suzanne sacudió su cabeza —¿Lanzándole brócoli a la novia?

—Que lindo es aquel nadador pelirrojo, también —continuó Beth. Su cabello estaba levantado esa noche, dándole un aspecto adulto a su dulce cara.

—Ninguno de los dos sabe lo que está haciendo —observó Suzanne—. Ellos están aquí solo por esta noche —suspiró Ivy.

—Supongo que es difícil hasta para Tristan —dijo Beth.

—¿Por el dinero o por Ivy? —preguntó Suzanne, y las dos rieron.

—Oh, vamos Ivy —dijo Beth tocándola gentilmente en el brazo—. ¡Es divertido! Apuesto a que sus ojos se agrandaron cuando vio lo que llevas puesto.

Suzanne agrando los ojos y empezó a tararear el tema *Gone with the Wind*.

Ivy hizo una mueca. Ella sabía que lucía como si Scarlett O'Hara se hubiera caído en un cubo de brillos.

Pero era el vestido que su madre había escogido especialmente para ella.

Suzanne se mantuvo tarareando.

—Apuesto a que los ojos de Gregory se ampliaron al ver lo que tú *no* estabas vistiendo —le dijo Ivy a su amiga, esperando que ella se callara.

—¡Ciertamente espero que sí!

—Y hablando de... —dijo Beth.

—Aquí estás Ivy —la voz de Gregory era cálida y casi intimidante—. Suzanne se giro hacia él. Él le ofreció a Ivy su brazo. —Nos están esperando en la mesa principal.

Con su mano descansando ligeramente en su brazo, Ivy camino un paso a su lado,

deseando que Suzanne pudiera ir en su lugar. Su madre se alegró cuando ellos dos aparecieron, estaba radiante al ver a Ivy en su vestido.

—Gracias —dijo Ivy al tiempo que Gregory deslizaba la silla para ella.

Él sonrió hacia ella, ese tipo de sonrisa secreta que ella había visto en el encuentro de la piscina. Se inclinó posando sus labios en su cuello desnudo. —Ha sido un placer señorita.

La piel de Ivy picaba un poco. Desde ese encuentro, él había estado burlándose de ella, y tratando de ser amistoso y ella sabía que debería darle crédito por ello; pero Ivy prefería al viejo, al frío Gregory.

Ella había entendido completamente su fría respuesta cuando había llegado a la escuela. Sabía que tenía que haber sido una terrible sorpresa cuando él se enteró que Maggie estaba mudándose de su departamento de Norwalk a uno de los que su padre tenía en Stonehill, y que estaba preparándose el matrimonio.

El asunto entre Andrew y Maggi había comenzado años antes. Pero *asuntos* eran *asuntos*, decía la gente, y Andrew y su madre eran un romántico par muy impar — un presidente rico y bien distinguido de un colegio y una peluquera—. ¿Quién hubiera imaginado que años después de su aventura amorosa, años después del divorcio de Andrew, él y Maggie ataran los cabos sueltos?

Había sido una sorpresa incluso para Ivy. Su propio padre había muerto cuando era una niña. Había crecido mirando a su madre pasar a través de una serie de novios, y pensó que siempre sería de esa manera.

Ivy miró a través de la mesa para ver a su madre. Andrew atrapó su mirada y sonrió, entonces dio un codazo a su nueva esposa. Maggie se dio vuelta hacia Ivy. Ella lucía tan feliz.

Ángel del amor, Ivy rezó silenciosamente, vigila a mamá. Vigilamos a todos nosotros. Haznos una familia amorosa, que se quiera y sea fuerte.

—¿Debería decirte que tus... uh... brillos están cayéndose en la sopa?

Ivy se echó hacia atrás rápidamente. Gregory se rió y le ofreció su servilleta.

—Ese vestido puede meterte en un montón de problemas —se burló—, casi dejó ciego a Tristan Carruthers.

Ivy podía sentir el calor ascendiendo por sus mejillas. Ella quería señalar que fue Eric, no ella...

—Lo lamento por la mesa que está atendiendo esta noche. Él y ese otro idiota —dijo Gregory, todavía sonriendo—, espero que no sea la nuestra.

Los dos miraron a través de la habitación.

Yo también, pensó Ivy, yo también.

Inmediatamente después de la cruda muestra de vegetales, Tristan fue avisado que tenía permitido irse y debería irse, inmediatamente. Cansado y humillado, tendría que estar agradecido por poder retirarse, pero era el transporte de Gary. Entonces, él se asomó por los alrededores de la cocina hasta que encontró una despensa en la cual quedarse.

Era oscuro y tranquilizante allí, los estantes llenos con largas cajas y canastas. Tristan se había sentado confortablemente en una caja de cartón cuando escuchó un susurro a su lado. Ratones o ratas pensó él. Realmente no le importaba. Trató de consolarse a sí mismo, imaginándose parado en la cima del atril de los ganadores, la bandera de los Estados Unidos flameando a su lado mientras sonaba el himno, Ivy mirando la televisión lamentándose haber perdido su oportunidad de salir con él.

—¡Soy un idiota! —dijo él, dejando caer la cabeza hacia sus manos... podría tener cualquier chica que quisiera y...

Y una mano se poso suavemente en su hombro.

La cabeza de Tristán se alzó y examinó la cara pálida, triangular de un niño. El niño, quien lucía como alguien de ocho años, estaba bien vestido, su corbata anudada fuertemente y su negro cabello aplastado. Él debería ser uno de los invitados de la boda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó Tristan.

—¿Podrías traerme un poco de comida? —preguntó el chico.

Tristan frunció el ceño, molesto de tener que compartir su escondite, un acogedor lugar para suspirar por Ivy. —¿Por qué no puedes conseguir tu propia comida?

—Ellos me verán —dijo el chico.

—Bueno, ¡también me verán a mí!

La boca del niño formó una fina línea. Su mandíbula tensa. Pero sus ojos lucían inciertos, sus cejas fruncidas.

Tristan habló con voz gentil. —Parece como si tu y yo estuviéramos aquí por la misma razón. Escondernos.

—Realmente tengo hambre. No comí siquiera en el desayuno o en el almuerzo —dijo el chico.

A través de la puerta, que estaba abierta dejando una grieta, Tristan podía ver a los otros meseros moviéndose rápidamente en una salida. Recién estaban sirviendo la cena.

—Podría tener algo en mis bolsillos —le dijo al chico, y empujó una aplastada bola de cangrejo, varios camarones, tres tallos de apio rellenos, un puñado de nueces indias, y algo no identificable.

—¿Es eso sushi? —preguntó el chico.

—Me tienes. Todo esto estaba en el suelo y luego estaba en mis bolsillos, no sé dónde está chaqueta ah estado, es rentada.

El chico asintió solemnemente y estudió la selección de Tristan. —Me gustan los camarones —dijo al fin, tomando uno, escupiendo sobre él, luego limpiándolo con sus dedos. Él hizo esto con cada camarón en turnos, luego la bola de cangrejo, luego el apio. Tristan se preguntó si él escupía sobre cada pequeña tuerca. Se preguntó que dimensiones tenía el problema que estaba arrastrando a este

pequeño por los alrededores haciéndolo no comer en todo el día y esconderse en la oscuridad del cuarto de depósitos.

—Entonces —dijo Tristan—, supongo que no te gustan las bodas.

El chico le echó una mirada, luego tomó un mordisco de la cosa sin identificar.

—¿Tienes nombre chico?

—Sí.

—El mío es Tristan. ¿Cuál es el tuyo?

El chico dejó a un lado los irreconocibles aperitivos y comenzó a trabajar en las nueces. —Me gustaría una cena —dijo él—, estoy realmente hambriento.

Tristan se asomó por la rendija de la puerta. Los meseros estaban corriendo fuera de la cocina. —Demasiada gente alrededor —dijo él.

—¿Estás en algún tipo de problema? —le preguntó el chico.

—Algún tipo. Nada serio. ¿Qué hay sobre ti?

—No todavía —dijo el niño.

—¿Pero lo estarás?

—Cuando me encuentren.

Tristan asintió. —Supongo que ya te has dado cuenta que no puedes estar aquí por siempre.

Entrecerrando los ojos, el niño inspeccionó los estantes en la oscura pieza, como si estuviera seriamente considerando las posibilidades.

Tristan puso su mano gentilmente en el brazo del chico —¿Cuál es el problema, amigo? ¿Quieres contarme?

—Realmente me gustaría cenar —dijo el chico.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo Tristan irritado.

—Me gustaría un postre también.

—Tendrás lo que pueda conseguir —soltó Tristán.

—Bueno —respondió el chico dócilmente.

—No te preocupes por mí, estoy de mal humor.

—No me preocupo —aseguró el chico en un susurro.

—Mira, compañero —dijo Tristan—. Un camarero se va a ir, y está repleto de comida. ¿Vienes conmigo? ¡Bien!. Aquí va él. En sus marcas, listos...

—¿Dónde está Philip? —preguntó Ivy.

La boda estaba ya pasando de la cena cuando se dio cuenta de que su hermano no estaba en su asiento. —¿Has visto a Philip? —dijo ella levantándose de su asiento.

Gregory la empujó de nuevo hacia abajo —Yo no me preocuparía, Ivy. Probablemente está molestando en algún lugar.

—Pero no ha comido en todo el día —dijo Ivy.

—Entonces estará en la cocina —dijo Gregory simplemente.

Gregory no entendía. Su hermano menor había estado amenazando por semanas con escaparse. Ella había tratado de explicarle a Philip lo que estaba sucediendo y como de linda sería su gran casa con cancha de tenis y con vista al río, y en como

de bueno sería tener a Gregory como hermano mayor. El no aceptó nada. Actualmente, Ivy tampoco.

Ella empujó su silla, demasiado rápido para que Gregory pudiera detenerla, y se escapó hacia la cocina.

—Sácalo —dijo Tristán. En la caja entre el chico y él había una montaña de comida —camarones, un surtido de vegetales, ensaladas, y enrollados con un montón de mantequilla de maní—.

—Esto está bien.

—¿Bien? Esto es una fiesta —dijo Tristan—. ¡A comer! Necesitaremos toda nuestra fuerza para capturar los postres.

Él vio un intento de sonrisa, pero entonces desapareció.

—¿Con quién estás en problemas? —quería saber el chico.

Tristán dudo por unos momentos. —Es el Gerente. Monsieur Pompideau. Yo estaba trabajando para él y derramé algunas cosas. Ya sabes, mojé los pantalones de algunas personas.

El chico sonrió, una gran sonrisa esta vez. —¿Se lo hiciste al Sr. Lever?

—¿Debería haberme dirigido a él? —preguntó Tristán.

El chico asintió. Su cara brillando considerablemente por su pensamiento.

—De cualquier forma, Pompideau me dijo que pagaría las cosas que no había derramado. Imagina eso.

—¿Sabes lo que yo le hubiera dicho? —dijo el niño. El ceño en sus cejas se había ido. Él estaba ingiriendo comida y hablando con la boca llena rápidamente. Pareció un millón de veces mejor que como había lucido unos quince minutos atrás.

—¿Qué?

—Yo le hubiera dicho: ¡Paga tu oreja!

—¡Buena Idea! —dijo Tristan. Él tomó un pedazo de apio. —Pégalo en tu oreja, Pompideau.

El chico rió alto, y Tristan encajó el tallo.

—¡Pégalo en tu oreja, *Dippity-doo!* —le ordenó el chico.

Tristán tomó un puñado de ensalada rallada y la dejó caer sobre su cabeza. Demasiado tarde se dio cuenta que tenía vinagre.

El chico hecho la cabeza hacia atrás y rió. —Pégalo en tu oreja, *Doo-be-doo!*

Bueno, ¿Por qué no? Tristan pensó. Él tuvo una vez ocho años y recordaba cuan divertido eran las narices y mocos para los chicos. Encontró dos colas de camarón atrapándolas, dejando las aletas color rosa fuera de su nariz.

El chico cayó de la caja riendo. —¡Pégalo en tu oreja, *Doo-be-doo!*

Dos aceitunas negras lo hicieron bien, trabadas en un diente, así el podía tener dos incisivos negros.

—Pégalo en...

Tristán estaba ocupado acomodando el apio y las colas de los camarones. Él no se dio cuenta como el haz de luz que entraba por la rendija de la puerta se había ampliado. No vio que la cara del chico había cambiado. —¿Pégalo en tu oreja, *Doo-be-doo?*

Entonces Tristan miró hacia arriba.



Capítulo 3



*Traducido por Palolasg12
Corregido por Tati Chenú xD*

Ivy se congeló. Ella se quedó atónita al ver a Tristán, con apio pegado en sus oídos, tiras de ensalada en su pelo, algo blando y negro en los dientes, y por difícil que era creer que una persona mayor de ocho haría esto las colas de camarones le salían de la nariz.

Tristán parecía igual de sorprendido de verla.

—¿Estoy en problemas? —preguntó Phillip.

—Creo que lo estoy —dijo Tristán en voz baja.

—Se supone que debes estar en el comedor, comiendo con nosotros —le dijo Ivy a Phillip.

—Estamos comiendo aquí. Estamos teniendo un festín. —miró la variedad de alimentos en los platos apilados entre ellos, y uno de los lados de su boca se curvó.

—Por favor, Ivy, mamá dijo que podíamos traer los amigos que quisiéramos a la boda.

—Y tú le dijiste que no tenías ninguno, ¿recuerdas? Dijiste que no tenías ningún amigo en Stonehill.

—Ahora sí lo tengo.

Ivy miró a Tristán. Tuvo cuidado de mantener los ojos hacia abajo, concentrándose en el apio, los camarones, y las aplastadas aceitunas negras, alineadas en fila frente a él. Repugnante.

—¡Señorita!

—¡Es Doo-be-doo! —lloró Phillip—. ¡Cierra la puerta! ¡Por favor, Ivy!

Contra su mejor juicio, lo hizo, por extraño que pareciera, su hermano parecía más feliz desde semanas.

De espaldas a la bodega, Ivy enfrentó al proveedor.

—¿Le ocurre algo, *mademoiselle*?

—No, señor.

—¿Está usted *tres certaine*?

—*Tres* —respondió ella, el señor Pompideau tomándola del brazo la encaminó llevándola hacia la puerta.

—Bueno, usted es requerida en el comedor —dijo secamente.

—Ha llegado el momento para el brindis. Todo el mundo la está esperando.

Ivy se apresuró a salir. Estaban de hecho esperando, y no pudo evitar una entrada. Ivy se sonrojó mientras cruzaba la habitación. Gregorio tiró de ella hacia él, riendo. Luego le entregó una copa de champagne.

Un amigo de Andrew, hizo el brindis. Que siguió y siguió.

—Salud, salud —todos los invitados gritaron por fin.

—¡Salud, salud, hermana! —dijo Gregory, y se bebió todo el contenido del vaso. Y lo sostuvo fuera para que lo llenaran de nuevo. Ivy tomó un pequeño sorbo del suyo.

—Aquí, aquí, hermana —dijo de nuevo, pero bajo suave esta vez, sus ojos ardían con una extraña luz. Él chocó su vaso contra el de ella y se bebió el champán, una vez más.

Luego jaló a Ivy hacia él, tan cerca que no podía respirar, y la besó con fuerza en la boca.

Ivy se sentó en su piano, mirando a las mismas partituras de música que había abierto cinco minutos antes, con una mano apoyada suavemente en sus los labios. Ella bajó la mano hacia las teclas amarillentas y pasó los dedos sobre ellos, provocando ondas de música, no muy a tono. Luego se pasó la lengua sobre los labios. Ellos no estaban magullados; era todo su imaginación.

No obstante, ella se alegraba de haber hablado con su madre y haberla dejado a ella y a Phillip quedarse en su apartamento hasta después de la luna de miel. Seis días a solas con Gregory en esa casa enorme en el acantilado era más de lo que podría enfrentar, especialmente con Phillip actuando.

Phillip, que en su atestado apartamento de Norwalk había improvisado antiguas cortinas alrededor de su cama porque quería estar lejos de —las chicas—, le había estado pidiendo dormir con ella durante las últimas dos semanas. La noche antes de la boda ella le había permitido llevar su saco de dormir en a su habitación. Se había despertado encontrarlo a él y su gato Ella encima de ella. Después de su largo día de la boda, ella probablemente lo dejaría dormir en su cuarto esa noche.

Él estaba en el suelo detrás de ella, jugando con sus tarjetas de béisbol, organizando equipos de ensueño dispersos en la alfombra. Como de costumbre, Ella quería estirarse en medio del diamante de béisbol. El lanzador cabalgando en su vientre negro, arriba y abajo. De vez en cuando, una frase suave escapaba de Phillip. —Vuela un pase profundo al jardín central —y susurraba, a continuación— , Don Mattingly hará su trote de home run alrededor de las bases.

No debería dejarlo despierto hasta tan tarde, pensó Ivy. Pero ella no podía dormir, y se alegró de tener su compañía. Además, Phillip había comido semejante cantidad de comida de la fiesta, y tantos dulces gracias a Tristan que probablemente vomitaría sobre todo su saco de dormir. Y las sábanas limpias, como la mayoría de todo lo demás en su apartamento, estaba empacado.

—Ivy, ya me decidí —dijo Phillip de repente.

—Yo no voy a mudarme.

—¿Qué? —levantó las piernas y giró alrededor del taburete.

—Me quedo aquí. ¿Tú y Ella quieren quedarse conmigo?

—Y ¿qué pasa con mamá?

—Ella puede ser la madre de Gregory —dijo Phillip.

Ivy hizo una mueca, como hacía cada vez que su madre hizo un escándalo por Gregory. Maggie era afectuosa y cariñosa y trataba duro, demasiado duro. No tenía ni idea de lo ridícula que Gregory la encontraba.

—Mamá siempre será nuestra madre, y ahora nos necesita.

—Está bien —dijo Philip agradablemente—. Tú y Ella pueden ir. Le voy a pedir a Tristán que venga a vivir conmigo.

—¡Tristán!

Él asintió con la cabeza, y luego dijo en voz baja para sí: —Caminó el bateador. Tratando de correr al home.

Al parecer, su mente de ocho años había tomado una decisión y no pensaba que necesitara mayor análisis. Él jugaba con satisfacción. Fue la cosa más extraña, cómo había comenzado a jugar de nuevo después de su diversión con Tristán.

¿Qué le había dicho Tristan a Phillip que le ayudó a eso? Tal vez nada, pensó Ivy. Tal vez en lugar de tratar de explicar el matrimonio de su madre las últimas tres semanas, ella debería haber metido algo de camarón a su nariz.

—Phillip —dijo bruscamente.

La carrera del empate tuvo que regresar a casa antes de que él estuviera dispuesto a hablar con ella de nuevo. —¿Eh?

—¿Tristán te dijo algo acerca de mí?

—¿Acerca de ti? —él pensó por un momento—. No.

—Oh. No es que me importa, se dijo.

—¿Lo conoces? —preguntó Phillip.

—No. No, yo sólo pensaba que tal vez, después de haberlos encontrado en el almacén, te diría algo respecto a mí —La frente de Phillip se arrugó—. Oh, sí. Me preguntó si te gusta llevar vestidos de color rosa como ese, y si realmente crees en los ángeles. Le dije acerca de tu colección de estatuas.

—¿Qué le dijiste sobre mi vestido?

—Sí.

—¿Sí? —exclamó ella.

—Tú le dijiste a mamá que pensabas que era bonito —. Y su madre le había creído. ¿Por qué no debería hacerlo Phillip?

—¿Tristan dijo por qué estaba trabajando allí esta noche?

—Así es...

El episodio había terminado. Phillip estaba creando una nueva defensa.

—Bueno, ¿por qué? —preguntó Ivy exasperada.

—Él tiene que hacer algo de dinero para una competencia de natación. Es un nadador, Ivy. Él va a otros estados y nada. Él necesita volar, no recuerdo dónde.

Ivy asintió con la cabeza. Por supuesto. Tristán estaba mal de dinero, ganando a su manera. Ella debería dejar de escuchar a Suzanne. Phillip se levantó de repente. — Ivy, no me hagas ir a esa casa grande. No me obligues a ir. ¡No quiero cenar con él!

Ivy se acercó a su hermano. —Las cosas nuevas siempre parecen aterradoras —le

tranquilizó—. Pero Andrew ha sido bueno contigo, desde el principio. ¿Recuerdas quién te compró la tarjeta de novato de Don Mattingly?

—No quiero comer la cena con Gregory.

No sabía qué decir a eso.

Philip estaba de pie junto a ella, sus dedos moviéndose en silencio sobre las teclas del piano viejo. Cuando él era más pequeño él solía hacer eso y cantar las melodías que se suponía que estaba tocando.

—Necesito un abrazo —dijo—. ¿Qué te parece?

Le dio un uno poco entusiasta.

—Vamos a hacer nuestro nuevo dúo, ¿de acuerdo?

Se encogió de hombros. Él tocó junto a ella, pero la felicidad que ella había visto en él al principio había desaparecido. Habían pasado cinco medidas cuando el golpeó sus manos contra las teclas. Golpeó y golpeó y golpeó.

—¡No voy a ir! ¡No voy a ir! ¡No lo haré!

Phillip rompió a llorar, e Ivy le atrajo hacia sí, haciéndole llorar en sus brazos. Cuando se redujo a un hipo, dijo: —estás cansado, Phillip. Estás cansado — pero ella sabía era más que eso.

Mientras descansaba contra ella, tocó para él sus canciones favoritas, y luego suavizó la mezcla en canciones de cuna. Pronto estaba casi dormido y demasiado grande para que ella lo llevara a la cama.

—Vamos —dijo ella, ayudándole desde el banquillo.

Ella los siguió hasta su habitación.

—Ivy.

—¿Hummm?

—¿Puedo tener uno de tus ángeles esta noche?

—Claro que sí. ¿Cuál?

—Tony.

Tony era el marrón oscuro, tallado en madera, el ángel del padre de Ivy. Ella puso a Tony al lado del saco de dormir y Don Mattingly. Entonces Phillip se metió en la bolsa, y ella le cerró la cremallera.

—¿Quieres decirle una oración al ángel? —le preguntó.

Juntos, dijeron —Ángel de la luz, ángel sobre mí, cuídame esta noche. Y cuida a todos los que amo.

—Esa eres tú, Ivy —añadió Phillip, y cerró los ojos.





Capítulo 4



*Traducido por Darkgirl
Corregido por marzeDoyle*

Ivy sintió como si flotara la mayor parte de la semana que siguió a la boda, con un día cayendo dentro del siguiente, marcado únicamente con discusiones frustrantes con Philip. Suzanne y Beth se burlaban de su distracción pero más gentil de lo usual. Gregory pasó junto a ella en el hall una o dos veces e hizo pequeñas bromas sobre ordenar su cuarto antes del viernes. Tristan no se cruzó con ella esa semana —al menos ella no lo vio—.

Todos en la escuela para entonces ya sabían sobre la boda de Andrew y su madre. La boda se había publicado en todos los periódicos locales así como también en el *New York Times*. Ivy no podía estar más sorprendida de cuan a menudo Andrew aparecía en los periódicos, pero lo raro era ver fotos de su madre también.

El viernes en la mañana finalmente llegó e Ivy evadió el camino de la entrada al apartamento, sintiéndose de repente nostálgica por el lugar en que su familia había vivido, ruidoso, lleno de gente, y en ruinas. Cuando ella regresó a la escuela esa tarde condujo por un camino diferente, uno que subía por una colina por encima de la estación del tren y el río. En el camino a la casa pasó bajo un muro de piedra y corrió en los parches del bosque, narcisos y laureles. El bosque de Andrew, narcisos y laureles.

Esa tarde Ivy recogió a Philip de la escuela. El se había rendido acerca de pelear y se dirigió a su lado en silencio, a mitad de la colina, ella escuchó una motocicleta en la curva por encima de ellos, rugiendo cuesta abajo. De pronto el ciclista y ella estaban cara a cara. Ella ya estaba tan lejos como podía, sin embargo él siguió de frente. Ivy frenó bruscamente. El motociclista se desvió peligrosamente cerca de ellos, después aceleró y los pasó.

La cabeza de Philip dio la vuelta, pero no dijo nada. Ivy miró en por el espejo retrovisor. Era probablemente Eric Ghent. Ella esperaba que Gregory estuviera con

él. Pero Gregory estaba esperándolos en la casa, junto con Andrew y su madre, quien recientemente había vuelto de su luna de miel. Su madre les dio la bienvenida con abrazos, marcas de labial y una nube de alguna nueva clase de perfume. Andrew tomó las manos de Ivy entre las suyas. Él era lo suficientemente listo para sonreír pero no tocar a Philip. Luego Ivy y Philip se turnaron en torno a Gregory.

—Soy el guía turístico —dijo él inclinándose sobre Philip, advirtiéndolo—. Quédate cerca algunos de estos cuartos están embrujados —Philip miró a su alrededor rápidamente y luego miró a Ivy.

—El solo esta bromeando.

—No, no lo estoy. Algunas personas muy infelices han vivido aquí —Philip miró a Ivy otra vez. Ella movió su cabeza.

Afuera había una casa solariega de madera blanca con pesadas persianas negras. Bastidores habían sido puestos en cada lado de la estructura. A Ivy le hubiera gustado vivir en una con pequeños bastidores con sus profundos y cubiertos techos y tragaluces. En la parte principal de la casa algunas habitaciones de techo alto parecían tan grandes como un apartamento en el que ella había vivido una vez. La sala central de la casa y las escaleras separaban una sala, la biblioteca y el solar del comedor, la cocina y el salón familiar. Más allá del salón familiar había una galería junto a la oficina de Andrew.

Desde que él y su madre estuvieron hablando en la oficina. La gira se había detenido en la galería, enfrente de los retratos: Adam Baines el que había invertido en todas las minas luciendo severo con su uniforme de la primera guerra mundial, Juez Andy Baines en su toga y Andrew vestido con su colorida toga. Junto a Andrew había un espacio vacío en la pared.

—Te hace preguntarte quien va estar ahí —dijo Gregory secamente. Él sonrió pero sus grises y entornados ojos tenían una mirada de cazador. Por un momento Ivy sintió pena por él. Como hijo único de Andrew él debería sentir demasiada presión para hacerlo bien.

—Tú lo estarás —dijo ella suavemente. Gregory la miró a los ojos, y luego sé rio, su risa tenía un toque de amargura.

—Ven subamos —dijo él tomando su mano y guiándola a la escalera trasera que llegaba a su cuarto Philip los siguió en silencio.

El cuarto de Gregory era grande y la única cosa que tenía en común con los cuartos de los otros chicos era una capa arqueológica de ropa interior y medias descartadas, pero debajo de eso mostraba dinero y buen gusto, sillas de cuero negro, mesas de cristal, un escritorio, un computador y un gran centro de entretenimiento. Paredes cubiertas como un museo impreso con sorprendentes formas geométricas. En el centro de todo esto estaba, una cama de agua de tamaño gigante.

—Pruébala —instó Gregory. Ivy se inclinó hacia abajo y la tocó tentativamente con la mano.

Él se rió de ella.

—¿De qué tienes miedo? Vamos, Phil —nadie lo llama Phil, pensó Ivy—. Muéstrale a tu hermana como subir y rodar en la cama.

—No quiero —dijo Philip.

—Seguro que sí —Gregory estaba sonriendo, pero su tono de voz era amenazante.

—Nop —dijo Philip.

—Es divertido —Gregory tomó los hombros de Philip y lo empujó con fuerza a la cama, Philip se resistió, luego tropezó y cayó en ella y saltó con la misma rapidez.

—Lo odio —lloró él. La boca de Gregory se endureció en una línea. Luego Ivy se sentó en la cama.

—Es divertido —dijo ella. Ella rebotó suavemente arriba y abajo.

—Trata conmigo Philip —pero él se había movido al pasillo.

—Acuéstate de nuevo Ivy —Gregory la instó, su voz baja y sedosa. Cuando ella lo hizo. El se acostó junto a ella.

—Nosotros realmente deberíamos ir a desempacar —dijo Ivy sentándose rápidamente.

Cruzaron por un pasaje de techo, era justo debajo de la galería y dentro de la sección de la casa principal donde su hermano y ella tenían sus dormitorios. Su puerta estaba cerrada y cuando la abrió, Philip se precipitó a través de ella, que estaba tendida lujuriosamente en la cama de Ivy. —Oh, no —gimió Ivy silenciosamente mientras ella miraba alrededor del decorado y elaborado cuarto. Ella había temido lo peor cuando su madre dijo que tenía una gran sorpresa. Lo que ella vio era cantidad de encaje, madera blanca adornada con oro y una cama con dosel.

—Muebles de princesa —dijo ella en voz alta. Gregory gimió —Por lo menos ella se siente como en casa. Ella siempre se ha sentido como una reina. ¿Te gustan los gatos Gregory? —seguro—, dijo él sentándose en la cama junto a Ella. Ella rápidamente se levantó y camino al otro lado de la cama. Gregory la miro molesto.

—Eso es una reina para ti —dijo Ivy ligeramente—. Bueno gracias por el tour. Tengo mucho que desempacar.

Pero Gregory se recostó en su cama.

—Este era mi cuarto cuando era pequeño —Ivy levanto una brazada de ropa de una bolsa y abrió una puerta de lo que ella creyó era un armario. En vez de eso se encontró con una serie de escalones.

—Esa era mi escalera secreta —dijo Gregory. Ivy miro arriba en la oscuridad—, solía esconderme en el ático cuando mamá y papá pelaban, lo que era todos los días —añadió Gregory—. ¿Conociste a mi madre? Debiste haberla conocido ella siempre acabando con todo.

—¿En el salón de belleza? Sí —respondió Ivy abriendo la puerta del closet.

—¿Increíble mujer no? —sus palabras tenían un toque de sarcasmo.

—Ama a todo el mundo nunca piensa en sí misma.

—Era joven cuando la conocí —dijo cuidadosamente.

—También lo era yo.

—Gregory... estaba esperando para decir esto. Yo sé que debe ser duro para ti ver a mi madre mudarse al cuarto de la tuya, teniendo que ver a Philip y a mí tomar un espacio que una vez fue tuyo, no te culpo por...

—¿Estar agradecido de que estén aquí? —interrumpió él—. Estoy contando con Philip y contigo para mantener al viejo en su mejor comportamiento. Él sabe que otros lo ven como su nueva familia, ahora él va a ser el buen, dulce y amoroso papa. Déjame ayudarte con eso.

Ivy había recogido su cuadro de los ángeles.

—No, de verdad Gregory, yo puedo manejar esto —él metió la mano en su bolsillo por una navaja y cortó la cinta de la caja de cartón.

—¿Qué hay adentro?

—Los ángeles de Ivy —dijo Philip.

—¡El chico habla!

Philip presionó sus labios juntos.

—Muy pronto no serás capaz de callarlo —dijo Ivy. Luego abrió la caja y empezó a tomar cuidadosamente sus estatuas cubiertas. Tony vino primero un ángel esculpido en un mármol gris y suave. Luego su favorito, su ángel de agua, una frágil porcelana pintada en un remolino azul-verdoso. Gregory observó como ella desenvolvía quince estatuas y las ponía en un estante. Sus ojos brillaban con diversión.

—¿No tomas esto en serio, cierto?

—¿A qué te refieres con ser serio? —dijo ella.

—Tú realmente no crees en ángeles.

—Si lo hago —dijo Ivy. El tomo el ángel de agua y echo un vistazo alrededor del cuarto.

—Bájalo —lloró Philip—, es el favorito de Ivy —Gregory aterrizo boca abajo sobre una almohada.

—¡Eres malo!

—¡El solo esta bromeando, Philip! —dijo Ivy y con calma recuperó el ángel. Gregory se acostó en la cama.

—¿Les oras? —preguntó él.

—Sí, a los ángeles no a las estatuas —explicó ella.

—¿Y qué cosas maravillosas han hecho estos ángeles por ti? ¿Han capturado el corazón de Tristan? —Ivy lo miro con sorpresa.

—No para eso, yo no oro para eso —Gregory rió suavemente.

—¿Conoces a Tristan? —preguntó Philip.

—Desde primer grado —respondió Gregory luego perezosamente extendió un brazo hacia el gato. Ella huyó de él.

—El era el chico bueno en mi pequeño equipo —dijo Gregory. Levantándose a sí mismo, para poder alcanzar a Ella. Ella se levantó al mismo tiempo y camino al otro lado de la cama—. Él era el chico bueno en *todos* los equipos —dijo Gregory. El trato de alcanzar de nuevo a Ella. El gato siseo. Ivy pudo ver el color crecer en las mejillas de Gregory.

—No te lo tomes personal, Gregory —dijo Ivy—. Solo deja a Ella estar un rato. Los gatos usualmente son difíciles de ganar.

—Como algunas chicas que conozco —remarcó él—. Ven aquí chica —él impulsó su mano hacia ella. El gato levantó rápidamente una pata negra, garras extendidas.

—Déjala ir a ti —advirtió Ivy. Pero Gregory tomo a la gata de la piel del cuello y tiro de ella hacia arriba.

—¡NO! —lloró Ivy. Él empujó otra mano bajo su vientre y Ella lo mordió duramente en la muñeca.

—¡Demonios! —él tiro a Ella a un lado del cuarto.

Philip corrió hacia la gata, y la gata corrió hacia Ivy. Ella la recogió en sus brazos. Ella giró la cola de un lado a otro. Ella estaba enojada tanto que dolía. Gregory la miro. El color aun estaba en sus mejillas.

—Ella es un gato callejero —le dijo Ivy tratando de mantener su propio temperamento—. Cuando la encontramos Ella estaba apoyada contra una pared de ladrillo, sosteniéndose a sí misma, fue muy triste.

—Trate de decírtelo, no llegas a ella de esa manera. Ella no confía en la gente fácilmente.

—Tal vez deberías enseñarle como —dijo Gregory—. ¿Confías en mí, no? —él le dio una de sus torcidas e interrogantes sonrisas. Ivy bajo al gato que salto a la silla y fulmino con la mirada a Gregory. Al sonido de pasos en el hall, ella se escabulló debajo de la cama. Andrew se quedo en la puerta.

—¿Cómo va todo? —preguntó él.

—Bien —mintió Ivy.

—Apesta —dijo Philip. Andrew parpadeo, luego asintió graciosamente.

—Bueno entonces tenemos que tratar de mejorar las cosas. ¿Crees que podemos?
—Philip solo se quedo mirándolo. Andrew volteó hacia Ivy.

—¿De casualidad pudiste abrir esa puerta? —siguió Ivy su mirada hasta la escalera secreta de Gregory—. La luz de las escaleras está a la izquierda —le dijo él.

Aparentemente él le pidió que investigara. Ivy abrió la puerta y encendió la luz, Philip creciente de curiosidad se deslizo bajo su brazo y corrió a subir los escalones.

—¡Wow! —gritó por encima de ellos—. ¡Wow!

Ivy miro a Andrew al sonido de la voz emocionada de Philip, su rostro se ilumino con placer. Gregory miro fijamente la ventana.

—¡Ivy, ven a ver! —Ivy subió rápidamente los escalones. Ella esperaba ver un Nintendo, o a los Power Rangers, o tal vez a un Don Mattingly de tamaño natural. En vez de eso encontró un gran piano, un reproductor CD, uno de casete y dos armarios llenos con sus partituras musicales. Una portada de un disco con la cara de Ella Fitzgerald estaba enmarcada en la pared. El resto de los viejos discos de Jazz de su padre estaban guardados junto a un fonógrafo de madera de cerezo.

—Si hay algo que falte... —empezó Andrew. Él estaba de pie junto a ella, soplando brevemente al lado de los escalones y mirando esperanzado, Gregory había llegado a medio camino, lo suficientemente cerca para ver.

—¡Gracias! —fue lo único que pudo decir—. ¡Gracias!

—¡Esto es súper! —dijo Philip—, y es para los tres —les dijo contento que fuera demasiado para examinar si alguien estaba de mal humor. Luego ella dio la vuelta para hablar con Gregory pero el ya se había ido.

La cena esa noche parecía durar para siempre, la generosidad de los regalos de Andrew, el salón de música para Ivy y una sala de juegos bien surtida para Philip, era demasiado abrumador y vergonzoso. Desde el creciente mal humor de Philip, una vez más, él había decidido que no hablaría en toda la cena.

—Tal vez nunca más —le dijo a Ivy con un mohín, era demasiado para ella expresar su agradecimiento hacia Andrew.

Pero al hacerlo, ella caminaba en la cuerda floja. Cuando Andrew le pregunto por segunda vez si había algo más que Philip o ella quisieran, ella vio como las manos de Gregory se tensaron. En medio del postre, Suzanne llamo. Ivy cometió el error de contestar en el hall fuera del comedor. Suzanne estaba esperando una invitación a la casa es noche. Ivy le dijo que una próxima vez sería mejor.

—¡Pero ya estoy vestida! —se quejó Suzanne.

—Por supuesto que lo estas —respondió Ivy—, son solo las siete y media.

—Quiero decir vestida para salir.

—A ver Suzanne —dijo Ivy jugando a hacerse la tonta—. No tienes que usar nada especial para visitarme.

—¿Qué va a hacer Gregory esta noche?

—No lo sé, no le he preguntado.

—Bueno, ¡lo averiguaremos!, averiguaremos su nombre y donde vive —ordenó Suzanne—, que está usando y a donde van. Si no la conocemos, averiguaremos como luce. Yo solo sé que él tiene una cita —se lamentó ella—. ¡El debe tener una!

Ivy había esperado esto. Pero ella lo había esperado del infantilismo de Philip y Gregory, no quería oír los lamentos de Suzanne.

—Tengo que saber.

—Me muero si es Twinkie Hammonds. ¿Crees que sea Twinkie Hammonds?

—No lo sé. Gregory no me ha dicho. Escucha, me tengo que ir.

—¡Ivy espera!, no me has dicho nada aún —Ivy suspiró.

—Estaré tomando mi almuerzo en el trabajo en la hora habitual, llama a Beth y encuéntrame en el centro comercial. ¿Ok?

—Ok, pero Ivy...

—Mejor me voy ahora —dijo Ivy—. O si no pierdo mi oportunidad de esconderme en el baúl del carro de Gregory —ella colgó.

—¿Así que como esta Suzanne? —preguntó Gregory. Él estaba recostado contra el marco de la puerta que daba al comedor, su cabeza se movió sonriendo.

—Bien.

—¿Qué va a hacer ella esa noche?

La risa en sus ojos le dijo que él había oído de más en la conversación y que eso era una broma, él no estaba sinceramente interesado en la información.

—Yo no le he preguntado, y ella no me ha dicho. Pero si a ustedes les gustaría hablar más el uno con el otro —él rió, luego toco a Ivy en la nariz.

—Gracioso —dijo él.

—Espero que nosotros podamos.





Capítulo 5



Traducido por Lady Anne Darcy

Corregido por Kanon 🎵🎵

Fue un alivio ir a trabajar el sábado por la mañana, un alivio volver al territorio que Ivy conocía. El Centro Comercial Greentree está en el siguiente pueblo, pero recibe visitas de estudiantes de secundaria de todas las ciudades alrededor de él. La mayoría de ellos recorrían las tiendas y luego se cernían sobre las plazas de comida. Esta es la temporada donde Ivy había trabajado durante el último año y medio, estaba directamente frente a la plaza de comida.

La tienda era propiedad de dos hermanas mayores, cuya selección de uniformes, adornos, empapelado y chucherías eran tan excéntricos como sus negocios. Lillian y Betty raramente regresaban mercancías y era como si en todas las estaciones y días festivos uno hubiera llegado a uno de los pequeños rincones del mundo. Disfraces de vampiro colgaban con las barras y las estrellas; en pascua pollos rostizados dormían junto a orejas de plástico en miniatura, pavos piña y orejas volcánicas de la última convención Trekkie *1.

Justo antes de la una el sábado, mientras esperaban que Suzanne y Beth llegaran, Ivy se quedó mirando por encima las órdenes especiales del día. Como siempre, las garabateó en etiquetas y las pegó en la pared. Ivy leyó una de las etiquetas dos veces, y por fin lo entendió. No puede ser, pensó. No podía ser. Tal vez había dos de ellos. ¿Dos chicos llamados Tristán Carruthers?

—Lillian, ¿Qué significa esto? —¿Bl Blup Wh y 25 pnc?

Lillian miró el papel. Ella llevaba bifocales, pero por lo general colgaban de su cuello al final de un collar.

—Bueno, veinticinco platos, servilletas y vasos, ya lo sabes. Ah sí, de Tristán Carruthers, es una orden para la fiesta del equipo de natación. Y una ballena azul inflable. Ya lo tengo listo. Él llamó para verificar su orden esta mañana.

—Trist... ¿El Señor Carruthers llamó?

Ahora Lillian tomó sus gafas, y colocándolas en su nariz, miró fijamente a Ivy. — ¿El Señor Carruthers? Él no te llamó señorita Lyon —dijo.

— ¿De qué forma me llamaría? —preguntó Ivy en voz alta—. Quiero decir, ¿Cómo es que sabe mi nombre?

—Me preguntó a qué hora estabas trabajando. Yo le dije que almorzabas entre la una y una cuarenta y cinco y después estarías aquí hasta las seis —ella le sonrió a Ivy—. Y le dije unas pocas buenas cosas sobre ti, querida.

— ¿Unas pocas buenas cosas?

—Yo le dije que eras una chica encantadora, y que vergüenza que alguien como tú no haya podido encontrar un amigo que fuese un digno caballero.

Ivy hizo una mueca, pero Lillian ya se había quitado otra vez las gafas, así que no se dio cuenta.

—Entró en la tienda la semana pasada para hacer el pedido —continuó Lillian—. Es un buen trozo.

—Es guapo, Lillian.

— ¿Perdón?

—No es un *trozo*, sino todo un galán.

— ¡Bueno, finalmente lo admites! —dijo Suzanne, entrando a la tienda. Beth entró detrás de ella—. ¡Buen trabajo Lillian! —la anciana le guiñó el ojo e Ivy devolvió la etiqueta a la pared. Ella comenzó a buscar en sus bolsillos de dinero.

—No puedo esperar para comer —advirtió Suzanne—. Esto es un interrogatorio.

Veinte minutos más tarde, Beth estaba a punto de terminar su burrito. Suzanne

había hecho incisiones en su Teriyaki de pollo pero la pizza de Ivy se mantuvo intacta.

—¿Cómo podría saberlo? —dijo ella, agitando los brazos en frustración—. ¡No entré en su botiquín médico! —ellas tuvieron que escuchar y re-escuchar, interpretar y reinterpretar cada detalle que Ivy había observado en la habitación de Gregory.

—Bueno, debiste estar ahí una noche —dijo Suzanne—. Quizá debas quedarte esta noche y averiguar a dónde va. ¿Tiene un toque de queda? ¿Tiene él...?

Ivy tomó un rollo de huevo y se lo metió en la boca a Suzanne. —Es el turno de Beth para hablar —le dijo.

—Oh, está bien —respondió Beth—. Esto es interesante.

Ivy abrió la carpeta de Beth. —¿Porqué no lees una de tus nuevas historias? —dijo ella—. Antes de que Suzanne me vuelva loca.

Beth miró a Suzanne y entonces sacó alegremente un montón de papeles. —Voy a utilizar esto en el club de teatro del lunes. He estado experimentando con la *in medias res*². Lo que significa que comenzaremos en medio de la acción.

Ivy cabeceó de manera alentadora y tomó el primer bocado de su pizza.

—Ella apuntó el arma contra su pecho —leyó Beth—. Duro y azul, frío e inflexible. Fotos de él. Frágiles y descoloridas fotos de él —de él con ella— destrozadas y empapadas de lágrimas. Fotos de costras salinas esparcidas en su silla. Ella los había lavado con su propia sangre.

—Beth, Beth —le cortó Suzanne—. Estamos tomando el almuerzo. ¿No tendrás algo más ligero?

Beth agradablemente buscó entre los papeles y comenzó de nuevo. —Ella presionó su mano contra su pecho. Cálido y húmedo, suave y flexible.

—¿La mano o el pecho? —interrumpió Suzanne.

—Silencio —pidió Ivy.

—Una mano que podría reposar en su alma. Una mano que podría elevar... una ballena, una ballena azul de plástico, pienso yo. ¿Qué otra cosa podría ser?

Ivy se volvió rápidamente y miró a través de la galería de la tienda. Betty estaba sosteniendo un gran trozo de plástico azul y charlando con Tristán. Lilian estaba de pie detrás de Tristán en la entrada de la tienda, haciéndole señas furiosas a Betty. Ivy miró su reloj. Era la una y veinticinco, la mitad de su hora del almuerzo.

—Ella te quiere —dijo Beth.

Ivy negó con la cabeza en dirección a Lilian pero Lilian sólo la saludó.

—Ve y dile *soy su chica* —dijo Suzanne.

—No.

—Oh, vamos, Ivy.

—No lo entiendes. Él sabe que es mi hora del almuerzo. Está evitándome.

—Tal vez —dijo Suzanne—. Pero nunca he dejado que una cosa así me detenga.

Ahora Tristán se había dado la vuelta y al ver la imitación de Lilian de un banderín de carreteras dio un vistazo hacia la plaza de comida y luego sus ojos se posaron en Ivy. Mientras tanto, Betty había logrado enganchar la ballena inflable en el recipiente de helio de la tienda.

—¡Yo! —exclamó Beth en cuanto la ballena adquirió vida propia, creciendo como una nube de tormenta azul detrás de Tristán y Lilian. Betty desapareció al otro lado de la misma. Debió soltarla de pronto, ya que subió hasta el techo. Tristán tuvo que saltar para atraparla. Beth y Suzanne comenzaron a reír. Lilian negó con su dedo a Ivy, luego se volvió a hablar con Tristán.

—Me pregunto qué es lo que él dice —dijo Beth.

—Unas pocas buenas cosas —murmuró Ivy.

Minutos más tarde, Tristán salió de la tienda apretando la bolsa de las cosas para la fiesta, que había sido atada por las hermanas con un lazo azul adecuado. La ballena se perdía por encima y detrás de él. Mantuvo la vista al frente y se dirigió hacia la salida del centro comercial. Suzanne le gritó.

Le bramó, en realidad. No podía hacerse el que no oía. Miró en su dirección y a continuación, con una expresión bastante sombría en el rostro, se dirigió hacia ellas. Varios niños pequeños lo siguieron como si fuera el flautista de Hamelin.

—Hola —dijo con frialdad—. Suzanne, Beth, Ivy. Encantado de verlas.

—Encantada de verte a *ti* —contestó Suzanne—. A continuación dijo, mirando la ballena. —¿Quién es? Es un tipo lindo. ¿Un miembro nuevo del equipo de natación?

Ivy se dio cuenta de que los nudillos de Tristán se pusieron blancos en la mano con que sostenía el lazo de la ballena. Todos los músculos que seguían el camino de su brazo se pusieron tensos. Detrás de él, los niños estaban saltando arriba y abajo, golpeando la ballena inflable.

—En realidad, es el nuevo miembro de mi acto —dijo y se volvió hacia Ivy—. Tú has visto parte de él. ¿La rutina de la zanahoria y la cola de camarón que hago? No se lo qué es. Los niños de ocho años me encuentran irresistible.

—¡Nooooo! —los niños lloraban. Los dejó darle unos golpes más a la ballena, luego se fue, esquivando rápidamente a los compradores del sábado.

—¡Bien! —resopló Suzanne.

—¡Bien! —ella señaló a Ivy con su palillo—. ¡Deberías haber dicho algo! De verdad, mujer, no sé lo que está mal contigo.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Cualquier cosa, algo! No importa. Sólo hazle saber que es genial hablar contigo.

Ivy tragó saliva. Ella no podía entender por qué Tristán le hacía hacer algunas cosas de las que hacía. Él la hacía sentirse tan cohibida.

—No siempre se es tímido al principio —dijo Beth, como si hubiera leído el pensamiento de Ivy—. Pero tarde o temprano se las arreglarán para estar bien enfrente del otro.

Suzanne se inclinó hacia delante. —Tu problema es que te lo tomas demasiado en serio, Ivy. El romance es sólo un juego. Sólo un juego.

Ivy suspiró y miró su reloj. —Tengo diez minutos más de receso. Beth, ¿En qué termina tu historia de amor?

Suzanne tocó el brazo de Ivy. —Tienes dos meses más de escuela —le dijo—, ¿Qué tal si mejor empiezas la tuya?

[*1] Trekkie: Convención organizada por los fans de Star Trek.

[*2] In Medias Res: Técnica literaria que consiste en narrar comenzando por el clímax del relato.





Capítulo 6



*Traducido por Dreamers
Corregido por Ángeles Rangel*

Ivy de pie descalza sobre el suelo pegajoso, encogía los dedos de los pies. La humedad y el fuerte olor a cloro de la piscina invadió los vestuarios. La puerta metálica sé cerro de golpe e hizo eco en la sala de cemento como en una cueva. Todo acerca de la piscina le daba escalofríos.

Las otras chicas del club de teatro estaban afuera verificaban unas a otras sus trajes, ensayando sus líneas y riéndose tímidamente. Suzanne tendió su mano en el hombro de Ivy. —¿Todo bien?

—Puedo hacer esto.

—¿Estás segura? —Suzanne no sonó muy convencida.

—Sé mis líneas —dijo Ivy—. Y todo lo que tenemos que hacer es dar brincos sobre el trampolín.

En el trampolín alto, en la parte más profunda, sin caerse, pensó Ivy para sí misma.

Suzanne insistió. —Escucha Ivy, sé que eres la estrella de McCardll, ¿no crees que deberías mencionarle que no sabes nadar y que te aterroriza el agua?

—Te lo dije, puedo hacerlo —dijo Ivy, entonces empujó la puerta giratoria de los vestuarios, sus piernas se sentían como de goma blanda debajo de ella.

Ella se alineó con 11 chicas y tres chicos a lo largo del borde de la piscina. Beth estaba a un lado de Ivy, Suzanne al otro. Ivy contempló la luminosa azul-verde

piscina. Es sólo agua, se dijo, nada más que algo para beber. Y ni siquiera es profunda en este extremo.

Beth tocó su hombro. —Bueno supongo que Suzanne está contenta. Tú invitaste a Gregory.

—¿Gregory? ¡Por supuesto que no! —Ivy se giró rápidamente hacia Suzanne.

Suzanne se encogió de hombros. —Quise darte una vista anticipada de las atracciones que vienen. Habrá un montón de lugares para tomar el sol en esa colina ustedes.

—Te ves genial en tu traje —le dijo Beth.

Ivy suspiró. Suzanne sabía como de duro era esto para ella, sin añadir a Gregory en el escenario. Ella podía haberse refrenado solo por una vez.

Gregory no estaba solo en las gradas. Sus amigos Eric y Will estaban viendo, así como algunos otros estudiantes de tercer y cuarto año que se habían escapado de sus proyectos durante el período de actividad. Todos los chicos miraban con gran interés como las chicas del grupo hacían sus ejercicios de estiramiento.

Entonces, la clase caminó y trotó alrededor del perímetro de la piscina, en el desempeño de sus ejercicios vocales.

—Quiero escuchar cada consonante, cada p, d, y t —les dijo el señor McCardell, su propia voz sorprendentemente clara en el eco de la enorme piscina—. Margaret, Courtney, Suzanne, esto no es un concurso de belleza —gritó él—, sólo hay que pasar.

Eso provocó algunos suaves abucheos desde las gradas.

—¡Y por amor de Dios, Sam, deja de saltar!

El público rió. Cuando los estudiantes habían terminado de dar varias vueltas, se reunieron en la parte honda de la piscina bajo el trampolín.

—Ojo aquí —ordenó su profesor—. Tú no estás conmigo —dijo inclinándose cerca

de ellos—, esta es una lección de enunciación y concentración. Consideraré imperdonable, si alguno de ustedes permite que aquellos Groundlings los distraiga.

En ese momento, casi todo el mundo en la sala miraba hacia las gradas. La puerta de la piscina se abrió, y muchos más espectadores entraron, todos ellos chicos.

—¿Estamos listos? ¿Estamos preparados?

Para el ejercicio, cada estudiante tenía que memorizar por lo menos veinticinco líneas de poesía o prosa, algo sobre el amor o la muerte... —*Los dos grandes temas de la vida y el drama*—había dicho el señor McCardell.

Ivy había remendado dos canciones de amor temprano—Inglesa, una divertida y una triste. Ella repasó por encima en silencio sus líneas. Ella pensó que se los sabía de memoria, pero cuando el primer estudiante subió la delgada escalera de metal, cada palabra salió de su cabeza. El pulso de Ivy comenzó a competir como si fuera el chico de la escalera. Ella respiró hondo.

—¿Estás bien?—susurró Beth.

—¡Díselo, Ivy!—insistió Suzanne—. Explícale a McCardell cómo te sientes.

Ivy negó con la cabeza. —Estoy bien.

Los tres primeros estudiantes entregaron sus líneas de forma mecánica, pero todos ellos mantuvieron el equilibrio, rebotando arriba y abajo en trampolín. Entonces Sam cayó con los brazos girando como un pájaro enorme, extraño, bajando hacia el agua.

Ivy tragó saliva.

El Sr. McCardell la llamó por su nombre.

Subió la escalera, lentamente y de manera constante, peldaño a peldaño, su corazón golpeando contra sus costillas. Sus brazos se sentían más fuertes que sus piernas temblorosas. Ella los usó para levantarse a sí misma en el trampolín, luego

se detuvo. Debajo de ella el agua bailaba como las pequeñas y oscuras con destellos fluorescentes.

Ivy se centró en extremo del trampolín como le habían enseñado a hacerlo en la barra de equilibrio, dio tres pasos. Sintió la tabla bajar con su peso. Su estomago cayó con ella, pero siguió caminando.

—Puede comenzar —dijo el Sr. McCardell.

Ivy volvió sus pensamientos por un momento hacia el interior, tratando de encontrar sus líneas, tratando de recordar las imágenes que había imaginado cuando leyó por primera vez la poesía. Ella sabía que si hacía esto simplemente como un ejercicio, que no obtendría a través de él. Tenía que actuar, tenía que perderse en las emociones de los poemas.

Ella recordó las primeras palabras del poema humorístico, y de pronto en su mente vio las fotos que necesitaba: una novia resplandeciente, sorprendió a los invitados, y una lluvia de verduras rodando lejos debajo de ella, su público se rió mientras recitaba versos sobre la estupidez del amor. Luego, continuando su movimiento de salto, se encontró con él más lento, más triste ritmo del segundo poema:

*Viento del oeste, cuando soplará de golpe.
¿Puede llover la lluvia hacia abajo?
Cristo, si mi amor estuviera en mis brazos.
¡Y yo en mi cama otra vez!*

Dio dos saltos más, y luego se detuvo en el extremo del trampolín, recuperando el aliento. De pronto sonaron aplausos. ¡Ella lo había hecho!

Cuando los gritos se calmaron, el Sr. McCardell, dijo —*Bastante agradable* —que fue un gran elogio viniendo de él.

—Gracias, señor —respondió Ivy. Luego trató de dar la vuelta por el camino de regreso.

A medida que empezó sintió que sus rodillas se doblan a su vez, y se puso tensa rápidamente. No mires hacia abajo.

Pero tenía que ver dónde pisaba. Ella respiró hondo y trató de girar de nuevo.

—Ivy, ¿hay algún problema? —pregunto el Sr. McCardell.

—Ella le tiene miedo al agua —contestó Suzanne—. Y no sabe nadar.

Abajo de Ivy la piscina parecía roca, sus bordes borrosos. Ella trató de concentrarse en el trampolín. No pudo. El agua se precipitó hacia ella, dispuesta a tragarle. Luego retrocedió, dejando caer lejos, lejos, muy debajo de ella. Ivy se tambaleó sobre sus pies. Una rodilla se fue hacia abajo.

—¡Oh! —el grito resonó desde los espectadores.

Su otra rodilla cayó y se deslizó fuera del trampolín. Ivy se aferró con la desesperación de un gato. Ella colgaba de la mitad del trampolín. —¡Que alguien le ayude! —exclamó Susanne.

Ángel del Agua, Ivy oró en silencio. Ángel de agua, no me dejes caer. Tú me ayudaste una vez. Por favor, ángel...

Entonces Ivy sintió movimiento en el trampolín. Se le estremecieron los brazos. Sus manos estaban húmedas y resbaladizas. Simplemente suéltate, se dijo. Confía en tu ángel. Tu ángel no te dejará ahogarte.

Ángel del agua, oró por tercera vez, pero sus brazos no soltaban el trampolín. La unión continuó vibrando. Sus manos se deslizaban.

—Ivy.

Ella volvió la cara al oír su voz, raspándose la mejilla en el tablón. Tristán había subido la escalera y estaba de pie en el otro extremo. —Todo va a estar bien, Ivy.

Luego se dirigió hacia ella. La fibra de vidrio del tablón se flexionó bajo su peso.

—¡No! —gritó Ivy, aferrándose desesperadamente a la unión—. No lo muevas. ¡Por favor! Tengo miedo.

—Yo puedo ayudarte. Confía en mí.

Le dolían los brazos. Su cabeza se sentía ligera, la piel fría y punzante. Debajo de ella, el agua se arremolinaba vertiginosamente.

—Escúchame, Ivy. No vas a poder seguir aguantando en esa forma. Rueda a un lado un poco. Rueda, ¿de acuerdo? Necesitas tu brazo derecho libre. Vamos. Sé que puedes hacerlo.

Ivy cambió su peso lentamente. Por un momento se pensó que iba a rodar a la derecha del trampolín. Agitó frenéticamente su brazo libre.

—Está bien. Ya lo tienes —dijo.

Estaba en lo cierto. Tenía un buen agarre, las dos manos agarrando de lleno el tablero.

—Ahora una pulgada hacia arriba. Tírate en mitad del trampolín. Esa es la manera —su voz era firme y segura—, ¿Qué rodilla es tu favorita? —le preguntó.

Ella frunció el ceño hacia él.

—¿Rodilla derecha o rodilla izquierda? —le sonreía.

—Uh, rodilla derecha, supongo.

—Afloja la mano derecha, entonces. Y tira de tu rodilla derecha, metida debajo de ti. —Ella lo hizo. Un poco después ambas rodillas estaban bajo ella.

—Ahora arrástrate hasta a mí.

Ella miró el tazón de agua oscilante.

—Ven hacia mí, Ivy.

La distancia era de sólo dos metros y medio... que parecía de ocho millas. Se dirigió lentamente a lo largo del trampolín. Entonces sintió unas manos

agarrándole fuerte de cada brazo. Se puso de pie, tirando de ella hacia él, y rápidamente la giró. Ivy quedó inerte pero aliviada.

—Muy bien, estoy justo detrás de ti ahora. Vamos a dar un paso a la vez. Aquí estoy —comenzó a bajar por la escalera. Un paso a la vez, Ivy repetía a sí misma.

Si sólo las piernas le dejaran de temblar. Entonces ella sintió su mano suavemente en el tobillo, guiándolo hacia abajo, al peldaño de metal. Por fin estuvieron de pie juntos en la parte inferior.

El Sr. McCardell desvió la mirada de ella, obviamente incómodo.

—Gracias —dijo Ivy en voz baja a Tristán.

Luego se precipitó al vestuario antes de que Tristán o los otros pudieran ver sus asustadas lágrimas.

En el estacionamiento esa tarde, Suzanne intentó hablar con Ivy para volver con ella a la casa Goldstein.

—Gracias, pero estoy cansada —dijo Ivy—. Creo que debo ir... a casa—. Todavía era extraño pensar en la casa Baines como su casa.

—Bueno, ¿por qué no acabamos conduciendo alrededor de algo por primera vez? —sugirió Suzanne—. Sé de un gran lugar que venden cappuccino donde ninguno de los niños van, al menos ninguno de nuestra escuela. Podemos hablar sin ser interrumpidas.

—No necesito hablar, Suzanne. Estoy bien. En serio. Pero si quieres compartir un rato acaba de salir, puedes venir a casa conmigo.

—No creo que eso sea una buena idea.

Ivy ladeó la cabeza. —Uno pensaría que eras la que se ha quedado varada allá arriba, en el trampolín.

—Algo parecido a eso —dijo Suzanne.

—Si no te conociera mejor, pensaría que te habías caído de la escalera y te golpeaste la cabeza en el concreto. Pensé que te había invitado a la casa de Gregory.

Suzanne jugueteaba con su lápiz de labios, rodando hacia arriba y abajo, arriba y abajo. —De eso se trata. Ya sabes cómo soy, Ivy... como un sabueso en la caza. No puedo ayudarme a mí misma. Si él está ahí, voy a estar totalmente distraída. Y ahora mismo tú necesitas mi atención.

—¡Pero yo no necesito la atención de nadie! Tuve un mal momento en el club de drama y...

—Fuiste rescatada.

—Rescatada...

—Por Tristán.

—Por Tristán, y ahora...

—Van a vivir felices para siempre —dijo Suzanne.

—Ahora me voy a casa, y si quieres venir conmigo y empezar a ladrar a Gregory, muy bien. Nos vas a mantener a todos entretenidos.

Suzanne debatió durante un momento y luego estiró los labios recién a pintados. —¿Lo tengo en los dientes?

—Si no hablaras constantemente, no tendríamos este problema —dijo Ivy, y señaló una mancha de rojo—. Ahí mismo.

Cuando llegaron a casa, el BMW de Gregory estaba en el camino de entrada. —Bueno, estamos todos encantados —dijo Ivy.

Pero cuando entraron en la casa, Ivy podía oír la voz de su madre, alta y excitada, siendo contestada con rapidez cada vez por Gregory. Ella y Suzanne se miraron, luego siguieron el sonido de las voces en la oficina de Andrew.

—¿Hay algo mal? —preguntó Ivy.

—¡Eso es lo que está mal! —dijo su madre, señalando una silla de cubierta de seda. Su asiento colgaba en jirones.

—¡Ay! —exclamó Ivy—. ¿Qué pasó?

—Tal vez mi padre limaba sus uñas —sugirió Gregory.

—Es la silla favorita de Andrew —dijo Maggie. Sus mejillas estaban bastante sonrosadas. Su cabello retorcido fuera de forma caía en mechones parecidos a una hierba—. Y esta tela no es precisamente barata, Ivy.

—¡Bueno, mamá, yo no lo hice!

—Dejadme revisar sus uñas —dijo Gregory.

Suzanne se echó a reír.

—Ella lo hizo —dijo Maggie.

—¡Ella! —Ivy negó con la cabeza—. ¡Eso es imposible! Ella nunca ha arañado nada en su vida.

—A Ella no le gusta Andrew —dijo Philip—. Él había estado de pie en silencio en la esquina de la habitación.

—Ella lo hizo porque no le gusta Andrew.

Maggie se dio la vuelta. Ivy cogió a su madre de la mano. —Fácil —dijo. Después examinó la parte posterior de la silla. Gregory la miraba y la examinó por sí mismo. Le parecía a Ivy que finalmente estaba cortado en tiras... un trabajo demasiado convincente para que Phillip lo hubiese logrado. Ella debía haber sido culpable.

—Vamos a tener que quitarle sus garras —dijo Maggie.

—¡No!

—Ivy, hay demasiadas piezas y muebles valiosos en esta casa. No pueden ser arruinadas. Le tendrán que quitar las garras.

—No te dejaré.

—No es más que un gato.

—Y esto es sólo un mueble —dijo Ivy, con su voz fría y acerada.

—Es eso, o deshacerse de ella.

Ivy cruzó los brazos sobre su pecho. Ella era dos pulgadas más alta que su madre.

—Ivy... —podía ver los ojos de su madre como con una bruma encima. Eso era lo que ella había sido durante los últimos meses, emocional, rogando, insistiendo con lágrimas—. Ivy, ésta es una nueva vida, estas son cosas nuevas para todos nosotros. Tú misma me dijiste: Por todas las cosas buenas que están sucediendo, esto no es un cuento de hadas. Todos tenemos que intentar hacer que funcione.

—¿Dónde está Ella ahora? —preguntó Ivy.

—En tu dormitorio. Cerré la puerta del vestíbulo, y el ático también, así que no arruinará otra cosa.

Ivy se dirigió a Gregory. —¿Le conseguirías a Suzanne algo de beber?

—Por supuesto —dijo.

Luego Ivy subió a su habitación. Se sentó durante mucho tiempo, acunándola en su regazo y mirando a su ángel del agua.

—¿Qué hago ahora, ángel? —rezaba—. ¿Qué hago ahora? No me digas que debo renunciar a Ella, no puedo renunciar a ella. ¡No puedo!

Al final, lo hizo. Al final, Ivy no podía tomar el aire libre, alejada de Ella. Ella no

podía abandonar a su pequeña gata feroz en la calle vulnerable a cualquier cosa que le pudiera suceder. A pesar de que se le rompió el corazón, y el de Phillip también, publicó el anuncio de adopción en el tablón de anuncios de la escuela el jueves por la tarde.

El jueves por la noche recibió una llamada. Phillip estaba en su habitación haciendo su tarea y cogió el teléfono. Con un tono sombrío se lo entregó a ella. —Es un hombre —dijo—. Quiere adoptar a Ella —Ivy frunció el ceño y cogió el auricular—. ¿Hola?

—Hola. ¿Cómo estás? —preguntó el que llamaba.

—Bien —respondió con frialdad Ivy. ¿Qué le importaba como esta? Inmediatamente, esta persona no le gustaba porque tenía la esperanza de quitarle a Ella.

—Bien. Uh... ¿has encontrado un hogar para tú gato?

—No —dijo ella.

—Me gustaría tenerla a Ella.

Ivy parpadeó con fuerza. No quería que Phillip la viera llorar. Ella debería estar contenta y aliviada de que alguien quería un gato adulto.

—¿Estás ahí? —pidió a la persona que llamaba.

—Sí.

—Me gustaría cuidar bien de ella, alimentarla y bañarla.

—Los gatos no se bañan.

—Me gustaría saber qué tengo que hacer —dijo—, creo que le gustaría estar aquí. Es un lugar cómodo.

Ivy asintió en silencio.

—¿Hola?

Ella le dio la espalda a Philip. —Escucha —dijo ella en el teléfono—. Ella significa mucho para mí. Si no te importa, me gustaría ver tu casa yo misma y hablar contigo en persona.

—¡No me importa en absoluto! —respondió la persona que llamaba alegremente—. Déjame darte mi dirección.

Ella la apuntó. —¿Y quién eres? —le preguntó.

—Tristán.





Capítulo 7



*Traducido por Neru y Andre_G
Corregido por Tati Chenu xD*

—Pero tú eres un amante de los perros —dijo Gary el viernes por la tarde—. Tú siempre has sido un amante de los perros.

—Pienso que mis padres disfrutarán un gato —contestó Tristan. Él se movió rápidamente alrededor del salón, limpiando pilas de cosas de las sillas: revistas de pediatría de su madre, el horario de la capilla del hospital de su padre y un montón de fotocopias de rezos, su propio horario de natación y viejos ejemplares de Sports Illustrated, el balde de pollo de la noche anterior. Sus padres se preguntarían por que se complicaba con esos problemas. Los tres generalmente se sentaban en el piso para leer y comer.

Gary estaba viéndolo y frunció el ceño. —¿Crees que tus padres lo disfrutaran? ¿Y si el gato tiene una enfermedad? ¿Tiene una religión? Si tu madre la doctora no puede curarlo y tu padre el ministro no puede orar por él y los abogados.

—Todas las casas necesitan una mascota —lo cortó Tristan.

—En las casas donde hay un gato, las personas son las mascotas. Te estoy diciendo, Tristan, los gatos tienen su mente propia. Son peor que las chicas. Si tú piensas que Ivy puede conducir tu locura, espera un momento... espera un momento... —Gary golpeaba ligeramente sus dedos en la mesa—. Recuerdo un anuncio en el tablón de anuncios.

—Que bien —dijo Tristan, y le entregó a su amigo su bolso del gimnasio—. Dijiste que tenías que llegar temprano a casa.

Gary dejó caer su bolso. Él se figuraba lo que estaba pasando. —¿Y perderme esto?

Yo estaba ahí la última vez que hiciste el ridículo; ¿Por qué no quedarme para la diversión esta vez? —él se arrojó en la alfombra enfrente de la chimenea.

—Estas realmente disfrutando de mi miseria, ¿no? —murmuró Tristan.

Gary giró sobre su espalda y puso sus manos detrás de la cabeza. —Tristan, yo y los chicos te hemos visto conseguir a todas las chicas en los últimos tres años, no, en los últimos siete; tú estabas bueno incluso en quinto grado. ¡Maldición cierto que estoy disfrutando!

Tristan hizo una mueca, entonces fijó su atención en una mancha de café que había triplicado su tamaño desde la última vez que él la había notado. No tenía idea de cómo sacar algo como eso de una alfombra.

Se preguntó si Ivy encontraría su familiar y pequeña casa de madera pequeña, gastada e increíblemente desordenada.

—Entonces, ¿cuál es el trato? —preguntó Gary—. ¿Una cita por tomar su gato? Tal vez una vez por semana que tú lo tengas —él sugirió.

—Su amiga Suzanne dijo que está muy vinculada a ese gato —Tristan sonrió, satisfecho de sí mismo—. Yo estoy ofreciendo derechos de visita.

Gary resopló. —¿Qué pasará cuando Ivy no quiera perder a la bolita de pelo nunca más?

—Ella me extrañará —dijo Tristan, sonando confiado.

Sonó el timbre. Su confianza se evaporó.

—Rápido, ¿cómo tomas a un gato?

—Comprando un trago.

—¡Hablo en serio!

—Por la cola.

— ¡Estas bromeando!

— Sip, estoy bromeando.

El timbre sonó de nuevo. Tristan se apresuró a responder. Era su imaginación, o ¿Ivy se sonrojó cuando él abrió la puerta? Su boca era definitivamente rosa. Su cabello brillaba como una corona de oro, y sus ojos verdes lo hacían pensar en los mares templados y tropicales.

— He traído a Ella — dijo ella.

— ¿Ella?

— Mi gata.

Mirando abajo, vio todo tipo de parafernalia de animales al lado de ella.

— Oh, ¡Ella! Estupendo, estupendo — ¿Por qué ella siempre lo reduce a frases de una palabra?

— Todavía estas interesado, ¿cierto? — una pequeña línea de preocupación arrugó su frente.

— Oh, él está bien interesado — respondió Gary, levantándose detrás de Tristan.

Ivy caminó entrando en la casa y miró a su alrededor sin poner su transportador de gato en el suelo.

— Soy Gary, te he visto mucho alrededor de la escuela.

Ivy asintió y sonrió algo distante. — Tú estabas en la boda, también.

— Cierto. Yo y Tristan. Soy la persona que hizo el postre antes de ser despedido.

Ivy sonrió de nuevo, una sonrisa amable esta vez, entonces ella regresó a sus asuntos.

—El pequeño platito de Ella está afuera —ella le dijo a Tristan—. Y algunas latas de comida. También traje su canasta y su cojín, pero nunca los usa.

Tristan asintió. El pelo de Ivy se sacudía en la corriente de aire de la puerta. Él quería tocarla. Acariciar su mejilla y besarla.

—¿Cómo te sientes acerca de compartir tu cama? —ella preguntó.

Tristan parpadeó. —¿Disculpa?

—Le encantaría —dijo Gary.

Tristan le lanzó una mirada.

—Bien —dijo Ivy, sin fijarse en el guiño de Gary—. Ella puede ser una abarcadora de almohada, pero todo lo que tienes que hacer es pasar sobre ella.

Gary se rió muy fuerte, entonces él y Tristan interpusieron el monto de cosas.

—¿Eres un amante de los gatos? —Ivy le preguntó a Gary.

—No —respondió él—, pero tal vez hay esperanzas para mí —se inclinó para mirar en la canasta—. Quiero decir, mira que rápido se convirtió Tristan. Hola, Ella. Vamos a pasar un agradable tiempo jugando juntos.

—Que mal que tengas que esperar hasta la próxima vez —dijo Tristan—. Gary estaba justo a punto de partir —le dijo a Ivy.

Gary se enderezó fingiendo lucir sorprendido. —¿Me voy? ¿Tan pronto?

—No lo suficiente —dijo Tristan, manteniendo abierta la puerta delantera.

—Está bien, está bien. Te veo luego, Ella. Tal vez podríamos cazar juntos a un ratón...

Cuando Gary se marchó, el cuarto se puso muy silencioso. Tristan no podía pensar

en algo para decir. Tenía una lista de preguntas en algún lugar tras el sofá donde todas las otras cosas estaban amontonadas.

Pero Ivy no parecía estar esperando algo de conversación. Ella abrió la puerta del porta gatos y dejó salir a Ella.

El gato tenía un aspecto gracioso, era en su mayoría negro, pero con una pata blanca, una raya blanca en su cola, y una mancha en su cara.

—Esta bien, nena —Ivy dijo, sosteniendo a Ella en sus brazos, acariciando suavemente sus orejas.

Ella pestañó sus grandes ojos verdes hacia Tristan, feliz de acaparar la atención de Ivy.

No puedo creer que este celoso de un gato, pensó Tristán.

Cuando Ivy finalmente puso a Ella en el suelo, Tristan estiro un brazo en su dirección. El gato le dio una mirada presuntuosa y se alejó.

—Tienes que dejar que ella venga a ti —le aconsejo Ivy—. Ignórala, por días, por semanas, si es necesario. Cuando haya estado lo suficientemente sola, ella vendrá por sí misma.

¿Lo haría Ivy algún día?

Tristan alzo una bolsa amarilla. —¿Qué tal te parece darme instrucciones para alimentarla?

Ella ya las había escrito a máquina para él. —Y aquí están los registros médicos de Ella, y la lista de las inyecciones que recibe regularmente y el número del veterinario.

Parecía estar apurada por concluir el asunto.

—Y aquí están sus juguetes —la voz de Ivy tembló.

—Esto es duro para ti, ¿cierto? —dijo él gentilmente.

—Y este es su cepillo; ella ama ser peinada.

—Pero no bañada —dijo Tristan.

Ivy mordió su labio. —Tú no sabes nada sobre gatos, ¿o sí?

—Claro que tú puedes visitarla todo lo que quieras, Ivy. Seguirá siendo tu gata. Solo será mía también. Puedes venir a verla cuando gustes.

—No —dijo Ivy firmemente—. No.

— ¿No? —su corazón se detuvo. Seguía sentado derecho sosteniendo una pila de cosas de gatos, pero estaba seguro de haber tenido un ataque cardíaco.

—Eso solo la confundiría —explicó Ivy—. Y yo no creo, no creo que yo pueda soportarlo.

Entonces él se estiró para alcanzar a tocarla, para tomar una de sus delicadas manos entre las suyas, pero no se atrevió. En su lugar pretendió estudiar el pequeño cepillo rosado y espero a que Ivy se compusiera.

Ella vino a olfatear su cepillo, luego puso su cabeza contra él. Tristan gentilmente cepillo su costado.

—Le gusta más por la cabeza —dijo Ivy. Tomo su mano y la guió—. Bajo su mentón. Y sus mejillas ahí están las glándulas de su aroma, las que usa para marcar cosas. Creo que tu le gustas, Tristan.

Ella retiró su mano. Tristan continuó cepillando a Ella. La gata, de repente, se giro sobre su espalda.

Ivy sé rió. —¡Pues, bien! ¡Pequeña tramposa!

Con su mano, Tristan frotó su barriga. El pelaje estaba espléndidamente largo y suave.

—Me pregunto porque a los gatos no les gusta el agua —se burló—. Si tiras uno a una piscina, ¿nadaría?

—¡No te atrevas! —dijo Ivy—. ¡No te atrevas a hacer eso!

El gato salto sobre sus pies y se escabullo bajo una silla.

Tristan miro a Ivy sorprendido. —Claro que no lo haría. Solo me preguntaba.

Ella cerró sus ojos. Sus mejillas se ruborizaron.

—¿Fue eso lo que te paso a ti, Ivy?

Como no le respondió, el trato de nuevo. —¿Qué te hizo temer al agua? —preguntó en voz baja—. ¿Algo te paso cuando eras pequeña?

Ivy no lo miro. —Te debo una, en grande —dijo ella—, por haberme bajado de esa tabla.

—No me debes nada. Solo preguntaba porque trataba de entenderlo. Nadar es mi vida. Me es difícil entender como es el no amar el agua.

—No veo como podrías llegar a entenderlo —dijo Ivy—. El agua para ti es como el aire para un pájaro. Te deja volar. Al menos eso parece. Me es difícil imaginar cómo se siente.

—¿Qué fue lo que te hizo temerle? —persistió—. ¿Quién te hizo tenerle miedo?

Ella pensó por un momento. —Ni siquiera recuerdo su nombre. Uno de los novios de mi madre. Ella tuvo muchos y algunos de ellos eran agradables. Pero él era malo. Nos llevo a la piscina de un amigo. Yo tenía cuatro, creo. No sabía nadar y no quería entrar al agua, creo que después de un rato me puse fastidiosa, colgada de mi mamá.

Ella tragó y alzo su mirada hacia Tristan.

—¿Y? —dijo él suavemente.

—Mamá entro por unos minutos, para ayudar con unos sándwiches o algo. Él me agarró. Yo sabía lo que él iba a hacer y empecé a patear y gritar, pero mamá no me oía. Me llevo al borde de la piscina. *¡Veamos si nadara!* Me alzo alto y me tiro en ella.

Tristan se estremeció, como si estuviera allí, viéndolo realmente.

—El agua estaba sobre mi cabeza —continúo Ivy—. Luche por mantenerme a flote, pateando y moviendo mis brazos, pero no podía mantener mi cara fuera del agua. Empecé a ahogarme, tragándome el agua. No podía subir a tomar aire.

Tristan la miraba, incrédulo. —Y este tipo ¿salto tras de ti?

—No —Ivy se había levantado y se estaba moviendo por el cuarto como un gato agitado. Ella sacó su cabeza para mirar, una bola de polvo colgando de sus bigotes.

—Estoy bastante segura de que él estaba borracho —dijo Ivy—. Todo comenzó a ponerse borroso. Luego oscuro. Mis brazos y piernas parecían tan pesados, y mi pecho se sentía como si se fuera a estallar. Rece. Por primera vez en mi vida, rece por mi ángel guardián. Luego me sentí siendo levantada, sostenida sobre el agua. Mis pulmones dejaron de doler, mis ojos se aclararon. No recuerdo mucho sobre el ángel, excepto que ella era brillante, y de muchos colores, y hermosa.

Ivy miro de reojo a Tristan, luego rompió en una amplia sonrisa. Volvió hasta él y se sentó otra vez en el suelo, dándole la cara.

—Está bien. No espero que me creas. Nadie más lo hizo. Aparentemente mi madre había salido a ver qué pasaba y su amigo se había dado la vuelta para hablar con ella, así que nadie vio como conseguí llegar al borde de la piscina. Ellos solo dedujeron, que tirándolo, un niño aprendería a nadar —su rostro estaba lleno de sabiduría. Ella se encontraba de nuevo en otro lugar, seguía recordando.

—Me gustaría creer en tu ángel —dijo Tristan. Luego se encomio de hombros—. Lo siento. Ya había escuchado antes historias como esa. Su padre ocasionalmente traía cuentos similares del hospital. Pero esto solo era la forma en que la mente humana funcionaba, él pensó; era la forma en que ciertas mentes respondían a una crisis.

—Sabes, cuando estaba allí arriba sobre la tabla Monda —dijo Ivy—, rece a mi ángel del agua.

—Pero todo lo que conseguiste fue a mí —señaló Tristan.

— Lo suficiente bueno —replico, y se rió un poco.

—Ivy —trato de calmar el temblor de su voz, queriendo que ella no se enterara cuanto lo esperaba—. Yo podría enseñarte a nadar.

Sus ojos se ampliaron.

—Después de la escuela. El entrenador nos dejaría usar la piscina.

Sus manos, sus ojos, todo en ella estaba quieto y mirándolo.

—Se siente genial, Ivy. ¿Sabes lo que es flotar en un lago, con un círculo de arboles rodeándote, un gran cielo azul sobre ti? Solo estar tendido sobre el agua, el sol chispeando las puntas de tus dedos de las manos y los pies. ¿Sabes cómo se siente nadar en el mar? Estar nadando duramente y que una ola te alcanza y sin ningún esfuerzo te impulse adelante. Sin darse cuenta de lo que hacía, puso una de sus manos en cada uno de brazos los de ella y la levanto. Ella tenía la piel de gallina.

—Lo siento —dijo bajándola rápidamente—. Lo siento. Me deje llevar.

—Esta bien —dijo ella, pero no lo miraba.

Se preguntaba a que le temería ella más, al agua o a él.

Probablemente a él, pensó, y no sabía qué hacer al respecto. —Lo hare divertido, justo como cuando le enseñe a los niños en el campamento de verano —dijo Tristan en forma alentadora—. Piénsalo, ¿está bien?

Ella asintió.

Claramente la incomodó, deseó poder disculparse por lo del pasillo, por presentarse en la boda de su madre, por llamarla por lo de su gato. Quería prometerle que no la molestaría nunca más, esperando que eso la tranquilizara.

Pero de repente ella se veía tan confundida y cansada; parecía que lo mejor era no decir nada más.

—Seré realmente bueno con Ella —le dijo—. Si algo cambia y la quieres de vuelta, dame una llamada. Y si decides que deseas venir a visitarla, yo no tengo que estar presente. ¿Está bien?

Ivy lo miro especulándose.

—Entonces —dijo él, levantándose—. Soy el cocinero los jueves y los viernes. Mejor empiezo a prepara la cena.

—¿Qué vas a preparar? —preguntó Ivy.

—Trozos de hígado y salsa para carne. Oh, no, lo siento esa es la comida de Ella.

Era un chiste flojo, pero ella sonrió.

—Quédate y juega con Ella por el tiempo que quieras —le dijo a ella.

—Gracias.

Luego se fue hacia la cocina para darle un poco de tiempo a solas con la gata. Pero antes de llegar a la puerta la escuchó decir — Adiós, Ella—. Un momento después, la puerta delantera sonó cerrándose tras ella.

Cuando Ivy emergió de los vestidores, Tristan ya se encontraba en el agua. El entrenador le había permitido entrar en el área cerrada de la piscina. Ella había esperado que el viejo hombre se quedara viéndola incrédulo —¿Quieres decir que no sabes nadar? —pero su cara, la cual era larga y arrugada como una pasa, era amable e incuestionable. Él le dio la bienvenida y luego regreso a su oficina.

Le había tomado una semana a Ivy para decidirse a hacer esto. Ella había nadado en sus sueños, por millas algunas noches.

Cuando le dijo a Tristan que quería aprender, sus ojos se iluminaron. Ivy estaba bastante segura de haber acobardado de forma satisfactoria, cualquier interés romántico que tuviera en ella; según Suzanne, él estaba saliendo con otras dos

chicas. Pero ella sentía como si él fuera su amigo. Bajándola de la tabla, tomando a Ella, ayudándola a enfrentar su mayor temor él estaba allí cuando lo necesitaba, de una forma en que ningún chico había estado, la forma en que un verdadero amigo estaría.

Ahora lo vio haciendo brazadas. El agua flotaba alrededor de su musculoso cuerpo; lo levantaba mientras él se movía rápida y poderosamente a través de ella. Cuando nadó estilo mariposa, sus manos salían del agua como alas, era música visual fuerte, rítmica, lleno de gracia.

Ivy observo por varios minutos, luego volvió a la razón por la cual se encontraba allí. Camino hacia el borde de la piscina, al final de la superficie y miro hacia abajo. Luego se sentó en el suelo y sumergió sus piernas. Estaba caliente. Relajante. Aun así, para ella era todo frío. Rechinó sus dientes y se deslizo por un lado. El agua rosaba justo debajo de sus hombros. La imagino avanzando lentamente sobre su garganta, su boca.

Cerró sus ojos y se agarró del borde de la piscina, tratando de parar el creciente terror en su interior.

Ángel del agua, rezo, no me sueltes. Estoy confiando en ti, ángel. Estoy en tus manos.

Tristan paro de nadar.

—Estas aquí —dijo él—. Estas adentro.

Parecía tan complacido que por un momento, un muy pequeño momento, ella se olvidó del miedo.

—¿Qué tal te está yendo? —preguntó.

—Bien. No te importaría si tan solo me quedo aquí parada y tiemblo, ¿cierto?

—Te calentarás si te mueves alrededor —le dijo a ella.

Miro abajo hacia el agua.

—Vamos, demos un paseo —él tomó su mano y camino con ella por el borde de la piscina, como si estuvieran paseando por un mall, aunque por la resistencia del agua cada paso que daban era en cámara lenta.

—¿Quieres que te cuente sobre Ella y el caos que está creando en casa?

—Claro —dijo Ivy—. ¿Ya encontró ese envase de pollo que está haciendo presión en el estante de tu televisor?

Tristan parecía perplejo por un momento, luego se recupero. —Sí, justo después de haber escavado entre todas las cosas que amontone tras el sofá —él siguió cotorreando, contando varias historias de Ella, llevándola arriba y abajo por el final de la piscina.

Cuando pararon él dijo, —creo que mejor te echamos algo de agua en la cara.

Ella había estado temiendo eso.

Con sus manos llenas, vertió agua sobre su frente y mejillas como si estuviera bañando a un bebe.

—Hago eso en la ducha —dijo Ivy ásperamente.

—Pues discúlpeme, Señorita Avanzada. Seguiremos con el siguiente paso —la miró fijamente—. Inhala profundo. Quiero verte mirándome allá abajo. El cloro pica un poco, pero quiero ver a esos grandes ojos verdes y pequeñas burbujas saliendo de tu nariz. Aspira sobre el nivel del agua, y suéltalo debajo. ¿Entendido? Uno, dos, tres— la tiro hacia abajo con él. Ellos se balancearon de arriba a abajo, él la sostenía abajo cada vez por un poco más de tiempo, haciéndole caras.

Ivy salió a la superficie, embaucándolo y asfixiándose.

—Ahora, si no puedes seguir unas simples direcciones... —comenzó él.

—¡Me estás haciendo reír! —dijo Ivy—. No es justo cuando me estás haciendo reír.

—Está bien ahora nos pondremos serios. O algo así.

Le enseñó cómo debía respirar cuando estaba nadando, pretendiendo que el agua era una almohada, volteando la cabeza para un lado para inhalar. Ella practicó, agarrando con sus manos el borde de la piscina. Entonces él tomó sus manos y la llevo por el agua. Ella naturalmente, empezó patear con sus pies para tratar de mantenerse a flote. Era tentador alzar la cabeza y mirarlo. Ivy lo hizo una vez y lo encontró sonriéndole.

Trabajaron por un rato en patear. Después de que practicó por el borde, jugaron al tren. Él la hizo agarrarse de sus tobillos, siguiéndolo en el agua, él nadaba con sus brazos y ella pateaba con sus pies. La sorprendió que él pudiera tirarla tan rápido solo con la fuerza de sus brazos.

Cuándo pararon, él le preguntó, —¿Te estás cansando? ¿Quieres sentarte en el borde por unos cuantos minutos?

Ivy negó con la cabeza. —Si salgo, no sé si entraría otra vez.

—Tienes agallas —dijo él.

Ella se rió. —¿Estoy parada con el agua sólo llegándome a los hombros y tu llamas a eso tener agallas?

—Sip —nadó en un círculo a su alrededor—. Ivy, todo el mundo le tiene miedo a algo. Tú eres una de las pocas personas que enfrentan su temor. Pero entonces, siempre supe que eras del tipo valiente. Lo supe desde el primer día, cuando te vi andando a zancadas por la cafetería, esa porrista, que se supone te debería estar guiando, te estaba siguiendo.

—Tenía hambre —dijo Ivy—. Y eso fue una pequeña demostración.

—Pues, pudiste con ello.

Ella sonrió y él le devolvió la sonrisa, sus ojos color avellana iluminados y sus pestañas resplandeciendo con gotas de agua.

—Está bien —dijo—. ¿Quieres flotar sobre tu espalda?

—No, pero lo haré.

—Es fácil.

Tristán se extendió de vuelta en el agua y flotó, luciendo totalmente relajado.

—¿Ves lo que estoy haciendo?

Luciendo espantosamente bien, pensó, luego agradeció a los ángeles que él no pudiera leer las mentes como Beth.

—Mantengo mis caderas arriba, arqueo mi espalda, luego sólo dejo ir todo lo demás. Trata de hacerlo.

Ivy lo hizo, y se hundió. El viejo pánico volvió por un momento.

—Te estabas sentando —le dijo él—. Dejaste que tu asiento se hundiera. Inténtalo de nuevo.

Cuando se recostó otra vez, él deslizó un brazo debajo de ella. —Tranquila, no luches. Espalda arqueada. Así es —retiró el brazo que estaba debajo de ella.

Ivy alzó su cabeza y empezó a hundirse otra vez. Se detuvo enojada. Su pelo mojado se estaba soltando de la cola de caballo y azotaba contra su cuello.

Tristan se rió. —Así fue como imagine que se vería Ella si se llegaba a mojar.

—Un niño pequeño podría hacer esto —le dijo Ivy.

—Los niños pueden hacer muchas cosas —replicó—, porque los niños confían. El truco en nadar esta en no luchar contra el agua. Ir con ella. Jugar con ella. Entregarte a ella. —La salpicó un poco—. ¿Qué te parece tratar otra vez?

Ella se recostó. Sintió su brazo izquierdo bajo el arco de su espalda. Con su mano derecha, mantenía gentilmente su cabeza en el agua. El agua chapoteaba su frente y su mentón. Ivy cerró sus ojos y se entregó al agua. Se imaginó estando en el

centro de un lago, los rayos del sol resplandeciendo en los dedos de sus manos y sus pies.

Cuando abrió sus ojos, él la estaba mirando. Su cara era como el sol, le daba calor, iluminando el aire a su alrededor. —Estoy flotando — susurró.

—Estas flotando —dijo él suavemente, su cara inclinándose cerca.

—Flotando... —lo leyó uno en los labios del otro, sus caras cerca, tan cerca.

—¡Tristan!

Tristan se enderezo e Ivy se hundió.

Era el entrenador, llamando desde la puerta de su oficina. —Lamento echarlos fuera —gritó él—, pero tengo que llegar a casa en unos 10 minutos.

—No hay problema, entrenador —le respondió Tristan.

—Mañana me quedare hasta tarde —añadió el viejo hombre, saliendo un poco de su oficina—. ¿Tal vez entonces podrán retomar donde lo dejaron?

Tristan miro a Ivy. Ella se encogió de hombros, luego asintió, pero manteniendo su mirada baja.

—Tal vez.





Capítulo 8



*Traducido por Virtxu
Corregido por marzeDoyle*

Ivy tomó el camino más largo esa tarde, condujo por un camino que iba al sur del centro de Stonehill, tras una maraña de sombrías calles alineadas con casas nuevas. Condujo dando vueltas y vueltas, sin ganas de hacer la vuelta final y e ir de cabeza hacia la cima. Había muchas cosas en qué pensar.

¿Por qué Tristan estaba haciendo esto? ¿Sólo porque sentía lástima por ella? ¿Quería ser su amigo? ¿Quería más que amistad?. Pero no fueron estas preguntas las que la mantuvieron conduciendo. Fue el lujo de recordar: cómo él había lucido saliendo del agua, con el brillo de las gotas cayendo de él, cómo la había tocado, suavemente, tan suavemente.

En casa, tendría que escuchar la historia de su madre acerca de la última ronda de esnobismo que Maggie le había mostrado; hablaría de los altibajos de la vida de Philip como un niño de tercer grado; encontraría una nueva manera de decir gracias por las cosas que Andrew seguía dándole; y caminaría sobre cáscaras de huevo alrededor de Gregory. Con todo eso, los momentos de la tarde se desvanecerían y se perderían para siempre.

En su mente, Ivy vio a Tristan en cámara lenta, nadando en un círculo a su alrededor. Recordó la forma en que se habían sentido sus manos cuando él la ayudó a flotar, la forma en que había inclinado la cabeza hacia atrás lentamente en el agua. Ella se estremeció de placer, y un poco por el miedo.

—¡Ángel, no me dejes! —rezó. Esto era algo diferente a un flechazo. Era algo que podría sobrepasar a cualquier otro pensamiento y sentimiento. Tal vez debería echarme atrás ahora, pensó Ivy, antes de que lo tenga en mi cabeza. Voy a llamarlo esta noche. Pero entonces recordó cómo la había arrastrado a través del agua, con el rostro lleno de luz y risas.

Ivy no vio el coche que venía. Ensimismada, respondiendo sólo a lo que estaba directamente frente a ella, no vio al coche oscuro saltarse la señal de stop hasta el último segundo. Pisó de golpe el freno. Ambos coches chirriaron e hicieron un trompo, y por un momento estuvieron una al lado del otro, tocándose ligeramente. Luego se alejaron. Dejado salir el aliento lentamente, Ivy se quedó parada en medio de la intersección. El otro conductor abrió la puerta. Un torrente de palabras de cuatro letras, llegaron hasta ella. Sin siquiera mirar en su dirección, Ivy subió su ventana y miró el cierre de la puerta. El griterío se detuvo de repente. Ivy se volvió para mirar con frialdad al conductor.

—¡Gregory!

Bajó la ventanilla. Tenía la piel pálida, excepto por el escarlata que cubría sus mejillas. Él la miró, luego miró alrededor a la intersección, sorprendido, como si estuviera tomándose un momento para reconocer dónde estaba y qué había pasado.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí... sí. ¿Y tú?

—Bueno, estoy respirando de nuevo.

—Lo siento —dijo—. Yo... yo no estaba prestando atención, supongo. Y no sabía que eras tú, Ivy.

A pesar de que su ira se había calmado, aún parecía molesto.

—Está bien —dijo Ivy—. Yo conducía estando en las nubes, también..., miró por la ventana a la toalla mojada en su asiento delantero.

—¿Qué haces por aquí? —quiso saber él.

Se preguntó si quería hacer la conexión entre la toalla mojada, la natación y Tristan. Pero ella ni siquiera le había dicho a Beth o Suzanne lo que estaba haciendo. Además, a Gregory no le incumbía.

—Necesitaba pensar en algo. Sé que suena loco, con todo el espacio que tenemos en casa, pero yo, la verdad...

—Necesitas otro espacio —terminó por ella—. Sé lo que es. ¿Vas a casa ahora?

—Sí.

—Sígueme —él le dirigió una breve sonrisa, torcida—. Detrás de mí, estarás más segura.

—¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó—. Sus ojos todavía parecían preocupados.

Él asintió con la cabeza, y luego regresó a su coche. Cuando llegaron a casa, Andrew entró en el camino de entrada después de ellos. Saludó a Ivy, a continuación, se dirigió a Gregory.

—Entonces, ¿cómo está tu madre? —Gregory se encogió de hombros.

—Igual que siempre.

—Me alegro de que fueras a visitarla hoy.

—Le di tus buenos deseos y tus saludos —dijo Gregory, con el rostro y la voz inexpresivos.

Andrew asintió con la cabeza y dio un paso alrededor de una caja de tizas de colores derramada. Se agachó para mirar lo que una vez había estado limpio, el hormigón blanco en el borde de su garaje.

—¿Hay algo nuevo con ella? ¿Algo que deba saber? —preguntó.

Estaba estudiando los dibujos de tiza realizados por Philip, por lo que no captó la pausa, no vio la emoción en la cara de Gregory la cual se fue tan rápido como había venido. Pero Ivy lo hizo.

—Nada nuevo —le dijo a su padre.

—Bien.

Ivy esperó hasta que la puerta se cerró detrás de Andrew.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó a Gregory. Él giró en redondo, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—¿Hablar de qué? —Ivy dudó y luego dijo—, acabas de decirle a tu padre que todo está bien con tu mamá. Pero por la mirada en tu cara, en la intersección y hace un momento, cuando estaban hablando de ella, pensé que tal vez...

Gregory jugó con sus llaves.

—Tienes razón. Las cosas no están bien. Puede haber algún problema más delante.

—¿Con tu madre?

—No puedo hablar de eso. Mira, agradezco tu preocupación, puedo manejarlo solo. Si de verdad quieres ayudarme, entonces no digas nada a nadie, ¿de acuerdo?. No quiero que menciones nuestra pequeña conversación. Prométemelo —Sostuvo su mirada— Ivy se encogió de hombros.

—Lo prometo —dijo—. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

—En mitad de una intersección —dijo, dándole una de sus sonrisas irónicas, y luego entró.

Antes de entrar, Ivy se detuvo a estudiar la obra maestra de Philp en el hormigón. Reconoció el agua brillante de su ángel de agua, y las líneas marrones fuertes de Tony. Después de un momento, identificó al Poderoso Morphin de los Power Rangers. Los dragones de Philip eran fáciles de detectar, ya que por lo general parecía como si se hubieran tragado una cuba de líquido para encendedores, y siempre luchaban contra los Power Rangers y los ángeles. Pero, ¿qué era eso? ¿Una cabeza redonda, con divertidos trozos de pelo y un palo naranja saliéndole de cada oreja? El nombre estaba garabateado en el lateral. Tristan.

Recogiendo un pedazo de tiza negra, Ivy le dibujó dos dientes. Ahora se parecía al

tipo de hombre que tiene la amabilidad de animar a un niño de ocho años, cuando ha tenido un día muy duro. Ivy recordó la mirada en la cara de Tristan mientras abrió la puerta del almacén. Echó la cabeza atrás y se rió. ¿Volver ahora? ¿A quién quería engañar?

Tristan estaba seguro de haber asustado a Ivy ese primer día, pero ella volvió, y desde la segunda lección en adelante fue muy cuidadoso. Apenas la tocó, le entrenó como un profesional, y seguía saliendo con cómo se llame y esa otra chica. Pero se estaba haciendo cada día más difícil para él, estar a solas con Ivy, de pie tan cerca de ella, esperando alguna señal de que quería algo más que clases y amistad.

—Creo que ha llegado el momento, Ella —le dijo al gato después de dos frustrantes semanas de clases. Ella no está interesada, y no pudo aguantar más. Voy a decirle a Ivy que se inscriba en la Y. Ella ronroneó.

—Entonces me iré a buscar un monasterio con equipo de natación.

Al día siguiente tomó la decisión consciente de no ponerse su traje de baño. Cogió un folleto para la Y, salió de la oficina de la piscina y se detuvo. Ivy no estaba allí. Se olvidó, pensó, entonces vio la toalla de Ivy y a la poseedora de la cola de caballo en la parte más profunda.

—¡Ivy!

Corrió hasta el borde de la piscina y la vio en la sección de tres metros, extendida en el fondo, inmóvil.

—¡Oh, Dios mío!

Se lanzó a un lado, nadando, nadando a través del agua para llegar a ella. La subió hasta la superficie y nadó hasta el borde de la piscina. Era difícil, ella había vuelto en sí y estaba luchando con él. Su ropa era un peso extra, arrastrándolos. Lanzó a Ivy a un lado de la piscina y se echó a su lado.

—¿Qué hay en el mundo...? —dijo.

Ella no estaba tosiendo, no se estaba ahogando, no estaba intentando respirar. Solo lo estaba mirando, a su camisa empapada, a los vaqueros que se le aferraban, a los

calcetines caídos. Tristan le devolvió la mirada, y luego arrojó sus zapatos encharcados lo más lejos que pudo, a las filas de las gradas.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó.

—¿Qué estabas haciendo tú? —ella abrió la mano para mostrarle una brillante moneda de cobre.

—Buceando por esto —La ira surgió a través de él.

—¡La primera regla de la natación, Ivy, nunca, nunca nades sola!

—¡Pero tenía que hacerlo, Tristan! Tenía que ver si podía plantar cara a mi pesadilla sin ti, sin mí... mi salvavidas cerca. Y pude. Lo hice..., dijo, mostrando una sonrisa deslumbrante en su rostro. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros. Sus ojos sonreían a las suyos, el color de un mar esmeralda con una brillante luz solar. Entonces ella parpadeó.

—¿Es eso lo que estabas haciendo... siendo un salvavidas, un héroe?

—No, Ivy —dijo en voz baja, y se levantó—. Estaba demostrando una vez más que soy un héroe para todos menos para ti.

—Espera un minuto —dijo ella, pero él empezó a alejarse—. ¡Espera un minuto! —no llegó muy lejos, no con el peso que colgaba de sus piernas—. Dije que esperes.

Él trató de apartarse, pero ella lo tenía firmemente anclado.

—¿Es eso lo que quieres, que diga que eres un héroe? —él hizo una mueca.

—Supongo que no. Supongo que pensé que me darías lo que quiero. Pero no fue así.

—Bueno, ¿qué quieres? —le preguntó ella. ¿Era hora el momento de decírselo?

—Cámbiate y ponte ropa seca —dijo—. Tengo algunas sudaderas en mi armario.

—Está bien —ella liberó su pierna. Pero antes de que pudiera alejarse, le cogió la

mano. La sostuvo entre sus dos manos por un momento, y luego suavemente besó la punta de sus dedos. Ella le echó un vistazo, se encogió de hombros un poco, y luego le dejó ir. Pero ahora era él quien la sostenía, entrelazando sus dedos con los de ella. Después de un momento de vacilación, ella apoyó la cabeza contra su mano. ¿Podría ella sentir eso, como su toque más ligero hacía que su pulso se acelerara? Se arrodilló. Cogiendo su otra mano, le besó la punta de los dedos, entonces puso la mejilla de ella en la palma de su mano. Ella levantó su rostro.

—Ivy —dijo. La palabra fue como un beso—. Ivy.

La palabra se convirtió en un beso.





Capítulo 9



*Traducido por Sheilita Belikov
Corregido por Kanon 🎵🎵🎵*

—**M**e venció! —dijo Tristan—. ¡Philip me venció en dos de tres juegos!

Ivy detuvo sus manos sobre las teclas del piano, miró por encima del hombro a Tristan, y se rió. Había sido una semana desde su primer estremecedor beso. Todas las noches había dormido soñando con ese beso, y después con cada beso.

Todo era tan increíble para ella. Era consciente del toque más ligero, del más suave roce contra él. Cada vez que él la llamaba por su nombre, su respuesta venía de algún lugar profundo dentro de ella. Sin embargo, había algo tan fácil y natural de estar con él. A veces se sentía como si Tristan hubiera sido parte de su vida durante años, tendido como estaba ahora en el piso de su sala de música, jugando a las damas con Philip.

—¡No puedo creer que me venciera en dos de tres!

—Casi tres de tres —alardeó Philip.

—Eso va a enseñarte que no te metas con Ginger —dijo Ivy.

Tristan frunció el ceño hacia la estatua de ángel que estaba sola en el tablero de damas. Philip siempre la utilizaba como una de sus piezas de juego.

El ángel de porcelana de tres pulgadas había sido de Ivy, pero cuando Philip estaba en el preescolar, había decidido embellecerla. Escarchando esmalte para uñas rosa en el vestido y formando una costra con brillo dorado en el pelo le había dado toda una nueva apariencia; e Ivy se la había dado a Philip.

—Ginger es muy inteligente —él le dijo a Tristan.

Tristan levanto la vista dudosamente hacia Ivy.

—Tal vez la próxima vez Philip te dejará tomarla prestada y podrás ganar —dijo Ivy con una sonrisa y se volvió hacia Philip—. ¿No sé está haciendo tarde?

—¿Por qué siempre dices eso? —preguntó su hermano.

Tristan sonrió. —Porque ella está tratando de deshacerse de ti. Ven. Vamos a leer dos cuentos, como la última vez, luego apagamos las luces.

Él bajó con Philip hacia su dormitorio. Ivy se quedó arriba y empezó a hojear sus libros de piano, buscando canciones que pudieran gustarle a Tristan. Él era de rock pesado, pero ella ciertamente no podía tocarlo en el piano. Él no sabía nada de Beethoven y Bach. La idea de música clásica de Tristan eran los musicales de la colección de sus padres. Hojeó varias canciones de *Carousel*¹, luego puso el viejo libro a un lado.

Toda la noche había estado corriendo música a través de ella como un río de plata. Ahora apagó las luces y tocó de memoria, la *Sonata Claro de Luna* de Beethoven.

Tristan volvió en medio de la sonata. Vio la leve vacilación en sus manos y escuchó la pausa en la música.

—No te detengas —dijo en voz baja, y se paró detrás de ella.

Ivy tocó hasta el final. Por unos instantes después del último acorde, ninguno de ellos habló, ni se movió. No había más que la silenciosa, luz de luna plateada sobre las teclas del piano, y la música, la música que puede permanecer a veces en silencio.

Luego Ivy se recostó contra él.

—¿Quieres bailar?—, preguntó Tristan.

Ivy se echó a reír, él la levantó y bailaron un círculo alrededor de la habitación. Ella apoyó la cabeza en su hombro y sintió sus fuertes brazos alrededor de ella. Bailaron lento, más lento. Deseaba que él no la soltara.

—¿Cómo haces eso? —susurró él—. ¿Cómo bailas conmigo y tocas el piano al mismo tiempo?

—¿Al mismo tiempo? —le preguntó.

—¿No estás haciendo esa música que escuchó?

Ivy levantó su cabeza. —Tristan, esa frase es tan... tan...

—Cursi —dijo—. Pero logró que levantarás la mirada hacia mí —entonces él bajó rápidamente su boca y le robó un beso largo y suave.

—No te olvides de decirle a Tristan que pasé por la tienda en algún momento —dijo Lillian—. A Betty y a mí nos encantaría volver a verlo. Somos muy aficionadas a los chunks².

—Hunks², Lillian —dijo Ivy con una sonrisa—. Tristán es un hunk —mi hunk, pensó, luego cogió una caja envuelta en papel de estraza—. ¿Es esto todo lo que se entregará?

—Sí, gracias, querida. Sé que está fuera de tu camino.

—No muy lejos —dijo Ivy, empezando a salir por la puerta.

—Quinientos veintiocho de Willow Street —gritó Betty desde la parte trasera de la tienda.

—Quinientos treinta —dijo Lillian en voz baja.

Bueno, eso lo reduce, Ivy pensó, pasando por la puerta de *Tis the Season*. Miró su reloj. Ahora ya no tendría tiempo para estar con sus amigas.

Suzanne y Beth habían estado esperándola en el patio de comidas del centro comercial.

—Dijiste que saldrías hace veinte minutos —se quejó Suzanne.

—Lo sé. Ha sido uno de esos días —respondió Ivy—. ¿Quieren caminar conmigo hasta mi coche? Tengo que entregar esto, luego ir directamente a casa.

— ¿Has oído eso? Ella tiene que ir directamente a casa —Suzanne le dijo a Beth—. Para una fiesta de cumpleaños, eso es lo que *dijo*. Ella *dijo* que es el noveno cumpleaños de Philip.

—Es el veintiocho de mayo —respondió Ivy—. Sabes eso, Suzanne.

—Pero por lo que sabemos —Suzanne continuó hacia Beth—. Es una boda privada en la colina.

Ivy puso los ojos en blanco, y Beth se rió. Suzanne todavía no la había perdonado por mantener en secreto las clases de natación.

—¿Tristan viene esta noche? —preguntó Beth mientras salían del centro comercial.

—Es uno de los dos invitados de Philip —respondió Ivy—. Y se sentará junto a Philip, no conmigo, y jugará toda la noche con Philip, no conmigo. Tristan lo prometió. Era la única manera de impedir que mi hermano viniera con nosotros al baile de graduación. Oye, ¿donde estacionaron las dos?

Suzanne no podía recordar y Beth no se había dado cuenta. Ivy las llevó alrededor de todo el terreno del centro comercial. Beth buscó el coche mientras Suzanne aconsejaba a Ivy sobre ropa y romance. Ella lo cubrió todo, desde las estrategias telefónicas y cómo no estar demasiado disponible hasta trabajar duro para parecer casual. Ella había estado dándole volúmenes de asesoramiento por las últimas tres semanas.

—Suzanne, creo que haces a una cita muy complicada —dijo Ivy al fin—. Con toda esta confabulación y planificación. Parece muy simple para mí.

Increíblemente sencillo, pensó. Si Tristan y ella se relajaban o estudiaban juntos, si estaban sentados en silencio al lado del otro o ambos tratando de hablar al mismo

tiempo —lo que hacían con frecuencia— en estas últimas semanas había sido muy fácil.

—Eso es porque él es único —dijo Beth con conocimiento de causa.

Sólo había una cosa sobre Ivy que Tristan no podía entender. Los ángeles.

—Has tenido una vida difícil —él le había dicho una noche. Era la noche del baile de graduación, o más bien, a la mañana siguiente, pero muy de madrugada. Iban descalzos en la hierba, lejos de la casa hacia el lejano borde de la serie de colinas. En el oeste, una luna creciente colgaba como adorno restante de Navidad. Había una estrella. Muy lejos de ellos, un tren transcurría el sendero de plata a través del valle.

—Has pasado por muchas cosas, no te culpo por creer —dijo Tristan.

—¿No me culpas? ¿No me *culp*as? ¿Qué quieres decir con eso? —pero ella sabía lo que quería decir. Para él, un ángel era tan solo un bonito oso de peluche, algo a lo que un niño se aferraba.

Él la abrazó con fuerza en sus brazos. —No puedo creer, Ivy. Tengo todo lo que necesito y todo lo que quiero aquí en la tierra —dijo.

—*Aquí* mismo. En mis brazos.

—Bueno, yo no —respondió ella, e incluso en la pálida luz, ella pudo ver el escozor en sus ojos. Ellos empezaron a pelear entonces. Ivy se dio cuenta por primera vez que cuanto más amas, más te lastima. Lo que es peor, lo lastimas a él así como a ti misma.

Cuando se fue, ella lloró toda la mañana. Sus llamadas telefónicas no habían sido devueltas por la tarde. Pero él volvió en la noche, con quince rosas lavanda. Una para cada ángel, dijo.

—¡Ivy! Ivy, ¿oíste algo de lo que acabo de decir? —preguntó Suzanne, sacudiendo su espalda hasta el presente—. Sabes, yo pensaba que si nosotras te conseguíamos un novio, bajarías a la tierra un poco. Pero estaba equivocada. ¡Tu cabeza sigue en las nubes! ¡En la zona de ángeles!

—Nosotras no le conseguimos un novio —dijo Beth en voz baja pero con firmeza—. Ellos se encontraron el uno al otro. Aquí está el coche, Ivy. Diviértete esta noche. Nosotras mejor nos damos prisa, que va haber una tormenta.

Las chicas salieron de un salto e Ivy miró su reloj de nuevo. Ahora ella estaba realmente tarde. Aceleró a través de la carretera de accesos y por la carretera principal.

Cuando cruzó el río, se dio cuenta cuán rápidamente las nubes negras se movían.

Su entrega era a una de las casas más nuevas al sur de la ciudad, el mismo vecindario a donde ella había conducido después de su primera clase de natación con Tristan. Parecía como si todo lo que ella hacía ahora la hacía pensar en él.

Estaba tan perdida en esta ocasión, manejando en círculos, con un ojo puesto en las nubes. Un trueno tronó. Los árboles se estremecieron y se revolviéron sus hojas, brillando un maravilloso verde lima contra el cielo plomizo. Ráfagas de viento comenzaron. Ramas se quebraron, y flores y hojas tiernas fueron arrancadas demasiado pronto de sus ramas. Ivy se inclinó hacia delante en su asiento, decidida a encontrar la casa correcta antes de que estallar la tormenta.

Tan sólo encontrar la calle correcta era difícil. Ella pensó que estaba en Willow, pero el letrero decía Fernway, con Willow corriendo en ella. Se bajó de su coche para ver si el letrero podría haber sido cambiado —un juego popular entre los jóvenes de la ciudad—. Entonces oyó un motor ruidoso tomando la curva en la colina más allá de ella. Salió hacia la calle para hacerle señas al motociclista. Por un momento, la Harley desaceleró, luego el motor fue acelerado y el motociclista la pasó volando.

Bueno, ella tendría que ir con sus instintos. Los jardines eran empinados allí, y Lillian había dicho que la Sra. Abromaitis vivía en una colina, con una escalera de piedra llena de macetas que conducía a su casa.

Ivy condujo alrededor de la curva. Podía sentir el viento en aumento meciendo su coche. Arriba el cielo claro estaba siendo tragado por las nubes negras.

Ivy se detuvo en seco delante de dos casas y sacó la caja del coche, luchando con

ella contra el viento. Ambas casas tenían escalones de piedra que subían juntos. Ambos tenían macetas. Ella eligió un conjunto de escalones, y precisamente cuando saltó por encima de la primera maceta golpeó una y se estrelló detrás de ella. Ivy gritó y luego se rió de sí misma.

En la parte superior de los escalones miró una casa, luego la otra, 528 y 530, con la esperanza de algún tipo de pista. Un coche se detuvo en la parte trasera de la 528, oculta por arbustos, así que alguien estaba probablemente en casa. Entonces vio una figura en la gran ventana de la 528 —alguien que estaba vigilándola, penso ella—, aunque no podía decir si era un hombre o una mujer, o si la persona realmente le hizo señas. Lo único que podía ver era una forma vaga de una persona como parte del collage que reflejaba la ventana de árboles moviéndose agitadamente iluminados por la luz de los relámpagos. Ella se dirigió hacia la casa. La figura desapareció. Al mismo tiempo, la luz del porche delantero se encendió en la 530. La puerta de tela metálica se cerró ruidosamente de nuevo con el viento.

—¿Ivy? ¿Ivy? —una mujer llamó desde el porche iluminado.

—¡Menos mal! —hizo un recorrido hacia ella, entregó el paquete, y corrió a su coche. El cielo se abrió, dejando caer ristas de lluvia. Bueno, no sería la primera vez que Tristan la vería luciendo como una rata ahogada.

Ivy, Gregory, y Andrew llegaron tarde a casa, y Maggie los miró disgustada. A Philip, por supuesto, no le importaba. Él, Tristan, y su nuevo compañero de escuela, Sammy, estaban jugando un video juego, uno de los muchos regalos que Andrew le había comprado para su cumpleaños.

Tristan sonrió hacia la empapada Ivy. —Me alegro de haberte enseñado a nadar —dijo, luego se levantó para besarla.

Ella estaba goteando todo el piso de madera. —Te voy a empapar —advirtió.

La envolvió con sus brazos y la atrajo hacia sí. —Voy a secarte —susurró—. Además, es divertido darle asco a Philip.

—Ew —dijo Philip, como una señal.

—Sensiblerías —coincidió Sammy.

Ivy y Tristan se sostuvieron el uno al otro y se echaron a reír. Luego Ivy subió por las escaleras para cambiar su ropa y exprimir su cabello. Se puso lápiz de labios, ningún otro maquillaje —sus ojos ya estaban brillantes y sus mejillas llenas de color—. Ella rebuscó en su caja de joyería un par de aretes, después se apresuró escaleras abajo justo a tiempo para ver a Philip terminar de abrir sus regalos.

—Se ha puesto orejas de pavo real esta noche —le dijo Philip a Tristan cuando Ivy se sentó a la mesa frente a ellos dos.

—Caramba —dijo Tristan—. Olvidé ponerme mis palitos de zanahoria.

—Y tu cola de camarón —Philip se rió disimuladamente.

Ivy se preguntó quién era más feliz en ese momento, Philip o ella. Ella sabía que la vida no parecía tan buena para Gregory. Había sido una semana difícil para él; le había confiado que aún estaba muy preocupado por su madre, aunque él no le diría por qué. Últimamente su padre y él habían tenido poco que decirse el uno al otro. Maggie se esforzó por conversar con él pero habitualmente se rindió.

Ivy se volvió hacia él ahora. —Los boletos para el juego de los Yankees fue una idea estupenda. Philip estaba muy emocionado con el regalo.

—Él tiene una manera divertida de demostrarlo.

Era cierto. Philip le había dado las gracias muy educadamente, luego saltó de emoción cuando vio la vieja revista *Deporte Ilustrado* de Don Mattingly que Tristan había revelado.

Durante la cena Ivy hizo un esfuerzo por mantener a Gregory en la conversación. Tristan intentó hablar con él acerca de deportes y coches pero las respuestas recibidas en su mayoría eran de una sola palabra. Andrew parecía irritado, pero Tristan no pareció ofenderse.

El cocinero de Andrew, Henry —que había sido despedido después de la boda, pero restablecido después de seis semanas de la cocina de Maggie— les había hecho una cena deliciosa. Maggie, sin embargo, había insistido en hornear el pastel

de cumpleaños de su hijo. Henry trajo la pesada y desequilibrada cosa, su mirada ausente.

La cara de Philip se iluminó. —¡Es un Desliz de Pastel!

El rico y grumoso chocolate helado sostenía nueve velas en varios ángulos. Las llamas fueron rápidamente extinguidas y todo el mundo le cantó a Philip. Con el último compás, el timbre sonó. Andrew frunció el ceño y se levantó para atender.

Desde su asiento, Ivy pudo ver el vestíbulo. Dos agentes de policía, un hombre y una mujer, hablaron con Andrew. Gregory se inclinó hacia Ivy para ver lo que estaba pasando.

—¿De qué crees que se trata? —Ivy dijo en voz baja.

—Algo de la universidad —supuso él.

Tristan miró al otro lado de la mesa interrogante e Ivy se encogió de hombros. Su madre, sin saber que podría haber algo mal, siguió cortando el pastel.

Entonces Andrew dio un paso atrás en la habitación.

—Maggie —ella debe haber leído algo en sus ojos. Dejó caer el cuchillo de inmediato y se dirigió al lado de Andrew. Él tomó su mano.

—Gregory e Ivy, nos acompañarían a la biblioteca, ¿por favor? Tristan, ¿podrías quedarte con los chicos? —preguntó.

Los agentes seguían esperando en el vestíbulo. Andrew guió el camino hacia la biblioteca. Si hubiera un problema en la universidad, no tendríamos una reunión como esta, pensó Ivy.

Cuando todos estuvieron sentados, Andrew dijo —No hay manera fácil de comenzar. Gregory, tu madre ha muerto.

—Oh, no —dijo Maggie en voz baja.

Ivy se volvió rápidamente a Gregory. Él estaba sentado rígidamente, con sus ojos sobre su padre, y no dijo nada.

—La policía recibió una llamada anónima a las cinco y media de la tarde de que alguien en su dirección necesitaba ayuda. Cuando llegaron, la encontraron muerta, con una herida de bala en la cabeza —Gregory no se inmutó. Ivy extendió su mano. Estaba frío como el hielo.

—La policía ha pedido —necesitan— como cuestión de procedimiento normal... —la voz de Andrew vaciló. Se volvió hacia los policías—. ¿Tal vez uno de ustedes puede encargarse desde aquí?

—Como cuestión de procedimiento —la mujer policía dijo—, tenemos que hacerle unas cuantas preguntas. Estamos aún buscando en la casa cualquier información que pudiera ser relevante para el caso, aunque parece bastante concluyente que su muerte fue un suicidio.

—¡Oh, Dios! —dijo Maggie.

—¿Qué pruebas tiene para eso? —preguntó Gregory—. Si bien es cierto que mi madre estaba deprimida, había estado desde principios de abril...

—¡Oh, Dios! —dijo Maggie otra vez. Andrew extendió la mano hacia ella, pero ella se apartó de él.

Ivy sabía lo que su madre estaba pensando. Recordó la escena de la semana pasada, cuando una foto de Caroline y Andrew se había aparecido de alguna manera en la mesa del vestíbulo. Andrew le había dicho a Maggie que la tirará a la basura. Maggie no pudo. No quería pensar que ella era la que había echado a Caroline de su casa —años antes, o ahora—. Ivy supuso que su madre se sentía responsable de la infelicidad de Caroline, y ahora su muerte.

—Sigo queriendo saber —continuó Gregory—, qué le hace pensar que ella se suicidó. No parece como ella. No parece como ella en absoluto. Ella era una mujer demasiado fuerte.

Ivy apenas podía creer cuán claramente y firmemente Gregory podía hablar.

—En primer lugar, hay pruebas circunstanciales —dijo el policía—. No hay nota real, pero fotografías fueron rotas y esparcidos por todo el cuerpo —miró hacia Maggie.

—¿Fotografías de...? —preguntó Gregory.

Andrew contuvo la respiración.

—Del Sr. y la Sra. Baines —dijo el oficial—. Fotos de periódico de su boda.

Andrew vio impotente cómo Maggie se inclinó en su silla, con la cabeza hacia abajo, envolviendo sus brazos alrededor de sus rodillas.

Ivy soltó la mano de Gregory, con ganas de consolar a su madre, pero él tiró de ella hacia atrás.

—El arma estaba todavía entrelazada alrededor de su pulgar. Había quemaduras de pólvora en sus dedos, las mismas quemaduras que se obtienen de disparar un arma. Por supuesto, estaremos comprobando las huellas dactilares en el arma y si la bala corresponde y le dejaremos saber si encontramos algo inesperado. Pero sus puertas estaban cerradas con llave —no hay señal de entrada forzada— su aire acondicionado encendido y las ventanas bloqueadas, así que...

Gregory tomó una respiración profunda. —Así que supongo que no era tan fuerte como yo creía. Qué... ¿A qué hora cree que sucedió esto?

—Entre las cinco y cinco-treinta de la tarde, no mucho antes de que llegáramos allí.

Una extraña sensación se apoderó de Ivy. Ella había estado conduciendo por el vecindario entonces. Ella había estado observando el cielo enojado y los árboles azotándose a sí mismos. ¿Había conducido por la casa de Caroline? ¿Se había suicidado Caroline en la furia de la tormenta?

Andrew preguntó si podía hablar más tarde con la policía y encaminó a Maggie fuera de la habitación. Gregory se quedó para responder a las preguntas acerca de su madre y cualquier relación o problemas que él conociera. Ivy quería irse; no

quería oír los detalles de la vida de Caroline y deseaba estar con Tristan, deseaba sus brazos manteniéndose firmes alrededor de ella.

Pero Gregory de nuevo la detuvo. Su mano estaba fría y no respondía a la de ella y su rostro aún sin expresión. Su voz era tan tranquila que le resultaba espeluznante. Pero algo dentro de él estaba luchando, una pequeña parte de él admitía el horror de lo que acababa de suceder, y la pedía a ella. Así que se quedó con él, mucho después de que Tristan se había ido y todos los demás estaban en la cama.

[*1] Carousel: es un musical de Richard Rodgers (música) y Oscar Hammerstein II (libro y letras).

[*2] Chunks, Hunks: estas palabras las deje tal cual para que se entienda que cuando Lillian dice Chunks, Ivy la corrige diciendo que es Hunks. Hunks es un chico que es galán, atractivo o que está buenísimo. Chunk es trozo y hunk también puede traducirse como trozo, de allí el juego de palabras.





Capítulo 10



*Traducido por Sera, Priisci
Corregido por Ángeles Rangel*

—**P**ero me dijiste que Gary quería salir el viernes por la noche —dijo Ivy.

—Lo dijo —contestó Tristan, acostándose a su lado en el césped—. Pero su cita cambió de opinión. Creo que ella tenía una oferta mejor.

Ivy sacudió su cabeza. —¿Por qué Gary siempre persigue a las chicas doradas?

—¿Por qué Suzanne persigue a Gregory? —contrarrestó.

Ivy sonrió. —Por la misma razón por la que Ella persigue mariposas, supongo —miró el ballet del gato saltando.

Ella pasaba mucho tiempo en el jardín de la casa del Reverendo Carruther. En medio de dragonarias, lilas, rosas y hierbas, el padre de Tristan había plantado una pequeña parcela de menta gatuna*1.

—¿Es un problema el sábado por la noche? —preguntó Tristan—. Si estás trabajando, podemos ver una película más tarde.

Ivy se sentó. Tristan fue primero hacia ella, como siempre. Pero con sus planes establecidos para el viernes por la noche y el domingo también... bueno, ella también podía hacer lo mismo, pensó. —Gregory nos ha invitado a Suzanne, a Beth y a mí a salir con algunos de sus amigos esa noche.

Tristan no escondió su sorpresa y disgusto.

—Suzanne estaba tan ansiosa —dijo Ivy rápidamente—. Y Beth estaba realmente emocionada también... ella no sale mucho.

—¿Y tú? —preguntó Tristan, apoyándose en un hombro, retorciendo un largo trozo de hierba.

—Creo que debería ir... por el bien de Gregory.

—Has estado haciendo mucho por el bien de Gregory en las últimas semanas.

—Tristan, ¡Su madre se suicidó! —explotó Ivy.

—Lo sé.

—Vivo en la misma casa que él —siguió ella—. Comparto la misma cocina y pasillos y habitación familiar. Veo su estado de ánimo, sus subidas y bajadas. Un montón de bajadas —añadió suavemente, pensando en cómo algunos días Gregory no hacía nada salvo sentarse y leer el periódico, hojeando como en busca de algo, pero nunca encontrándolo.

—Creo que está muy enfadado —continuó ella—. Intenta esconderlo, pero creo que está furioso con su madre por suicidarse. La otra noche, a la una y media de la mañana, estaba fuera en la pista de tenis, golpeando pelotas contra la pared.

Esa noche, Ivy había salido a hablar con él. Cuando ella lo llamó, él se volvió, y ella había visto la profundidad de su cólera y su dolor.

—Créeme, Tristan, lo ayudo cuando puedo, y seguiré ayudándolo, pero si crees que tengo algún sentimiento especial por él, si crees que él y yo... ¡eso es ridículo! Si crees... no puedo creer que...

—Hey, hey. —La recostó con él en la hierba.

—No estoy preocupado por algo así.

—¿Entonces qué es lo que te esta fastidiando?

—Dos cosas, supongo —contestó—. Y una es, que creo estás sintiéndote culpable.

—¡Culpable! —lo empujó y se sentó otra vez.

—Creo que has tomado la actitud de tu madre, en la que ella y su familia son responsables de la infelicidad de Caroline.

—No lo somos.

—Lo sé. Solo quiero asegurarme de que lo haces... y que no estás intentando compensar a alguien que fastidia todo lo que merece la pena.

— No sabes de lo que estás hablando —dijo Ivy, arrancando matas de hierba—. Realmente no sabes lo que está pasando. No has estado cerca de Gregory. Tú...

—He estado a su alrededor desde quinto grado.

—La gente puede cambiar desde quinto grado.

—Conozco a Eric desde el mismo tiempo también —continuó Tristan—. Han hecho algunas cosas salvajes, incluso peligrosas juntos. Y esa es la otra cosa que me preocupa.

—Pero Gregory no intentaría cosas estando mis amigos y yo delante —insistió Ivy—. Me respeta, Tristan. Esta es sólo su manera de llegar, después de las últimas tres semanas — Tristan no parecía convencido.

—Por favor no dejes que esto se interponga entre nosotros —dijo ella.

El extendió su mano hasta su cara. —No dejaría que nada se interpusiera entre nosotros. Ni montañas, ríos, continentes, guerras, inundaciones...

—O la terrible muerte en sí —dijo.

—Así que leíste la última historia de Beth.

—A Gary le fascinó.

—¿Gary? ¡Estas bromeando!

—El guardó la copia que me diste —dijo Tristan—. Pero le juré que te diría que la perdí.

Ivy rió y se recostó cerca de Tristan, apoyando su cabeza en su hombro.
—Entiendes, entonces, por qué le dije que sí a Gregory.

—No, pero es tu elección —dijo—. Y eso es todo. Así que, ¿Qué harás el próximo sábado por la noche?

—¿Que harás tú? —le preguntó Ivy.

—Cenar en la Posada de Durney.

—¡La posada! Bueno, tenemos que estar ganando mucho dinero dando lecciones de natación este verano.

—Estamos ganando lo suficiente —dijo—. Por casualidad no sabes de una chica bonita a la que le gusta ser tratada a la luz de las velas y comida francesa, ¿verdad?

—Si, lo sé.

—¿Está libre esa noche?

—Quizás. ¿Conseguirá ella un aperitivo?

—Tres, si ella quiere.

—¿Y el postre?

—Suflé de frambuesa. Y besos.

—Besos...

—Bueno, eso fue divertido —comentó secamente Ivy.

—Estaba aburrido de todos modos —dijo Eric.

—No lo estaba —les dijo Beth—. Ella fue la última en dejar la fiesta en la hermandad del campus ese sábado por la noche. Tomando prestado el periódico de una de las chicas de la hermandad, había entrevistado a casi todo el mundo allí. Cuando los otros chicos del instituto fueron expulsados, le invitaron a quedarse. Sigma Pi Nu estaba halagada de que las pondría en una historia.

—Eric, vas a tener que aprender a mantener la serenidad —dijo Gregory, claramente irritado. Había estado en la esquina con alguna pelirroja, la cual había incitado a Suzanne a ir de cuerpo en cuerpo con un tío con barba—, cuando Eric decidió meterse en una pelea con un gigante que llevaba una camisa de fútbol de la universidad. No muy simpático.

Ahora Eric estaba de pie en las escaleras de un edificio con pilares, mirando hacia arriba a una estatua y ladeando su cabeza de izquierda a derecha, como si estuviera conversando con ella.

Suzanne apoyó su espalda en un banco de piedra en el patio de la universidad, riéndose suavemente, sus rodillas desnudas hacia arriba, con su falda revoloteando provocativamente. Gregory la miró.

Ivy se apartó. Ella y Will eran los únicos que no habían estado bebiendo. Will había aparecido en casa en la escena de la fiesta del campus, pero estaba intranquilo. Quizás los rumores del colegio eran ciertos: lo había visto todo y nada lo impresionaba.

Como Ivy, Will había sido un novato en enero. Su padre era un productor de televisión en Nueva York, era eso sin embargo, lo que le había dado muchos puntos con los chicos en el colegio. A su llegada, había subido inmediatamente por la muchedumbre rápidamente, pero su manera silenciosa impedía a todo el mundo hacerse una imagen verdadera de él. Era fácil imaginar un montón de cosas sobre Will, y la mayoría de la gente que Ivy conocía imaginaba que él era muy guay.

—¿Dónde está tu viejo? — gritó de repente Eric, mientras seguía mirando la estatua en las escaleras—. G.B., ¿dónde está tu viejo?

—Es el viejo de mi viejo —contestó Gregory.

Ivy se dio cuenta entonces de que era la estatua del abuelo de Gregory. Por supuesto. Estaban frente a Baines Hall.

—¿Por qué no está tu viejo ahí arriba?

Gregory se sentó en un banco enfrente de Suzanne. —Supongo que porque no está muerto todavía —. Tomó un profundo trago de una botella de cerveza.

—¿Entonces por qué no está tu vieja ahí arriba? ¿Eh?

Gregory no contestó. Tomó otro largo trago.

Eric frunció el ceño a la estatua. —La echo de menos. Echo de menos a la vieja Caroline. Sabes que sí.

—Lo sé —dijo Gregory tranquilamente.

—Así que, vamos a ponerla ahí arriba —Le guiñó a Gregory.

Gregory no dijo nada, e Ivy fue a ponerse a su lado. Ella apoyó una mano ligeramente en el hombro de Gregory.

—Tengo a Caroline justo aquí en mi bolsillo —dijo Eric.

Todos ellos vieron como el dio unas palmaditas y buscó en su camisa y sus pantalones. Finalmente sacó un sujetador. Lo sostuvo contra su mejilla. —Todavía está caliente.

Ivy puso su otra mano en el hombro de Gregory. Podía sentir la tensión en él.

Eric enrolló el sujetador alrededor de su brazo y luchó por escalar la estatua.

—Te vas a matar —le dijo Gregory.

—Como tu madre —dijo Eric.

Gregory no respondió solo tomó otro trago. Ivy giro su cabeza lejos de Eric.

Gregory dejo su cara descansar contra la suya luego, y le sintió relajarse un poco. Ambos Suzanne y Will los miraban a los dos, Suzanne con ojos brillantes.

Pero Ivy se quedo donde estaba mientras Eric puso el sujetador en el juez Baines. Luego ella confiscó unas pocas cervezas sin abrir y caminó hasta Suzanne.
—Gregory podría meterle mano —Le dijo a su amiga.

—Incluso después de ti y la pelirroja.

Ivy ignoró el comentario. Suzanne también había tomado demasiada bebida.

Eric dio un grito repentino, y se volvieron rápidamente a verlo deslizarse de la estatua. Aterrizó en la gravilla y se enrolló como un caracol. Will se apresuró hasta el. Gregory se rió.

—Nada roto salvo mi cerebro —murmuró Eric cuando Will tiró de él a sus pies.

—Creo que deberíamos volver al coche —dijo Will fríamente.

—Pero la fiesta acaba de empezar —protestó Gregory, poniéndose de pie. El alcohol estaba obviamente haciendo efecto—. No me había sentido tan bien desde quien sabe cuándo.

—Yo sé cuando —dijo Eric.

—La fiesta se acabará lo suficientemente pronto si la policía del campus nos pilla —señaló Will.

—Mi padre es el Presi —dijo Gregory—. El nos libraré del anzuelo.

—O nos cuelga de uno más alto —dijo Eric.

Ivy miro su reloj: 11:45. Se preguntaba dónde estaría Tristan y que hacía. Se preguntaba si la extrañaría. Ella podría estar sentada a su lado en este momento, disfrutando de una suave noche de junio.

—Vamos, Beth —dijo lamentándose por meter a sus amigas en este lío.

—Suzanne —ordenó ella.

—Sí, madre — le respondió Suzanne.

Gregory se rio lo que molesto a Ivy un poco. Ambos están cansados, se recordó a sí misma.

Tomo un tiempo para que los seis encontraran el carro de Gregory. Cuando lo hicieron, Will se ofreció para conducir. —¿Qué tal si yo conduzco?

—Yo puedo hacerlo — le dijo Gregory.

—No esta vez —su tono fue tolerante pero aun así con determinación de coger las llaves.

Pero Gregory las alejo. —Nadie maneja este Beamer, además de mí.

Will miro hacia Ivy.

—Vamos Gregory —dijo ella—. Deja que yo sea la D.D.

—Si alguien más conduce —le señalo Will a Gregory—, puedes beber todo lo que quieras.

—Beberé todo lo que quiera y manejaré cuando quiera —grito Gregory—. Si no te gusta, vete caminando.

Ivy pensó en caminar hacia el teléfono más cercano y conseguir un transporte más seguro. Pero sabía que Suzanne se quedaría con Gregory, y se sentía responsable por su seguridad.

Will le pidió a Ivy su abrigo, luego lo acomodo junto con su chaqueta entre los dos asientos delanteros, haciendo un asiento en el medio. Jalo a Eric hacia la parte delantera del auto, para que así Gregory, Eric y él se sentaran a lo ancho. Ivy se sentó en el medio del asiento de atrás, con Beth y Suzanne a su lado.

—¿Por qué, Will? —dijo Gregory, observando cómo se acomodaba a su lado—. No sabía que te importaba. ¡Suzanne, ven aquí!

Ivy jalo a Suzanne hacia atrás.

—Dije, ven aquí. Deja que Will se siente atrás con la chica de sus sueños.

Ivy negó con la cabeza y suspiro.

—Cualquiera con probabilidades de vomitar que se siente en la ventana —dijo Will.

Ivy le abrocho el cinturón a Suzanne.

Gregory se encogió de hombros y luego encendió el auto. Conducía rápido, demasiado rápido. Los neumáticos chirriaban en las curvas, la goma apenas aguantando la carretera. Beth cerró los ojos. Suzanne y Eric sacaron la cabeza por la ventanilla mientras el auto se movía de lado a lado. Ivy miraba fijamente hacia delante, sus músculos contrayéndose cada vez que Gregory tenía que frenar o girar el carro, como si estuviese conduciendo un camino para él. En realidad Will ayudó a conducir. Ivy se dio cuenta entonces, porque se había puesto en un lugar tan peligroso y sin su cinturón de seguridad.

Ellos estaban serpenteando hacia el sur por las carreteras secundarias cuando finalmente cruzaron el río hacia la ciudad, Ivy suspiro con alivio. Pero Gregory dio un giro firme hacia el norte, tomando la carretera que corría a lo largo del río y debajo de la cima, pasando por la estación del tren, más allá de los límites del pueblo.

—¿A dónde vamos? —pregunto Ivy mientras seguían un camino angosto, sus luces barrían los arboles.

— Ya verás.

Eric alzo la cabeza lejos de la puerta. —Muñeca, muñeca, muñeca. — Cantó.
—¿Quién es una muñeca, muñeca, muñeca?

La cima, se avecinaba alta y oscura a su derecha, la carretera repleta estaba cada vez más y más cerca de las vías del tren. Ivy sabía que debían estar llegando a un punto donde las vías cruzaban el río.

—Los puentes dobles —susurró Suzanne para sí misma, mientras salían del camino. Gregory apago las luces y el motor. Ivy no podía ver nada.

—¿Quién es una muñeca, muñeca, muñeca? —dijo Eric, moviendo su cabeza de lado a lado.

Ivy se sentía enferma por los humos del carro y el alcohol. Ella y Beth salieron por un lado. Suzanne se sentó con la puerta abierta del otro. Gregory abrió el baúl. Más cerveza.

—¿De dónde sacaste todo eso? —exigió Ivy.

Gregory sonrió y puso su pesado brazo alrededor de ella. —Otra cosa por la que deberías agradecerle a Andrew.

—¿Andrew lo compró? —preguntó con incredulidad.

—No, su tarjeta de crédito lo hizo.

Después él y Eric tomaron un paquete de seis.

Aunque Ivy entendía la necesidad de Gregory de desahogarse, y aunque sabía lo difícil que había sido para él desde la muerte de su madre, su enojo crecía más y más. Ahora su ira estaba disminuyendo, dándole paso a una lenta marea de miedo.

El río no estaba lejos, podía escuchar como corría sobre las rocas. A medida que sus ojos se ajustaban a la oscuridad del paisaje trazo los cables del tren eléctrico. Recordó porque los niños venían aquí: para jugar el pollo en el puente del ferrocarril. Ivy no quería seguir a Gregory mientras los guiaba en una fila a los puentes. Pero no podía quedarse atrás, no con Suzanne incapaz de cuidarse a sí misma.

Eric la empujaba desde atrás, cantando, en un tono alto y raro —¿Quién es una muñeca, muñeca, muñeca?

Pequeñas piedras redondas rodaban bajo sus pies. Eric y Suzanne seguían tropezando sobre los rieles de las vías del ferrocarril. Los seis caminaban por la avenida que abruptamente cortaba los árboles, un camino creado por trenes corriendo entre la ciudad de Nueva York y las ciudades al norte de ésta.

La avenida se abría e Ivy vio los dos puentes lado a lado, el nuevo construido a siete pies del viejo. Dos carriles de acero brillante dibujaban el nuevo camino. No había barandillas o restricción cerca. El calado debajo de ella se extendía como una tela oscura y siniestra a través el río. El puente viejo se había derrumbado en el medio. Cada lado era como una mano que se extendía desde las orillas del río, dedos de metal y madera podrida se extendían incapaces de agarrar a los demás.

Muy por debajo de ambos puentes, el agua corría y siseaba.

—Sigue al líder, sigue al líder —dijo Eric, saltando bruscamente delante de ellos. Tropezando en el puente reciente.

Ivy metió dos de sus dedos a través del cinturón de la falda de Suzanne. —Tú no.

—Suéltame —espetó Suzanne.

Suzanne trató de seguir a Eric encima del puente, pero Ivy la jaló.

—¡Suéltame!

Lucharon por un momento, y Gregory se rió de ellas. Entonces Suzanne se soltó. Desesperada, Ivy se adelantó y la tomó por la pierna causando que tropezará con las vías y se tumbara sobre una cama de piedras. Suzanne trato de pararse pero no pudo. Se dejo caer hacia atrás, mirando a Ivy con los ojos ardientes y sus manos apretadas por la ira.

—Beth, deberías ver si está bien —dijo Ivy mientras volvía su atención a Eric.

Estaba quince pies fuera y sobre el agua. Su delgado cuerpo brinco y regreso junto a las vías bailando como un esqueleto.

—Gallinas —dijo, burlándose de los demás—. Miren a todas estas gallinas.

Gregory se recostó en un árbol y se rió. Will lo miró, guardando su expresión.

Luego todos voltearon mientras sonaba un silbido del otro lado del río.

Era el silbido del tren nocturno que Ivy escuchaba tan a menudo desde su casa en la cima de la montaña, un fluyente sonido que envolvía su corazón como si quisiera llevársela.

—¡Eric! —gritaron Will y ella al mismo tiempo. Beth sostenía a Suzanne, que estaba vomitando tras unos arbustos.

—¡Eric!

Will fue tras él, pero Eric se fue, balanceándose locamente sobre las vías. Will lo persiguió.

Ambos morirán, pensó Ivy. —¡Will, regresa! ¡Will! ¡No puedes!

El tren hizo su movimiento en el puente, sus ojos brillantes iluminando la noche, quemando a los dos muchachos en delgadas siluetas. Ivy vio Eric tambaleando al borde del puente. El agua y las rocas quedaban muy por debajo de él.

Saltara hacia el viejo puente, pensó. No lo lograra.

Ángeles, ¡ayúdenos! ¿Ángel del agua, donde estas? ¿Tony? ¡Te estoy llamando!

Eric se inclinó y de pronto cayó por el borde.

Ivy gritó. Beth y ella gritaron y gritaron.

Will regresó corriendo hacia atrás, tropezando y corriendo. El tren no estaba disminuyendo la velocidad. Era tan largo como la misma noche, teniendo sobre él un gran ojo, brillante y ciego. A veinte pies, quince pies, ¡Will no lo lograría! Parecía una polilla atraído por la luz.

—¡Will! ¡Will! —chilló Ivy—. Hay, ángeles...

El saltó.

El tren paso, la tierra tronando bajo el, el aire quemándose con olores metálicos. Ivy bajando por la colina empinada, estrellándose a través de la brecha en la misma dirección en la que Will saltó.

—¿Will? ¡Will, respóndeme!

—Estoy aquí. Estoy bien.

Se paro enfrente de ella.

Por las manos de un ángel, pensó.

Se agarraron por un momento. Ivy no sabía si era él o ella quien temblaba tan violentamente.

—¿Eric? El...

—No lo sé —le respondió rápidamente—. ¿Podemos bajar al río desde aquí?

—Intenta del otro lado.

Subieron la loma juntos. Cuando llegaron a la cima, se detuvieron a mirar. Eric caminaba hacia ellos a lo largo del puente nuevo, con una cuerda gruesa y un cable de bungee colgando casualmente de su hombro.

Les tomo un momento entender lo que había ocurrido. Ivy se dio vuelta para ver a Gregory. ¿Había formado parte de la broma?

Estaba sonriendo ahora. —Excelente —le dijo a Eric—. Excelente.

[*1] Menta gatuna: Hierba que provoca una reacción de alucinógeno en algunos gatos. Estos empiezan a volverse locos durante algunos minutos.



Capítulo 11



*Traducido por aLebEna y AndreaN
Corregido por Tati Chenu xD*

—¿Sabes que no entiendo? —dijo Gregory, martilleando su cabeza, estudiando a Ivy con su corta falda de seda. Una sonrisa perversa apareció en su cara—. No entiendo porque nunca usas ese lindo vestido.

Maggie miro al plato de salchichas que llevaba hacia arriba para Andrew.

Todo el mundo saldría esa noche.

—Oh, es muy formal para el Durney Inn —dijo Maggie—. Pero estás en lo correcto, Gregory, Ivy debería de encontrar un lugar para volver a usar ese vestido.

Ivy le sonrió un poco a su madre, y después miro a Gregory malvadamente. Él le sonrió a ella.

Después de que Maggie dejara la cocina, dijo: —Te ves caliente esta noche —sus ojos tardaron en ella. Ivy no trato de averiguar qué quería decir Gregory con sus comentarios... de cualquier manera le estaba dando un cumplido o burlándose sutilmente. Dejo correr muchas de las cosas que él había dicho.

Tal vez finalmente se había acostumbrado a él.

—Te estás acostumbrando aguantarle —dijo Tristan cuando le contó lo de la noche del sábado.

Ivy había estado furiosa con Eric por ese estúpido truco. Gregory no había admitido ser parte del truco. El se había encogido de hombros y dicho: —Nunca se sabe en lo que está Eric. Eso es lo que lo hace divertido.

Por supuesto, también había estado molesta con Gregory. Pero al vivir con el día tras día, también veía como había luchado. Desde la muerte de su madre habían horas en que él parecía completamente perdido en sus propios pensamientos. Ella pensaba en el día en que él le preguntó para ir a dar un paseo y habían conducido por el viejo vecindario de su madre. Ella le había dicho que había estado allí esa noche tormentosa. Él había hablado muy poco y no había encontrado sus ojos en toda la noche hasta el regreso a casa.

—Tengo que ser de piedra para no sentir algo por él —le dijo Ivy a Tristan, y allí terminó la discusión.

Pero Gregory y Tristan estaban inclinados a evitarse los unos a los otros. Como era normal, Gregory desapareció tan pronto como Tristan se apareció esa noche.

Tristan siempre venía temprano para jugar durante unos minutos con Philip. Ivy vio, con cierta satisfacción, que en ese tiempo Tristan no podía concentrarse, aunque el equipo natal estaba perdiendo por dos en el encuentro final de la serie con Don Mattingly bateando. La segunda base fue robada mientras el pitcher veía a Ivy furtivamente.

Philip estaba frustrado la tercera vez que Tristan no pudo recordar cuantos outs habían, y paró para llamar a Sammy. Ivy y Tristan aprovecharon la oportunidad para salir de la casa.

De camino al carro, Ivy notó que Tristan se veía muy inquieto.

—¿Como esta Ella? —le preguntó.

—Bien.

Ivy esperó. Usualmente él le contaba una historia graciosa sobre Ella.

—¿Solo bien?

—Muy bien.

—¿Conseguiste un nuevo dije para su collar?

—Sí.

—¿Algo está mal, Tristan?

No respondió inmediatamente. Se trata de Gregory, pensó. Todavía está herido por lo de Gregory y el fin de semana pasado.

—¡Dime!

Se enfrentó a ella. Con un dedo le tocó la parte posterior del cuello. Su cabello estaba agarrado esa noche. Sus hombros desnudos, excepto por dos pequeños tirantes. El top que usaba era una simple camiseta, con pequeños botones delanteros.

Tristan pasó su mano por su cuello, luego atreves de sus hombros desnudos. — Algunas veces es difícil creer que eres real — dijo.

Ivy tragó. Nunca la había besado tan suave en la garganta.

—Tal vez... tal vez deberíamos entrar al auto — sugirió ella, mirando hacia las ventanas de la casa.

—Cierto.

El le abrió la puerta. Habían rosas en el asiento, muchas rosas lavanda. —Whoops, lo olvidé — dijo Tristan—. ¿Quieres meterlas adentro?

Ella las recogió y las acercó a su cara. —Las quiero conmigo.

—Probablemente se marchitaran.

—Podemos ponerlas en un vaso de agua en el restaurante — Tristan sonrió—. Eso le mostrara al mesonero que tipo de clase tenemos.

—¡Son hermosas!

—Sí —dijo él suavemente. Sus ojos la recorrieron, como si él la estuviera memorizando. Luego la beso en la frente y sostuvo las rosas mientras ella se metía en el carro.

Mientras manejaban fueron hablando de sus planes para el verano. Ivy se alegró de que Tristan tomara las viejas rutas en lugar de ir por la carretera. Los árboles estaban frescos y almizclados en junio. La luz manchaba sus ramas como monedas de oro que se deslizan por los dedos de los ángeles. Tristan manejo por la sinuosa carretera con una mano sobre el volante, la otra junto a la suya, como si ella se pudiera escapar.

—Quiero ir al lago Juniper —dijo Ivy—. Voy a flotar allí en la parte más honda, flotando por una hora, con el sol alumbrándome como destellos en mis dedos y pies...

—Hasta que te conviertas en un pez grande —bromeó Tristan.

—También flotaré en la noche —dijo ella.

—¿Al anochecer? ¿Nadaras en la oscuridad?

—Contigo lo haría. Nos podríamos sumergir.

El miró sobre sus ojos y sus ojos celebraron por un momento.

—Es mejor no verte y manejar al mismo tiempo —dijo él.

—Entonces deja de manejar —replicó ella.

El la miro rápidamente, y ella puso su mano sobre su boca. Las palabras habían escapado, y se sintió de repente tímida y avergonzada.

Las parejas vestían bien en su camino a restaurantes caros y no se sobre maquillaban.

—Llegaremos tarde para nuestra reservación —dijo ella—. Deberías seguir.

Tristan saco el carro del camino. —Allí está el río —dijo él—. ¿Quieres caminar por él?

—Sí.

Ella dejó las rosas en la parte trasera del carro. Tristan dio la vuelta para abrir la puerta de Ivy. —¿Estas dispuesta a caminar con esos zapatos? —pregunto Tristan, mirando los tacones de Ivy.

Ella se paro. Los tacones se hundieron en el lodo. Ivy se rió, y Tristan la cargó. — Te llevaré —dijo.

—No, ¡me puedes dejar en el lodo!

—No hasta que llegemos allí —dijo él, y la cargo hasta que colgaron sus piernas, dejando que la parte de arriba de ella cayera sobre sus hombros como si estuviera cargando un costal.

Ivy se rió y golpeó su espalda. Su cabello cayó como patas. —¡Mi cabello, mi cabello, bájame!

El la bajo, y ella se deslizo por el frente de él, su falda se alzo y su cabello cayo.

—Ivy.

La estrecho contra él, ella pudo sentir el temblor que subía y bajaba por su cuerpo.

—¿Ivy? —susurró él.

Ella abrió su boca y la presiono contra su cuello.

Al mismo tiempo, los dos llegaron a la manija del carro y abrieron la puerta del carro.

—Yo no sabía que tan romántico podía llegar a ser un asiento trasero —dijo Ivy sonriendo, mientras descansaba contra Tristan. Entonces miró detrás de él a la pila

de chatarra en el piso del carro—. Tal vez deberías sacar tu corbata de ese vaso de Burger King.

Tristan se agacho e hizo una mueca. Él tiro la cosa goteante hacia la parte delantera del carro, luego se sentó de nuevo al lado de Ivy.

—¡Ow! —el olor de flores marchitas llenó el aire.

Ivy se rió en voz alta.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Tristan, empujando las rosas marchitas detrás de él, pero también estaba riendo.

—¿Qué pasaría si alguien viene y ve la calcomanía del Clero de tu padre en el parachoques?

Tristan arrojó las flores hacia el asiento del frente y la empujo hacia él. Él trazo el tirante de seda de su vestido, luego tiernamente beso su hombro. —Les diría que estoy con un ángel.

—¡Oh, qué línea!

—Ivy, te amo —dijo Tristan, su rostro estaba repentinamente serio.

Ella lo miro de vuelta, luego mordió su labio.

—Esto no es alguna especie de juego para mí. Te amo, Ivy Lyons, y un día vas a creerme.

Puso sus brazos alrededor de él y lo abrazó con fuerza. —Yo te amo a *ti*, Tristan Carruthers —ella susurró en su cuello. Ivy si le creía, y confiaba en él como no confiaba en nadie más. Un día ella tendría el valor de decirlo, todas las palabras en voz alta. Te amo, Tristan. Ella lo gritaría hacia fuera de las ventanas. Ella lo pondría en una pancarta en el fondo de la piscina de la escuela.

Les tomo unos pocos minutos enderezarse a sí mismos. Ivy empezó a reír de nuevo. Tristan sonrió y la vio intentar domar su maraña dorada de cabello —un esfuerzo inútil—. Luego él encendió el carro, pasando por baches y piedras de la estrecha carretera.

—Última mirada al río —dijo él mientras la carretera hacia un fuerte giro lejos de ella.

El sol de Junio, pasando por la cresta oeste del lago de Connecticut, llenaba de luz las copas de los arboles, bañándolos con un fuego de oro. El sinuoso camino se deslizo en un túnel de arces, álamos y robles. Ivy se sintió como si se deslizara por debajo de olas con Tristan, con la puesta de sol brillante arriba, ellos dos moviéndose juntos a través de un abismo de azul, morado, y verde profundo. Tristan encendió los faros.

—Realmente no tienes que apurarte —dijo Ivy—. Ya no tengo hambre.

—¿Arruine tu apetito?

Ella sacudió su cabeza. —Supongo que estoy llena de felicidad —dijo ella suavemente.

El carro aceleró y tomó una curva bruscamente.

—Dije, no tenemos que apresurarnos.

—Eso es divertido —murmuró Tristan—. Me pregunto porque... —dijo él mirado abajo hacia sus pies—. Esto no se siente...

—Baja la velocidad, ¿sí? No importa si estamos un poco retrasados.

—¡Oh! —Ivy apuntó hacia el frente—. ¡Tristan!

Algo había caído de los matorrales y entrado a la carretera. Ella no había visto lo que era, solo el parpadeo de movimiento entre las sombras profundas. Luego el venado se detuvo. Volteo su cabeza, sus ojos enfocaron los brillantes faros del carro.

—¡Tristan!

Ellos se estaban apresurando hacia los ojos brillantes.

—Tristan, ¿no lo ves?

Todavía se apresuraban.

—Ivy, algo...

—¡Un venado! —exclamo ella.

Los ojos del animal ardieron. Luego, luz vino desde detrás de él, una explosión brillante alrededor de su forma oscura. Un carro estaba viniendo desde la dirección opuesta. Árboles los amurallaron. No había espacio para girar a la izquierda o la derecha.

—¡Detente! —gritó ella—. Yo...

—Détente, ¿Por qué no te detienes? —imploró ella—. ¡Tristan, detente!





Capítulo 12



*Traducido por Andre_G
Corregido por marzeDoyle*

Era deslumbrante: los ojos del venado eran como un túnel oscuro, el centro de ellos rebozaba de luz. Tristan frenó y frenó, pero nada detendría la urgencia, nada podría pararlo de pasar a gran velocidad a través del largo embudo de oscuridad convirtiéndose en una explosión de luz.

Por un momento sintió un tremendo peso, como si los árboles y el cielo hubieran colapsado sobre él. Luego, con la explosión de luz, el peso fue disipado. De alguna manera había sido liberado.

Ella te necesita.

—¡Ivy! —él la llamó en voz alta.

La oscuridad volvió a envolverlo, el camino lo rodeaba como una pintura haciendo piruetas, negro corriendo con rojo, la noche giraba con la luz intermitente de una ambulancia.

Ella te necesita. Él no lo escuchaba, pero si lo entendía. ¿Lo hacían también los otros?

—¡Ivy! ¿Dónde está Ivy? ¡Tienen que ayudar a Ivy!

Ella estaba quieta y tendida. Bañada en rojo.

—¡Que alguien la ayude! ¡Tienen que salvarla! —pero él no pudo apurar al paramédico, ni siquiera podía empujar su manga.

—No hay pulso —dijo una mujer—. No hay oportunidad.

—¡Ayúdenla!

Ahora el remolino era grande y disparejo. Lazos de luz y oscuridad lo pasaban rápidamente en sentido horizontal. ¿Estaba ella con él? La sirena aullaba: I-veee. I-veee.

Entonces se encontraba en un cuarto cerrado. Allí era de día, o tan brillante como el día. La gente se apuraba a su alrededor. Un hospital, pensó. Algo caía sobre su rostro, y la luz estaba bloqueada. No estaba seguro que tan grande era allí afuera. Alguien se recostó encima de él.

—Tristan —la voz se quebró.

—¿Papá?

—¿Oh, Dios mío, porqué dejaste que esto pasara?

—Papá, ¿Dónde está Ivy? ¿Está ella bien?

—Dios mío, Dios mío. ¡Mi niño! —dijo su padre.

—¿Ellos la están ayudando?

Su padre no hablo.

—Contéstame, ¡Papá! ¿Por qué no me respondes? —su padre sostuvo su rostro. Su padre estaba recostado sobre él, las lágrimas caían por su rostro. Mi rostro, pensó Tristan asustado. Ése es mi rostro. Y aun así él estaba viéndose a sí mismo y a su padre como si estuviera parado aparte de sí mismo.

—Mr. Carruthers, lo siento —una mujer con uniforme de paramédico se paró al lado suyo y de su padre. Su padre no la miraba.

—¿Muerto en la escena? —él preguntó. Ella asintió.

—Lo siento. Con él no tuvimos ni una oportunidad. Tristan sintió otra vez a la oscuridad cerniéndose sobre él. Él luchó para mantenerse consciente.

—¿Y Ivy? —preguntó su padre.

—Se encuentra en estado de shock, con cortadas y moretones. Llamando a su hijo.

Tristan tenía que encontrarla. Se enfocó hacia una puerta, concentrándose con toda su fuerza, y pasó a través de ella. Luego otra, y otra —ahora se sentía más fuerte—. Tristan se apresuró por el corredor. La gente seguía viniéndosele encima. Él se tiraba a izquierda y a derecha. Parecía ir mucho más rápido de lo que ellos iban, y ninguno se molestó en apartarse de su camino.

Una enfermera venía por el corredor. Él se detuvo para pedirle que lo ayudara a encontrar a Ivy pero ella siguió derecho. Volteó en una esquina y se encontró a sí mismo enfrentándose a un carro cargado de ropa de cama. Luego enfrente al hombre que lo empujaba. Tristan giró alrededor. El hombre y el carro estaban al otro lado. Tristan sabía que ellos habían pasado a través de él como si él no estuviera allí. Él había escuchado lo que había dicho la mujer paramédica. Aun así, su mente seguía buscando por otra —cualquier otra— explicación. Pero no la había.

Él estaba muerto. Nadie podía verlo. Nadie sabía que él estaba allí. Ivy no lo sabría. Tristan sintió un dolor más profundo de lo que alguna vez había sentido. Él le había dicho que la amaba, pero no había habido suficiente tiempo para convencerla. Ahora ya no quedaba nada de tiempo. Ella nunca habría creído en su amor de la misma forma en que creía en sus ángeles.

—Dije, que no podía hablar más alto —Tristan alzó la mirada. Se había detenido enfrente de una puerta. Dentro de ella estaba una mujer tendida sobre una cama. Ella era pequeña y gris, con largos y delgados tubos conectándola a máquinas. Parecía una araña atrapada en su propia red.

—Entra —dijo ella—. Él miro hacia atrás para ver a quien le estaba hablando. Nadie.

—Estos viejos ojos míos son tan débiles, que no puedo ver ni mi propia mano enfrente de mi rostro —dijo la mujer—. Pero puedo ver tu luz.

Tristan volvió a mirar tras él. Su voz sonaba segura de lo que veía. Parecía mucho más grande y fuerte que su pequeño cuerpo gris.

—Sabía que vendrías —dijo ella—. He estado esperando pacientemente.

Ella había estado esperando por alguien, Tristan pensó, un hijo o un nieto, y piensa que ese soy yo. En cualquier caso, ¿Cómo podía ella verlo, si nadie más podía hacerlo? Ahora su rostro estaba brillando.

—Siempre creí en ti —dijo ella—. Extendió una frágil mano en dirección de Tristan. Olvidando que su mano atravesaría la de ella, Tristan la alcanzó. Ella cerró sus ojos.

Un momento después, las alarmas comenzaron a sonar. Tres enfermeras se apuraron dentro de la habitación. Tristan retrocedió cuando ellas concurrieron en torno a la mujer. De repente, comprendió que ellas trataban de resucitarla; sabía que no lo conseguirían, de alguna forma sabía que la anciana no quería volver. Tal vez, de alguna manera, la anciana había sabido sobre él.

¿Qué sabía ella?

Tristan volvió a sentir la oscuridad cerniéndose sobre él. Lucho contra ella. ¿Qué tal si esta vez no regresaba? Él tenía que regresar, tenía que ver a Ivy por última vez. En forma desesperada, trato de mantenerse alerta, enfocando objeto tras objeto de la habitación. Luego la vió, al lado de un pequeño libro en la bandeja de la mujer: una estatua, con una mano extendida en dirección a la vieja mujer y sus alas angelicales extendidas.

Por días, lo único que Ivy pudo recordar fue la cascada de cristales. El accidente era como un sueño que ella seguía teniendo pero que no podía recordar. Despierta o dormida, este asumía repentinamente el control. Su cuerpo entero se tensaba, y su mente se rebobinaba, pero todo lo que ella podía recordar era el sonido de un parabrisas explotando, luego la caída en cámara lenta de una cascada de cristal.

Cada día, gente entraba y salía de la casa, Suzanne y Beth, y algunos otros amigos y maestros de la escuela. Gary vino una vez; fue para ambos una visita miserable. Will se zambulló dentro y fuera, en otro día. Ellos le traían flores, galletas, y

simpatía. Ivy no podía esperar a que se fueran, no podía esperar a poder volverse a dormir. Pero luego, tendida en cama en la noche, no podía dormir, y entonces tenía que esperar por siempre hasta que fuera de día otra vez.

En el funeral, ellos permanecían a su alrededor, su madre y Andrew a un lado, Philip al otro. Dejo que Philip llorara por ella. Gregory se mantuvo en pie detrás y de rato en rato ponía una mano en su espalda. Ella se recostaba por un momento en él. Él era el único que no insistía en hacerla hablar al respecto. Él era el único que parecía comprender su pena y no se mantenía diciéndole que recordar le haría bien.

Poco a poco, ella si recordó —o le contaron— lo que había sucedido. Los doctores y la policía seguían revelándoselo. La parte interior de sus brazos estaba repleta de cortadas. Ella debió de haber tenido sus brazos arriba contra su rostro, dijeron ellos, protegiéndose de los cristales que volaban. Milagrosamente, el resto de sus heridas eran solo moretones causados por el impacto y por la presión del cinturón de seguridad. Tristan debió haber virado bruscamente, para que el carro se balanceara hacia la derecha, el venado aproximándose por su lado. Para protegerla, pensó, aunque la policía no dijera eso. Ella les dijo que él había tratado de frenar pero no había podido. Había sido en la hora del crepúsculo. El venado había aparecido de forma repentina. Eso era todo lo que ella recordaba. Alguien le dijo que el coche había quedado en pérdida total, pero ella se negó a mirar la foto del periódico.

Una semana después del funeral, la mamá de Tristan vino a casa y trajo consigo una foto de él. Dijo que esa era su favorita. Ivy la acuno entre sus manos. Él estaba sonriendo, usando su vieja gorra de baseball, hacia atrás por supuesto, y una raída chaqueta de la escuela, luciendo como Ivy le había visto tantas veces. Parecía a punto de preguntarle si quería que se encontraran para otra lección de natación. Por primera vez desde el accidente, Ivy empezó a llorar.

Ella no escuchó a Gregory entrar en la cocina, donde ella y la mamá de Tristan estaban sentadas. Cuando él vio a la Dra. Carruthers, exigió saber porque se encontraba allí. Ivy le enseñó la foto de Tristan, y él miró furioso a la mujer.

—Se ha terminado —dijo él—. Ivy está saliendo de esto. Ella no necesita más recordatorios.

—Cuando amas a alguien, nunca se termina —la Dra. Carruthers respondió gentilmente—. Sigues adelante, porque tienes que hacerlo, pero lo llevas contigo en tu corazón.

Se giró en dirección a Ivy.

—Ivy, tú necesitas hablar y recordar. Necesitas llorar. Llorar fuertemente. También necesitas estar molesta. ¡Yo lo estoy!

—Sabe —dijo Gregory—, me estoy cansando de escuchar toda esta mierda. Todo el mundo le dice a Ivy que recuerde y hable de lo que ha pasado. Todo el mundo tiene alguna clase de teoría de cómo se debe llevar el luto, pero yo me pregunto si realmente están pensando en cómo se siente ella. La Dra. Carruthers lo estudió a él por un momento.

—Me pregunto si tú has llorado tu propia pérdida.

—¡No me digas, eres una psiquiatra!

Ella negó con la cabeza.

—Solo una persona, que como tú, ha perdido a alguien que amaba con todo su corazón.

Antes de irse, la mamá de Tristan le preguntó a Ivy si quería que le regresara a Ella.

—No puedo tenerla —dijo Ivy—. ¡Ellos no me dejarían!

Luego subió corriendo a su cuarto, tiró la puerta, y la cerro con llave. Uno por uno, aquellos a quienes ella amaba le estaban siendo arrebatados. Levantando una estatua de un ángel, una que Beth acababa de traerle, Ivy la lanzó contra la pared.

—¿Por qué? —lloró en voz alta—. ¿Por qué no morí yo también?

Ella recogió el ángel y lo volvió a tirar.

Estás en mejores circunstancias, Tristan. Te odio por estar en una situación mejor que la mía. Ahora no me extrañas, ¿lo haces? ¡Oh no, tú no sientes nada!

Al tercer intento, el ángel se quebró. Otra cascada de cristales. Ella no se molestó en recogerlo.

Esa noche tras la cena, Ivy encontró que el cristal había sido recogido y la foto de Tristan descansaba sobre su cómoda. Ella no preguntó quién lo había hecho. No quería hablarle a ninguno de ellos. Cuando Gregory intentó entrar en su cuarto, ella le tiró la puerta en su cara. Ella volvió a tirársela en la cara a la mañana siguiente.

Ese día, ella era escasamente cortes con los clientes de Tis the Season. Cuando llegó a casa, se fue directamente hacia su cuarto. Al abrir la puerta, encontró allí a Philip, regando sus cartas de baseball. Ella se había dado cuenta que él ya no llamaba jugada-a-jugada para sus juegos, solo movía sus jugadores de base a base en forma silenciosa. Pero cuando miró a Ivy, él le sonrió por primera vez en días. Señalo en dirección a su cama.

—¡Ella! —exclamó Ivy—. ¡Ella!

Ella se apresuró y cayó en sus rodillas al lado de la cama. La gata inmediatamente comenzó a ronronear. Ivy enterró su rostro en el suave pelaje de la gata y comenzó a llorar. Luego sintió una ligera mano sobre su hombro. Secando sus lágrimas en Ella, se giró hacia Philip.

—¿Mamá sabe que ella está aquí? —él asintió.

—Ella lo sabe. Está bien. Gregory dijo que lo estaba. Gregory la trajo de vuelta a nosotros.



Capítulo 13



Traducido por Virtxu
Corregido por Kanon 🎵🎵🎵

Cuando Tristan despertó, trató de recordar qué día de la semana era y qué lecciones tendría que dar en el campamento de natación. A juzgar por la escasa luz en su habitación, era demasiado pronto para levantarse y vestirse para el trabajo. Recostado, soñaba con Ivy... Ivy con el pelo cayendo hacia abajo.

Poco a poco se dio cuenta de pasos fuera de la puerta y un ruido como de algo que está rodando. Se levantó de un salto. ¿Qué estaba haciendo allí... tendido en el suelo del hospital en la habitación de un hombre que nunca había visto antes? El hombre bostezó y miró a su alrededor. No parecía en absoluto sorprendido por la presencia de Tristan, ya que actuó como si él ni siquiera lo viera.

Luego todo volvió a Tristan: el accidente, el viaje en ambulancia, las palabras del paramédico. Estaba muerto. Pero podía pensar. Podía mirar a otras personas. ¿Era un fantasma?

Tristan recordó a la anciana. Ella había dicho que vio su luz, por eso, pensó, ella lo había confundido con un...

—No, no —lo dijo en voz alta, pero el hombre no lo escuchó—. No puede ser.

Bueno, fuera lo que fuera, era algo que podía reír. Él rió y rió, casi histéricamente. También lloró.

La puerta detrás de él se abrió de repente. Tristan se calmó, pero no importaba. La enfermera que entró no era consciente de él, aunque ella estaba tan cerca que su codo pasó a través de él mientras ella rellenaba el documento del hombre. 09 de julio, 3:45 A.M., leyó Tristan. ¿9 de julio? ¡No podía ser! Había sido junio, cuando había estado por última vez con Ivy. ¿Había estado inconsciente durante dos

semanas? ¿Perdió el conocimiento de nuevo? ¿Por qué estaba consciente y todo eso?

Pensaba en la vieja que había llegado a él. ¿Por qué ella se había fijado en él, pero la enfermera y los otros no lo habían visto nada? ¿Ivy lo vería? La esperanza surgió a través de Tristan. Si pudiera encontrar a Ivy antes de caer en la oscuridad de nuevo, tendría otra oportunidad de convencerla de que él la amaba. Él siempre la amaría.

La enfermera se fue, cerrando la puerta detrás de ella.

Tristan fue a abrirla, pero sus dedos se deslizaron por el mango. Lo intentó de nuevo, y otra vez.

Sus manos ya no eran más fuertes que las sombras. Ahora tendría que esperar a que la enfermera volviera.

No sabía cuánto tiempo iba a permanecer consciente o si, como los fantasmas en los cuentos antiguos, se derretiría al amanecer.

Trató de recordar cómo había llegado tan lejos e imaginó los pasillos por los que había viajado desde la sala de emergencias. Podía ver muy claramente la esquina donde el camillero había pasado por él. De pronto estaba viajando por los pasillos de ese lugar. Ese era el truco. Él tenía que proyectar una ruta en la cabeza y centrarse en dónde quería ir.

Pronto estaba en la calle. Se había olvidado que estaba en el Hospital Municipal y tuvo que llegar hasta el final al hogar de Stonehill. Pero él había conducido la ruta miles de veces para recoger a sus padres. Al pensar en ellos, Tristan redujo el paso. Se acordó de su padre en la sala de emergencias, inclinado sobre él y llorando. Tristan deseaba asegurarse que todo estaba bien, pero no sabía cuánto tiempo le quedaba. Sus padres se tenían el uno al otro, Ivy estaba sola.

El cielo nocturno estaba comenzando a desvanecerse en la madrugada cuando llegó a su casa.

Dos rectángulos de luz brillaban suavemente en el ala oeste. Andrew debía de estar trabajando en su oficina. Tristan dio la vuelta hacia atrás y encontró las

puertas de la oficina francesa abiertas de par en par al aire fresco de la noche. Andrew estaba en su escritorio, absorto en sus pensamientos. Tristan se deslizó sin ser visto.

Vio que el maletín de Andrew estaba abierto y los papeles con la insignia de la universidad estaban esparcidos. Pero el documento que había estado leyendo era un informe de la policía. Tristan se dio cuenta con una sacudida que era el informe oficial sobre su accidente y el de Ivy. Junto a él había un artículo de prensa acerca de ellos.

Las indicaciones deberían haber hecho su muerte más real para él, pero no lo hicieron. En cambio, las cosas que había tenido alguna vez —su apariencia, su récord de natación, sus logros escolares—, parecían sin sentido y pequeños. Sólo Ivy era importante para él ahora.

Ella tenía que saber que la amaba y que siempre lo haría.

Dejó a Andrew estudiando con detenimiento el informe, aunque no entendía por qué estaba tan interesado en él, y tomó la escalera de servicio. Deslizándose pasó la habitación de Gregory, que estaba por encima de la oficina, cruzó la galería de fotos hasta el hall que le llevaba a habitación de Ivy. Apenas podía esperar a verla, casi no esperaba que lo pudiera ver. Temblaba como lo había hecho antes de su primera clase de natación. ¿Serían capaces de hablar el uno con el otro?

¡Si alguien podía verlo y oírlo, esa sería Ivy... su fe era fuerte! Tristan se centró en su habitación y pasó a través de la pared.

Ella se incorporó de inmediato. Ella había estado durmiendo en la cama de Ivy, un ovillo de pelo negro y grueso junto a la cabeza dorada de Ivy. Ahora el gato parpadeó y lo miró, o al vacío —después de todo, los gatos hacían eso, pensó—. Sin embargo, cuando se trasladó hacia el otro lado de la cama de Ivy, los ojos verdes de Ella lo siguieron.

—¿Ella, me ves, Ella? —preguntó en voz baja.

El gato empezó a ronronear, y él se rió.

Se puso de pie al lado de Ivy ahora. Tenía el pelo caído sobre su rostro. Trató de cepillárselo hacia su espalda. Más que nada deseaba ver su rostro, pero sus manos eran inútiles.

—Me gustaría que me pudieras ayudar, Ella —dijo.

El gato se acercó a través de las almohadas hacia él. Se mantuvo muy quieto, preguntándose qué es exactamente lo que ella percibía. Ella se inclinó como si se frotara contra su brazo. Ella cayó de lado y maulló.

Ivy se movió entonces, y dijo su nombre en voz baja.

Ivy rodó sobre su espalda y él pensó que le iba a contestar. Su rostro era una luna perdida, hermosa, pero pálida. Toda su luz estaba en sus pestañas doradas y su cabello largo se extendía como rayos de su rostro.

Ivy frunció el ceño. Quería suavizar el ceño fruncido, pero no pudo. Se empezó a sacudir y dar vueltas.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Quién está ahí?

Se inclinó hacia ella. —Soy yo. Tristan.

—¿Quién está ahí? —preguntó de nuevo.

—¡Tristan!

Su ceño fruncido se profundizó. —No puedo verte.

Puso su mano en el hombro, deseando que ella se despertara, seguro de que iba a verlo y oírlo. —Ivy, mírame. ¡Estoy aquí!

Abrió los ojos por un momento. Entonces vio el cambio produciéndose en su rostro. Vio el terror hacerse cargo de ella. Empezó a gritar.

—¡Ivy!

Gritó y gritó.

—Ivy, no tengas miedo.

Trató de abrazarla. La envolvió con sus brazos, pero sus cuerpos se deslizaron uno a través del otro. No podía consolarla.

Entonces la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Philip entró en el. Gregory iba justo detrás.

—¡Despierta, Ivy, despierta! —Philip la sacudió—. Vamos, Ivy, por favor.

Sus ojos se abrieron ahora. Miró a Philip, y luego miró alrededor del cuarto. No se detuvo en Tristan, miró directamente a través de él.

Gregory apoyó las manos suavemente sobre los hombros de Philip y le movió a un lado. Se sentó en la cama, y luego empujó a Ivy cerca de él. Tristan podía ver que estaba temblando.

—Todo va a estar bien —dijo Gregory, alisando su cabello hacia atrás.

—Fue sólo un sueño.

Un sueño aterrador, pensó Tristan. Y no podía ayudarla, no podía consolarla ahora.

Pero Gregory podía. Tristan se llenó de celos.

No podía soportar ver a Gregory consolándola.

Y, sin embargo no podía soportar ver a Ivy tan asustada y molesta. Su gratitud hacia Gregory, era tan fuerte como los celos, que le invadían. Luego los celos otra vez. Tristan se sintió débil en esta guerra de sentimientos y se apartó de ellos tres, moviéndose hacia los estantes de los ángeles de Ivy. Ella lo siguió con cautela.

—¿Soñaste con el accidente? —preguntó Philip.

Ivy asintió, y luego dejó caer la cabeza, pasando las manos una y otra vez por las retorcidas sábanas.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Gregory.

Ivy intentó hablar, pero negó con la cabeza y dio la vuelta a la mano poniendo la palma hacia arriba. Tristan vio las irregulares cicatrices corriendo por su brazo, como huellas de impactos de rayos. Por un momento la oscuridad vino por detrás, pero él se defendió.

—Estoy aquí. Todo está bien —dijo Gregory, y esperó pacientemente.

—Yo... Yo estaba mirando por una ventana —comenzó—. Vi una gran sombra en ella, pero no estaba segura de quién o qué era. ¿Quién está ahí? Llamé, ¿Quién está ahí?

Desde el otro lado de la habitación, Tristan observaba, su dolor y su miedo pulsaban sobre él.

—Pensé que podría ser alguien conocido —continuó—. La sombra de alguna manera me resultaba familiar. Así que acerqué, más cerca. Pero no pude verle.

Se detuvo y miró a su alrededor al dormitorio.

—No podías verlo —apuntó Gregory.

—Había otras imágenes en el cristal, reflejos que me resultaban confusos. Me acerqué. Tenía la cara casi en contra de la copa. ¡De repente explotó! La sombra se convirtió en un ciervo. Se estrelló a través de la ventana y salió corriendo.

Se quedó en silencio. Gregory le tomó la barbilla con la mano y tiró de ella hacia arriba hacia él, mirándola fijamente a los ojos.

Desde el otro lado de la habitación, Tristan gritó. —¡Ivy! Ivy, mírame —suplicó.

Pero ella volvió a mirar a Gregory, su boca temblaba.

—¿Es ese el fin del sueño? —preguntó Gregory.

Ella asintió.

Con la parte posterior de su mano acarició suavemente la mejilla.

Tristan quería consolarla, pero...

—¿No recuerdas nada más? —dijo Gregory.

Ivy negó con la cabeza.

—¡Abre los ojos, Ivy! ¡Mírame! —gritó Tristan.

Entonces se dio cuenta de que Philip, estaba mirando la colección ángeles... o tal vez a él, no estaba seguro. Tristan puso su mano alrededor de la estatua del ángel del agua. Si pudiera encontrar una manera de dársela a Ivy. Si él pudiera enviarla alguna señal...

—Ven aquí, Philip —dijo Tristan—. Ven a la estatua. Llévasela a Ivy.

Philip se acercó a la estantería como atraído por un imán. Al llegar, puso la mano sobre la de Tristan.

—¡Mira! —Philip lloraba—. ¡Mira!

—¿El qué? —preguntó Ivy.

—Tu ángel. Está brillando.

—Philip, ahora no —dijo Gregory.

Philip tomó el ángel del estante y se lo llevó a ella.

—¿Quieres tenerlo cerca de tu cama, Ivy?

—No.

—Tal vez pueda mantener lejos los malos sueños —insistió.

—Es sólo una estatua —dijo con cansancio.

—Pero podemos decir nuestra oración, y el ángel real la oirá.

—¡No hay ángeles reales, Philip! ¿No lo entiendes? ¡Si los hubiera, habrían salvado a Tristan!

Philip pasó los dedos por las alas de la estatua. Dijo con obstinada y pequeña voz: —ángel de la luz, ángel del más allá, cuida de mí esta noche, cuida a todas las personas que amo.

—Dile que estoy aquí, Philip —dijo Tristán—. ¡Dile que estoy aquí!

—¡Mira, Ivy! —Philip señaló hacia las estatuas, donde Tristan estaba de pie—. ¡Están brillando!

—¡Ya está bien, Philip! —dijo Gregory con severidad—. Vete a la cama.

—Pero...

—¡Ahora!

Cuando Philip se iba, Tristan le tendió la mano, pero el niño no se la tendió de vuelta. Se quedó mirándolo con asombro, no con reconocimiento.

¿Qué veía Philip? Se preguntó Tristan. Tal vez lo que la anciana había visto: luz, algo brillante, pero no una forma.

Entonces sintió que la oscuridad se acercaba una vez más. Tristan luchó. Quería quedarse con Ivy. No podía soportar perderla ahora. No podía soportar dejarla antes de que Gregory lo hiciera.

¿Y si esta era su última vez con ella? ¿Y si estaba perdiendo a Ivy para siempre? Luchó desesperadamente para contener la oscuridad, pero estaba por todas partes ahora, como una niebla negra, delante de él, detrás de él, cerrándose por encima de su cabeza, y sucumbió.



Capítulo 14



*Traducido por Andrea_G
Corregido por Angeles Rangel*

Cuando Tristan despertó sin sueño de su oscuridad, el sol estaba brillando a través de la ventana de Ivy. Sus sábanas habían sido levantadas y arregladas con un ligero tendido por encima. Ivy se había ido.

Era la primera vez que Tristan veía la luz del día desde el accidente. Fue hasta la ventana y se maravilló por los detalles del verano, los complicados diseños de las hojas, la forma en que el viento podía correr un dedo a través de la hierba y enviar una ola verde sobre el tope de la cresta. El viento. Aunque las cortinas se estaban moviendo, Tristan no podía sentir su frío roce. Aunque el cuarto estaba lleno de rayos de sol, él no podía sentir su calor.

Ella si podía. La gata estaba recostada sobre una camisa de Ivy arropada en una esquina soleada.

—Aquí no hay mucha ropa sucia tirada para tí, ¿verdad? —preguntó, pensando en la adicción de la gata por sus medias y sudaderas malolientes. La quietud de la casa lo hizo hablar en voz baja, aunque sabía que podía gritar lo suficientemente fuerte para... bueno, lo suficientemente fuerte para despertar a la muerte, y solo él lo oiría.

La soledad era intensa. Tristan temía permanecer así de solo por siempre, paseando y jamás siendo visto, jamás siendo escuchado, jamás ser reconocido como Tristan. ¿Por qué lo había visto la anciana del hospital y después ella había muerto? ¿A dónde se había ido?

La gente muerta va a cementerios, pensó mientras pasaba por el pasillo hacia las escaleras. Luego paró en seco. ¡Él tenía una tumba en alguna parte! Probablemente al lado de la de sus abuelos. Se apuro a bajar por las escaleras, curioso por ver que habían hecho con él. Tal vez podría encontrar a la anciana o cualquier otro muerto recientemente que pudiera darle sentido a todo esto.

Tristan había visitado varias veces el Alto Cementerio Riverstone cuando era un niño pequeño. Nunca le había llegado a parecer un lugar triste, tal vez porque los terrenos de las tumbas de sus abuelos siempre habían inspirado a su padre para contarle a Tristan interesantes y divertidas historias sobre ellos. Su madre había pasado el rato adornando y sembrando plantas. Tristan había corrido y escalado rocas y dado amplios saltos sobre las tumbas, usando el cementerio como algún tipo de parque de juegos o una carrera de obstáculos. Pero eso parecía haber sido hace siglos.

Ahora era extraño escabullirse por las altas puertas de hierro —puertas en las cuales él solía balancearse como un pequeño mono, como siempre decía su madre—, en búsqueda de su propia tumba. Cual era la razón por la que se movía, memoria o instinto, no estaba seguro, pero encontró rápidamente el camino hacia el bajo sendero y alrededor de la curva marcada por tres pinos. Sabía que eran quince pasos más allá y se preparó a sí mismo para el shock de leer su propio nombre tallado en piedra al lado del de sus abuelos.

Pero ni siquiera alcanzó a verlo. Estaba muy impresionado por la presencia de la chica que se había extendido y puesto como en casa sobre la tumba.

—Discúlpame —dijo, sabiendo muy bien que la gente no lo escuchaba—. Estás recostada sobre mi tumba.

Entonces ella miró hacia arriba, lo que le hizo preguntarse si estaba brillando de nuevo. La chica parecía de su misma edad y lucía vagamente familiar.

—Debes de ser Tristan —dijo ella—. Sabía que te presentarías tarde o temprano.

Tristan la miró fijamente.

—¿Eres él, cierto? —dijo ella, levantándose, indicando su nombre con su dedo pulgar—. Recientemente muerto, ¿cierto?

—Recientemente vivo —dijo él. Había algo en su actitud que le hacía querer discutir con ella.

Ella se encogió de hombros. —Todo el mundo tiene su propio punto de vista.

Él no podía superar el hecho de que ella lo podía escuchar. —Y tú —dijo, estudiando su aspecto inusual—. ¿Qué eres tú?

—No tan reciente.

—Ya veo. ¿Es por eso que tu cabello es de ese color?

Su mano voló hasta su cabeza. —¿Disculpa?

Su cabello era corto, oscuro y puntiagudo, también tenía un extraño matiz morado, un tono púrpura, como si el enjuague de henna se hubiera estropeado.

—Este es el color que tenía cuando morí.

—Oh. Lo siento.

—Toma asiento —dijo ella, palmeando el nuevo montículo de tierra.

—Después de todo, es tu lugar de descansó. Yo sólo me estaba colando por un rato.

—Así que tu eres un... un fantasma —dijo él.

—¿Disculpa?

El deseaba que dejara de usar ese tono tan fastidioso.

—¿Dijiste... fantasma?, Tú eres reciente. No somos fantasmas, cariño —Ella golpeó su brazo varias veces con una larga y puntiaguda uña color púrpura oscuro.

Otra vez se preguntó si esto era por *estar recientemente muerto* pero temió que le pegara si preguntaba.

Luego se dio cuenta que su mano no atravesaba la suya. Ellos efectivamente estaban hechos de la misma cosa.

—Somos ángeles, cariño. Eso es cierto. Los pequeños ayudantes del cielo.

Su tono y tendencia a exagerar ciertas palabras lo estaban empezando a irritar.

Ella apuntó hacia el cielo. —Alguien tiene un retorcido sentido del humor. Siempre escoge a los que menos parecen.

—No lo creo —dijo Tristan—. No lo creo.

—Así que ésta es la primera vez que ves tú nuevo alojamiento. Te perdiste tu propio funeral, ¿ah? Es eso —dijo ella—. Fue un gran error. Yo disfrute cada minuto del mío.

—¿Dónde estás enterrada? —preguntó Tristan, mirando a su alrededor. La piedra a un lado del lote de su familia tenía tallado un cordero, lo cual difícilmente parecía quedarle a ella, y al otro lado, una mujer de apariencia tranquila con sus manos cruzadas sobre su pecho y los ojos levantados hacia el cielo... igualmente una mala elección.

—No estoy enterrada. Por eso te estoy subarrendando.

—No lo entiendo —dijo Tristan.

—¿No me reconoces?

—Eh, no —dijo él, con miedo de que ella le fuera a decir que tenía de alguna forma un parentesco con él, o tal vez que él la había perseguido en sexto grado.

—Mírame por este lado —ella le mostro su perfil.

Tristan la miró en blanco.

—Chico, no tenías mucho de vida, cuando estabas vivo —comentó ella.

—¿Qué quieres decir?

—No salías mucho.

—Todo el tiempo —replicó Tristan.

—No ibas al cine.

—Iba todo el tiempo —contradijo Tristan.

—Pero nunca viste ninguna de las películas de Lacey Lovitt.

—Claro que las vi. Todo el mundo lo hizo, antes de que ella... ¿Eres Lacey Lovitt?

Ella rodo los ojos. —Espero que seas más rápido al deducir tu misión.

—Supongo que es solo que el color de tu pelo es diferente.

—Ya hemos hablado sobre mi cabello —dijo ella, saltando de la tumba. Era raro verla parada contra los árboles del fondo. Los sauces ondeaban sus ramas en la brisa, pero su cabello caía tan quieto como el de una chica en una fotografía.

—Ya lo recuerdo —dijo Tristan—. Tu avión cayó al océano. Ellos nunca te encontraron.

—Imagínate lo plácida que estuve al encontrarme escalando fuera del puerto de Nueva York.

—El accidente fue hace dos años, ¿cierto? —ante eso, ella hundió su cabeza—. Sí, pues... yo recuerdo haber leído sobre tu funeral —dijo Tristan—. Fueron muchas personas famosas.

—Y muchos casi—famosos. La gente siempre está buscando publicidad—, había un toque de amargura en su voz. —Desearía que hubieras podido ver a mi madre, llorando y lamentándose —Lacey asumió una pose como la figura de mármol de la mujer llorando en la última fila—. Habrías pensado que ella había perdido a alguien que amaba.

—Pues, lo hizo si tú eras su hija.

—Eres ingenuo, o no lo eres —era más una declaración que una pregunta—. Podrías haber aprendido algo sobre las personas de haber asistido a tu propio funeral. Tal vez todavía puedas aprender. Hay un entierro al lado este esta mañana. Vamos —dijo ella.

—¿Ir a un entierro? ¿No es eso un poco morboso? —ella se rio de él por encima de su hombro.

—Tristan, nada puede ser morboso, una vez que estás muerto. Además, los encuentro altamente entretenidos. Y cuando no lo son, los hago serlo, y tú pareces como si necesitaras algo que te animara. Vamos.

—Creo que yo paso.

Ella se giró y lo estudió por un minuto, confundida. —Está bien. Qué tal te parece esto: Vi a un grupo de chicas entrar temprano, iban hacia el lado lujoso del lugar. Tal vez eso lo disfrutes más. Buena audiencia, ya sabes, son difíciles de atraer, especialmente cuando estás muerto y nadie puede verte.

Ella comenzó a pasearse formando un círculo.

—Sí, eso sería mucho mejor —ella parecía estar hablando consigo misma tanto como con él—. Eso me anotaría unos cuantos puntos —miró arriba hacia Tristan—. Veras, tontear alrededor de fiestas funerarias no está realmente aprobado. Pero con esto, estaría haciendo un servicio. La próxima vez esas chicas lo pensarán dos veces acerca de tener respeto por los muertos.

Tristan había esperado que otra persona como él aclarara un poco las cosas, pero...

—Oh, ánimo, ¡Mala muerte! —ella empezó a bajar por el sendero.

Tristan la siguió lentamente y trató de recordar si alguna vez llegó a leer que Lacey

Lovitt estaba loca. Lo llevó a una vieja sección del cementerio donde estaban los terrenos familiares que habían sido poseídos hace bastante tiempo, los residentes de Stonehill más acaudalados. A un lado del camino, mausoleos con fachadas como templos en miniatura hundían su parte posterior al interior de las colinas. Al otro lado había jardines como plazas con altos y refinados monumentos y gran variedad de esculturas de mármol. Tristan ya había estado en ese lugar. A petición de Maggie, Caroline había sido enterrada en el lote familiar de los Baines.

—Presuntuoso, ¿verdad?

—Estoy sorprendido de que me subarriendes a mí —comentó Tristan.

—Oh, en mi tiempo llegue a hacer millones —dijo Lacey—. Millones. Pero de corazón soy una simple chica del Bajo Lado Este de Nueva York. Empecé con las novelas, recuerdas, y entonces... pero no hay necesidad de profundizar en el tema. Estoy segura de que ya que me has reconocido, sabrás todo acerca mí.

Tristan no se molestó en corregirla.

—Así que, ¿Qué piensas que tienen esas chicas en mente? —preguntó ella, parándose a mirar alrededor. No había nadie a la vista, solo rocas pulidas, brillantes flores, y un mar de suntuosa hierba.

—Me estaba preguntando lo mismo acerca de ti —contestó él.

—Oh, sólo improvisare. Dudo que seas de mucha ayuda. Todavía no puedes tener verdadera destreza. Probablemente lo único que puedes hacer es quedarte ahí y brillar, como alguna especie de monstruoso ornamento de navidad... eso significa que sólo un creyente o dos podrían llegar a verte.

—¿Solamente un creyente?

—¿Quieres decir que aun no has deducido eso? —ella meneó de forma incrédula la cabeza.

Pero él si lo había deducido; él sólo no deseaba admitirlo, solo no quería que fuera cierto. La anciana había sido una creyente. También lo era Philip. Ambos lo habían visto brillando. Pero Ivy no lo había hecho. Ivy había dejado de creer.

—¿Puedes hacer algo más que brillar? —preguntó Tristan esperanzado.

Ella lo miró como si fuera un completo estúpido. —¿Qué más podrías pensar que he estado haciendo por los últimos dos años?

—No tengo la menor idea, dijo Tristan.

—No me digas arrendatario, no me digas que voy a tener que explicarte acerca de las misiones.

Él ignoró su melodrama. —Ya habías mencionado eso. ¿Qué misiones?

—Tu misión, mi misión —replicó rápidamente—. Cada uno de nosotros tiene una misión. Y tenemos que cumplirla si queremos llegar a donde sea que todos los otros se han ido—. Ella comenzó a caminar otra vez, más bien rápido, y él tuvo que apurarse para poder alcanzarla.

—¿Pero cuál es mi misión?

—¿Cómo podría saberlo yo?

—Pues alguien tiene que decírmelo. ¿Cómo se supone que puedo cumplirla si no tengo idea de lo que es? —dijo frustrado.

—¡No te quejes conmigo al respecto! —dijo ella con brusquedad—. Tu trabajo es descubrirlo —y con una voz más baja añadió—, suele ser una especie de negocio sin resolver. A veces es alguien que conoces y necesita tu ayuda.

—Así que por lo menos tengo dos años para...

—Pues, no, así no es exactamente cómo funciona —dijo ella, haciendo ese gracioso gesto de hundir la cabeza que él ya le había visto hacer. Se movió enfrente de él, y luego paso a través de una cerca de acero cuyas curvadas y oxidadas púas hacían extraños diseños contra la pared de una vieja capilla de piedra—. Vamos a buscar a las niñas.

—Espera un minuto —dijo él, alcanzando su brazo. Ella era la única cosa de la cual se podía agarrar.

—Tienes que decirme. ¿Exactamente cómo es que funciona esta cosa de la misión?

—Pues... bien, se supone que debes descubrirla y completarla lo antes posible. Algunos ángeles tardan unos pocos días, algunos ángeles tardan unos pocos meses.

—Y tú has estado en eso por dos años —dijo él—. ¿Qué tan cerca estas de completar la tuya?

Ella corrió la lengua sobre sus dientes. —No lo sé.

—*Genial* —dijo él—. ¡Genial! No sé qué es lo que estoy haciendo, y finalmente encuentro una guía, solo que a ella le ha tomado ocho meses más que a todos los demás.

¡*El doble del tiempo!* —dijo ella—. Una vez conocí a un ángel que le tomo un año. Verás Tristan, me distraje un poco. Estoy en mis negocios, y veo que estas oportunidades son muy buenas para dejarlas pasar. Algunas de ellas realmente no estan aprobadas por completo.

—¿Algunas de ellas? ¿Cómo cuales? —preguntó Tristan sospechando de ella.

Se encogió de hombros. —Una vez lancé el candelabro de la iluminación de una escenografía sobre la cabeza del idiota de mi ex—director... lo hice de forma que fallara el blanco, por su puesto. Siempre había sido un gran fanático del Fantasma

de la Opera... a eso me refiero con una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Y eso es lo que me suele suceder. Estoy dos puntos más cerca, entonces algo surge, y estoy tres puntos de vuelta sin realmente llegar a descifrar nunca cual es mi misión. Pero no te preocupes probablemente tú tienes más disciplina que yo. Para ti será como chasquear los dedos

Voy a despertarme, pensó Tristan, y esta pesadilla se habrá terminado. Ivy estará recostada entre mis brazos...

—¿Cuánto quieres apostar a que esas chicas están dentro de la capilla?

Tristan miró al edificio gris de piedra. Sus puertas habían estado cerradas con pesadas cadenas desde que él era un niño pequeño.

—¿Hay alguna forma de entrar?

—Para nosotros siempre hay una forma de entrar. Para ellas, una ventana rota en la parte de atrás. ¿Alguna petición especial?

—¿Qué?

—¿Algo que quisieras verme hacer?

Despiértame, pensó Tristan. —Eh, no.

—Sabes, no sé que tengas en mente, Trist, pero actúas mas muerto que la muerte.

Luego se deslizo a través del muro. Tristan la siguió.

La capilla estaba oscura a excepción por un cuadrado de iluminación verde donde la ventana de la parte de atrás estaba quebrada. Hojas secas y escayola quebradiza estaban dispersas por el suelo, junto con botellas rotas y cigarrillos. Ramas de madera estaban trinchadas con iniciales y ennegrecidas con símbolos que Tristan no lograba descifrar.

Las chicas, que él dedujo eran de once o doce años, estaban sentadas formando un círculo en el área del altar y reían nerviosas.

—Está bien, ¿A quién vamos a invocar? —preguntó una de ellas. Se miraron unas a otras, y luego sobre sus hombros.

—Jackie Onassis —dijo una chica con una cola de caballo color café.

—Kurt Cobain —sugirió otra.

—Mi abuela.

—Mi tío abuelo Lennie.

—¡Ya lo sé! —dijo una pequeña rubia pecosa—. ¿Qué tal les parece a Tristan Carruthers?

Tristan pestañeo.

Demasiado sangriento, dijo la líder.

—Sí —dijo la morena, separando su cola de caballo en dos largas mitades—. Él probablemente tendría cuernos saliendo de la parte de atrás de su cabeza.

—¡Ew, asqueroso!

Lacey rió por lo bajo.

—Mi hermana estaba enamorada de él —dijo la rubia pecosa.

Lacey sacudió sus pestañas en dirección a Tristan.

—Una vez, cuando estábamos tonteando alrededor de la piscina, él, como que, nos chiflo con el pito. ¡Fue tan genial!

—¡Estaba buenísimo!

Lacey bajó el dedo por su garganta y rodo los ojos.

—Aun así, podría ser sangriento —dijo una pelirroja—. ¿A quién más podríamos invocar?

—Lacey Lovitt.

Las chicas se miraron unas a las otras. ¿Cuál de ellas lo había dicho?

—La recuerdo. Estuvo en Luna Oscura Andando.

—Luna Oscura Ascendiendo.

Tristan se dio cuenta que era la voz de Lacey, sonando igual pero diferente, de la forma en que suena un programa de televisión pero diferente a la de una persona viva. La estaba produciendo de alguna manera en que todos podían escucharla.

Las chicas miraron alrededor, un poco asustadas.

—Vamos a juntar las manos —dijo la líder—. Estamos invocando a Lacey Lovitt. Si estás aquí, Lacey, danos una señal...

—Nunca me gustó Lacey Lovitt.

Tristan vio un destello en los ojos de Lacey.

—Shhh. Ahora los espíritus están entre nosotros.

—¡Los veo! —dijo la pequeña rubia—. ¡Veo su luz! Son dos de ellos.

—¡También yo!

—Yo no los veo —dijo la chica de la cola de caballo café.

—Vamos a invocar a otro diferente de Lacey Lovitt.

Si, ella era odiosa.

Ahora fue Tristan quien rió por lo bajo.

—Me gusta esa chica en Flecha de Luna. La que tomó su lugar.

—A mí también —dijo la pelirroja.

—Actúa mucho mejor. Y tiene mejor cabello.

La risa de Tristan se suavizó. Miró con recelo a Lacey.

—Bueno, ella no está muerta —dijo la líder—. Estamos invocando a Lacey Lovitt. Si estás aquí, Lacey, danos una señal.

Empezó con un lento remolino de polvo. Tristan vio que la misma Lacey se hacía menos visible cuando el remolino de polvo comenzó a levantarse. Luego el polvo bajó y ella volvía a estar allí, corriendo alrededor del círculo, jalándoles el cabello.

Las chicas gritaron y agarraron sus cabezas. Ella pellizco a dos, luego recogió sus suéteres y los lanzó de un lado a otro.

Pero esta vez las chicas estaban de pie, todavía gritando, y corriendo hacia la ventana abierta.

Botellas vacías volaron sobre sus cabezas y golpearon contra el muro de la capilla.

En tan solo un momento las chicas ya se habían ido, sus gritos quedaron tras de ellas como el débil canto de pájaro.

—Bueno —dijo Tristan cuando volvía a estar silencioso—. Creo que todos deberíamos estar agradecidos de que no hubiera ningún candelabro por aquí. ¿Te estás sintiendo mejor?

¡Pequeñas marionetas!

—¿Cómo hiciste eso? —le preguntó.

—He visto a esa nueva actriz. Ella apesta.

—Estoy seguro —dijo Tristan—. Que no puede estar ni un poco cerca de ser tan dramática como lo eres tú. Estabas jalando y lanzando. ¿Cómo lo has hecho? Yo no puedo hacer nada con mis manos.

—¡Averígualo por tí mismo! —ella seguía echando humo—. ¡Mejor cabello! —jaló tiras de la cosa morada—. Este es mi propio estilo personal—, fulminó con la mirada a Tristan.

Él le respondió con una sonrisa.

—En cuanto a cómo uso mis manos —dijo ella—. ¿En verdad crees que desperdiciaría mi precioso tiempo enseñándote a ti?

Tristan asintió. —Es difícil conseguir una buena audiencia —le recordó—, especialmente cuando estás muerto y nadie puede verte.

Luego la dejó enfurruñándose en la capilla. Él dedujo que ella sabría como localizarlo y lo haría cuando estuviera lista.

Afuera de vuelta al sol del medio día, Tristán pestañeo. Aunque no sentía cambios de temperatura, parecía ser muy sensible a la luz y a la oscuridad. En la oscuridad de la capilla había visto auras rodeando las chicas, y ahora, en el paisaje sombreado por árboles, los rayos de sol parecían intensamente brillantes.

Tal vez por eso fue que confundió al visitante con Gregory. La manera en que se movía, su pelo oscuro, y la forma de su cabeza convencieron a Tristan de que Gregory se alejaba caminando del terreno de la familia Baines. Luego el visitante, como si hubiera sentido que alguien lo observaba, se giró.

Él era mucho mayor que Gregory, de cuarenta y tantos, y su rostro estaba retorcido con satisfacción. Tristan estiró una mano en su dirección, pero el hombre se giró y siguió caminando.

Lo mismo hizo Tristan, pero no antes de notar, en el fresco montículo verde de la tumba de Caroline, una rosa roja de tallo largo.





Capítulo 15



Traducido por evelin

Corregido por Tati Chenu xD

Lacey encontró a Tristan de nuevo al final de la tarde. Ella lo llamó por su nombre, sobresaltándolo mientras caminaba por el borde de una colina. Él levantó la mirada para verla sentada en un árbol.

—Hermosa vista, ¿verdad? —dijo Lacey.

Tristan asintió y miró de nuevo la caída pedregosa. La tierra se deslizaba abruptamente a unos dos o tres pies de altura. Él recordaba haber visto en el comienzo de la primavera los rieles plateados y el techo de la única estación de tren en el valle, pero ahora estaban ocultos. Sólo pequeñas manchas azules del río se veían destellando entre los árboles.

—No sé por qué estoy tan atraído por este lugar.

Lacey ladeo la cabeza. —Estoy segura de que no tiene nada que ver con el hecho de que Ivy vive aquí —ella dijo sarcásticamente.

—¿Cómo supiste sobre Ivy?

La chica hizo un limpio desenvolvimiento y cayó del árbol.

—Leí sobre ella, por supuesto —Lacey caminaba al lado de él—. Leí todo acerca del accidente. Tengo la costumbre de pasar por la estación cada mañana y leer el periódico con los viajeros. No me gusta estar desinformada. Además, eso me ayuda a mantener la fecha exacta.

—Hoy es Domingo, 10 de julio —dijo Tristan.

—¡Brrrrt! —ella hizo un sonido como si fuera un timbre en un juego de espectáculo y partió en dos una ramita del árbol.

—Martes, 12 de Julio.

—No puede ser —dijo Tristan. Él extendió la mano pero no pudo arrancar una hoja, mucho menos romper una rama.

—¿Caíste en la oscuridad en el último par de días?

—Anoche —respondió él.

—Más bien hace tres noches —le dijo ella—. Pasará, con el tiempo construirás tu fuerza y la necesidad de descansar se hará cada vez menor. Excepto, por supuesto, cuando haces trabajos sofisticados.

—Trabajos sofisticados. ¿Cómo qué?

Ella esperó hasta tener toda su atención, luego le dijo. —Mírame.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—Apártate un poco y mira atentamente. ¿Qué estoy perdiendo?

—¿Prometes no jalar mi cabello?

Ella frunció el ceño. Fue un buen ceño, pero no duro mucho tiempo —estaba sólo actuando.

—Mira a esa gata —dijo ella.

El miró fijamente por encima de su hombro. —¡Ella!

—Mira el césped al lado de la gata y mira el césped a mi lado.

Él miró. —No tienes sombra.

—Tampoco tú.

—Estas hablando en voz alta —observó él—. Yo reconozco ese sonido y vi que las orejas de Ella dieron un pequeño golpecito en tu dirección.

—Ahora, observa con cuidado el césped detrás de mí —le ordenó y cerró sus ojos. Lentamente, como un agua oscura la sombra se filtro sobre el césped. Así como ella lentamente perdió su luminosidad característica. Ella cautelosamente dio una vuelta a su alrededor, luego dos. Entonces se frotó contra la pierna de Lacey y no se cayó.

—¡Eres solida! —exclamó Tristan. —¡Sólida! ¡Cualquiera podría verte! Enséñame cómo hacerlo. Si puedo hacerme solido, Ivy me verá, sabrá que estoy aquí por ella, ella sabrá...

—Whoa —Lacey lo interrumpió. Luego su proyectada voz comenzó a desvanecerse—. Estaré contigo en un minuto.

Su sombra desapareció. Y luego ella desapareció por completo.

—¿Lacey? —Tristan dio vuelta—. ¿Lacey donde estás? ¿Estás bien?

—Sólo estoy cansada —su voz era reducida. Su cuerpo apareció de nuevo pero era casi traslucido. Ella yacía hecha una bola en el césped—. Dame unos minutos.

Tristan iba y venía, mirándola con preocupación.

De repente ella saltó a la vista, viéndose de nuevo. —Es así — dijo ella—. —Para los ángeles transitorios —como tú y yo, cariño—, toma toda la energía que tenemos y mucha experiencia materializarse completamente y hablar al mismo tiempo, bueno, sólo un profesional puede hacer eso.

—Lo que significa que tú eres una profesional —dijo él.

—Por lo general yo sólo materializo partes de mí, como mis dedos, cuando quiero algo —jalar cabello o desorganizar el papel de las reseñas de películas.

—¡Enséñame! —dijo Tristan fervientemente—. ¿Me indicarás como hacerlo?

—Tal vez.

Ellos tenían una completa visión de la parte posterior de la casa. Tristan se quedó mirando la ventana abuhardillada que daba a la sala de música de Ivy.

—Así que aquí es donde vive la chica —dijo Lacey—. Supongo que debería pensar que es refrescante que un chico se vuelva un tonto por una chica.

Él vio los labios de Lacey curvarse por el disgusto.

—No veo porque deberías pensar algo sobre eso. Esto no tiene nada que ver contigo —respondió Tristan—. ¿Vas a enseñarme?

—Oh, ¿por qué no? Tengo tiempo para matar.

Buscaron un rincón oculto entre los árboles y se sentaron, Ella los siguió lentamente detrás de ellos.

Lacey comenzó a acariciar la gata y Ella la premio con su pequeño y amable ronroneo. Cuando Tristan miro de cerca, pudo ver que las puntas de los dedos de Lacey no brillaban. Ellos eran bastante sólidos.

—Todo lo que se requiere es concentración —dijo Lacey—. Intensa concentración. Mira las puntas de tus dedos, míralos fijamente como una manera para mantenerte concentrado. Casi los harás aparecer.

Tristan extendió su mano hacia Ella. Él se obligo a sacar todo de su mente, centrándose en las puntas de los dedos. Sintió una ligera sensación de hormigueo, del tipo de pinchazos con agujas que él usaba cuando se le dormía el brazo. La sensación se hizo más y más fuerte en sus dedos. Luego otro tipo de hormigueo comenzó en su cabeza, era una sensación que no le gustaba. Comenzó a

desfallecer. Todo su ser, a excepción de sus dedos se sentía como si fuera a derretirse. Él retrocedió.

Lacey chasqueo. —Has perdido la fuerza.

—Lo intentaré de nuevo.

—Es mejor que descanses un segundo.

—¡No necesito descansar!

Eso era humillante, después de ser fuerte e inteligente durante toda su vida —el profesor de natación, el tutor de matemáticas—, tenía que aceptar lecciones de esta chica sabelotodo con algo tan simple como acariciar una gata.

—Parece que no soy la única alrededor con un gran ego —observó Lacey con satisfacción—.

Tristan ignoró el comentario. —¿Qué estaba ocurriéndome? —preguntó.

—Toda tu energía estaba siendo desviada a las puntas de tus dedos —dijo ella—, lo que hace que el resto de ti se sienta débil, o como si te estuvieras disolviendo o algo parecido.

Él asintió.

—Cuando construyas tu fuerza no será un problema —ella añadió—. Si alguna vez llegas al punto de materializar todo tu ser o de proyectar tu voz —aunque, francamente, dudo que lo hagas—, tendrás que aprender a extraer la energía de tus alrededores. Yo precisamente la succiono de allí.

—Suenas como un alíen sacado de una película de terror y ciencia ficción.

Ella asintió. —Labios del Planeta Índigo. Sabes, estuve muy cerca de ganar un Oscar por eso.

Divertido, Tristan recordaba la película como una bomba de taquilla.

—Ahora, ¿Quieres intentar de nuevo?

Tristan extendió su mano. En cierto modo, era como tratar de encontrar su pulso, como tenderse en una cama y escuchar su propio corazón: él de repente comenzó a darse cuenta de la energía que viajaba y la dirigía a través de él, esta vez con frialdad y calma, hasta las puntas de sus dedos. Ellos perdieron su brillo.

Entonces él la sintió. Suave, sedosa, con un profundo pelaje. Ella comenzó a ronronear fuerte como si el trazara todos los lugares favoritos para ser acariciados. Ella rodó sobre su espalda. Tristan rió. Cuando le rasco la pancita, su —motor—, parecía tan ruidoso como una pequeña turbina de un avión.

Luego él perdió su toque. La luz del sol se puso gris. Ella paró de ronronear. Todo lo que él podía hacer era quedarse quieto y esperar, succionando el aire a su alrededor como alguien que trata de recuperar su aliento, aunque no lo conseguía.

—¡Excelente! —dijo Lacey—. No tenía idea de que fuera tan buena profesora.

El color regreso al césped y a los árboles. El cielo ardía de color azul de nuevo. Solo Ella, se paró y olfateó el aire, mostro señales de que algo no estaba del todo bien. Tristan se dio la vuelta hacia Lacey, agotado. —No seré capaz de alcanzarla. Si eso es todo lo que puedo hacer no voy a poder llegar a ella.

—¿Estamos hablando de la chica otra vez?

—Tú sabes su nombre.

—Ivy. Símbolo de la fidelidad y del recuerdo. ¿Hay algún mensaje que estas tratando de enviarle?

—Tengo que convencerla de que la amo.

—¿Eso es todo? —Lacey hizo una mueca—. ¿Eso es todo?

—Creo que esa probablemente es mi misión —dijo Tristan.

—Oh, por favor.

—Sabes, me estoy cansando de tu sarcasmo —le dijo Tristan.

—Yo no disfruto de tu estupidez —respondió ella—. Tristan, eres ingenuo si piensas que el Director Numero Uno pasaría todos los problemas de hacerte un ángel para que pudieras convencer a una chica de que la amas. Las misiones nunca son tan simples, nunca son fáciles.

Él quería pelear con ella, pero la mano que ella agitaba melodramáticamente se detuvo. Ahora estaba seria.

—Todavía no lo entiendo —dijo él—. ¿Cómo se supone que voy a descubrir mi misión?

—Mira. Escucha. Quédate cerca de la gente que conozcas o de la gente por la que te sientas atraído ellos probablemente son las personas por las que has sido enviado a ayudarlas.

Tristan comenzó a preguntarse quién en su vida podría necesitar ayuda especial.

—Es algo así como ser un detective —dijo Lacey—. El inconveniente es que esto no sólo es ver quien-lo-hizo. Es ver quien-hizo-qué. Muchas veces no sabes cuál es el problema por el que has sido enviado a resolver. Algunas veces el problema todavía no ha sucedido tienes que salvar a la persona de algún desastre que va a ocurrir en el futuro.

—Tienes razón —dijo Tristan—. No es algo sencillo.

Ellos habían caminado más allá de la pista de tenis, hacia el frente de la casa. Ella quien los había estado siguiendo, corrió a toda prisa hasta los escalones.

—Incluso si algo ocurre en el futuro —continuó Lacey—, la clave es a menudo ocultarte en tu propio pasado. Afortunadamente, el viaje en el tiempo no es tan difícil.

Tristan levantó las cejas. —¿El viaje en el tiempo?

Lacey saltó hacia el coche de Gregory, el cual estaba en la calzada delante de la casa.

—Quiero decir, viajar hacia atrás en tu mente. Hay muchas cosas que olvidamos si tenemos en cuenta solo el presente. Hay muchas pistas que nosotros no tomamos en cuenta que están en el pasado, pero todavía están allí y solo pueden ser encontradas de nuevo cuando viajamos hacia atrás en nuestras mentes.

Mientras Lacey hablaba tendida en el capó del BMW. Ella miró a Tristan como si fuera Morticia Addams haciendo un comercial de coches.

—Quizá —ella trato de molestarlo—. También te enseñé como viajar en el tiempo. Por supuesto, viajar hacia atrás en la mente de alguien más, no es algo para un aficionado como tú. Hay algo muy peligroso en todo esto —añadió ella—. Oh, anímate.

—No estoy deprimido. Estoy pensando.

—Entonces levanta la mirada —dijo ella.

Tristan miro hacía la puerta principal. Ivy estaba allí parada, mirando hacía la calzada como si estuviera esperando a alguien.

—¡Es mi dama, o, es mi amor! ¡O, si ella lo supiera! —dijo Lacey.

Tristan mantuvo sus ojos en Ivy. —¿Qué?

—Romeo y Julieta. Acto dos, escena dos. Adicione para eso, ya sabes, para Shakespeare en el Parque. El director de casting me quería.

—Bien —dijo Tristan vagamente. Él deseaba que ella lo dejara solo. Todo lo que él quería era estar solo, para deleitarse mirando a Ivy, ella estaba parada en el porche, con su cabello color cobre que se mecía cuando graciosamente se fue a la parte superior de los escalones y cogió a Ella.

—El director dijo que mi tipo de talento era para morir.

—Genial —dijo Tristan—. Si solamente los gatos pudieran hablar, pensó. Dile, Ella, dile lo que sabes.

—El productor, que era el artista principal, dijo que él quería a alguien que tuviera un rostro más *clásico*, alguien con una voz que no caería en el acento de New York.

Ivy todavía estaba parada en el porche, abrazando con suavidad a Ella y mirando hacia él. Tal vez ella creía, pensó Tristan. Tal vez ella tenía una leve sensación de su presencia.

—Ese productor se encuentra en New York por un par de semanas, está teniendo una gira. Pensé en hacerle una visita.

—Genial —repitió Tristan—. Él volteo su cabeza cuando Ivy lo hizo, oyendo el zumbido de un pequeño coche subiendo a la cima de la colina.

—Pensé en matarlo —agregó Lacey—, a causa de un terrible accidente que lo mataría inmediatamente.

—Fantástico.

—¡Eres patético! —dijo ella—. ¡Eres realmente patético! ¿Eras así de enamorado cuando estabas en vida? Solo puedo imaginar cuando aún tenías todas esas hormonas bombeando a través de ti.

Él se dio vuelta hacia ella totalmente enojado. —Mira —dijo—, no eres mejor que yo. Yo estoy enamorado de Ivy, tú estás enamorada de ti misma. Los dos estamos obsesionados, así que aléjate.

Por un momento Lacey no dijo nada. Sus ojos cambiaron ligeramente. Una cámara no hubiera podido capturar el parpadeo de sus heridos sentimientos. Pero Tristan si lo hizo y se dio cuenta que esta vez ella no estaba actuando, se arrepintió por sus palabras.

—Lo siento.

Lacey se apartó. Él pensó que ella se iría en cualquier momento, dejándolo andar a tientas en busca de su misión.

—Lacey, lo siento.

—Bien, bien, bien —dijo ella.

—Es solo que...

—¿Quiénes son esas? —ella lo interrumpió—. ¿Tweedledee y Tweedledum¹ vinieron a darle las condolencias a tu chica?

Él se dio vuelta para ver a Beth y a Suzanne salir del coche. Resulto que las dos estaban vestidas de color negro, pero a Suzanne siempre le había gustado el negro, especialmente el que parecería desgastado y eso era lo que ella estaba vistiendo, era un vestido si mangas negro. Beth, en cambio, estaba vistiendo la típica ropa de Beth: con un pequeño cambio, el vestido era negro con unas pequeñas flores blancas, cuyo dobladillo se elevaba solo a unas pocas pulgadas de sus sandalias de plástico rojo.

—Son sus amigas, Beth y Suzanne.

—Esa es definitivamente un radio —dijo Lacey.

—¿Un radio?

—La chica que luce como si estuviera vistiendo una cortina de ducha.

—Beth —dijo él—. Ella es una escritora.

—Como lo dije, una radio de nacimiento.

Tristan miró a Ivy saludar a sus amigas y dirigirlas hacia el interior de la casa.

—Vamos —dijo Lacey, brincando hacia adelante—. Esto va a ser divertido.

El se quedó atrás. Ya había visto el tipo de diversión de Lacey.

—¿Quieres decirle que la amas, o no? Este será un buen entrenamiento para ti, Tristan. Tienes que hacerlo, la chica en realidad es un radio. Los buenos radios ni siquiera tienen que creer —añadió ella—. Ellos son receptivos a todo tipo de cosas, entre esas son receptivos a los ángeles. Puedes hablar a través de ella, por lo menos, puedes escribir a través de ella. ¿Sabes lo que es la escritura automática, verdad?

Él había oído sobre eso. Los Médiums lo hacían, con sus manos supuestamente escribían usando la voluntad de alguien más, transmitiendo mensajes de los muertos.

—¿Quieres decir que Beth es como un médium?

—Una inexperta. Un radio natural. Ella te transmitirá si no lo hace hoy, entonces lo hará mañana. Solo tenemos que establecer el enlace y te tienes que deslizar en su mente.

—¿Deslizarme en su mente? —preguntó él.

—Es muy simple —dijo Lacey—. Todo lo que necesitas es pensar exactamente como ella, ver el mundo en la manera que Beth lo ve, sentir como Beth siente, amar a quien sea que ella ame, desear sus más profundos deseos.

—De ninguna manera —dijo Tristan.

—En pocas palabras, tienes que adoptar el punto de vista del radio y entonces te deslizas directamente en su interior.

—Obviamente tú no conoces la manera en la que la mente de Beth funciona —dijo Tristan—. Nunca antes has visto sus historias. Ella escribe sobre tórridos romances.

—Oh... ¿te refieres al tipo de romances en donde el amante mira fijamente con nostalgia a su amada, con los ojos llenos de sentimientos, con su corazón adolorido de manera que él no puede ver u oír a nadie más?

—Exactamente.

Lacey inclino hacia atrás su cabeza y se rió. —Tienes razón. Tú y Beth son ciertamente diferentes.

Tristan no dijo nada.

—Si realmente amabas a Ivy, lo intentarías. Estoy segura que los amantes en las historias de Beth no permitirían que un pequeño desafío como este los detuviera.

—¿Qué tal Philip? —dijo Tristan—. Él es el hermano de Ivy. Y puede verme brillar.

—¡Ah! Has encontrado un creyente —dijo ella.

—Un radio, estoy seguro —le dijo Tristan.

—No necesariamente. No hay una conexión real entre creer y ser un radio.

—¿Podemos intentarlo primero con él?

—Claro, podemos desperdiciar tiempo —dijo ella y se deslizó dentro de la casa.

Philip estaba en la cocina haciendo brownies en el microondas. Sobre el mostrador al lado de su tazón estaban unas tarjetas adhesivas de béisbol y un catálogo abierto en una imagen con diferentes bicicletas de montaña para chicos. Tristan estaba confiado. Este era un punto de vista que él conocía muy bien.

—Quédate detrás de él —le aconsejó Lacey—. Si él nota tu resplandor, lo distraerá. Él comenzará a buscar y tratará de entender lo que pasa. Se concentrará en el exterior tan duramente que no estará abierto para que cualquier cosa pueda entrar en él.

En realidad, permanecer detrás de Philip lo ayudo en otra manera. Tristan leyó las instrucciones de la caja por encima del hombro de Philip. Pensó sobre el próximo paso que él debería hacer y como los brownies, olerían cuando los horneará, como sabrían, serían cálidos y desmenuzables, recién sacados del horno. Él quería lamer la cuchara con el chocolate crudo. Philip la lamió.

Tristan sabía quién era y al mismo tiempo sentía que era alguien más, igual a la

manera en la que se había sentido a veces cuando leía una buena historia. Esto era fácil. —Philip, es un radio yo...

¡Wham! Tristan se tambaleo hacia atrás, como si hubiera caído de frente contra una pared de cristal. No la había visto, había estado totalmente desprevenido, hasta que lo golpeó en la cara. Por un instante, él se quedó atónito.

—Puede ser un poco tosco a veces —dijo Lacey, observándolo—. Supongo que ahora está claro para ti. Philip no quiere dejarte entrar.

—Pero yo era su amigo.

—Él no sabe que eres tú.

—Si él me dejará hablarle, lo sabría —argumentó Tristan.

—No funciona de esa manera —dijo ella—. Te lo advertí. Estoy mejorando al momento de decir quiénes son radios y quiénes no. Puedes intentarlo con él de nuevo, pero estará listo esta vez y podría ser aun más difícil entrar. No quieres un radio que luche contra ti. Intenta con Beth.

Tristan caminaba de un lado a otro. —¿Por qué no intentas tú con Beth

—Lo siento.

—Pero —él pensó rápido—, eres una gran actriz, Lacey. Es por eso que este tipo de cosas son fáciles para ti. El trabajo de una actriz es asumir un papel. Las más grandes como tú, no se limitan. No, ellas se convierten en otra persona. Esa es la razón por la que haces esto demasiado bien.

—Buen intento —dijo ella—. Pero Beth es tu radio la única a la que le puedes enviar mensajes. Tiene que hacerlo por ti mismo. Esa es la forma en la que esto funciona.

—Esto nunca parece trabajar de la manera que yo quiero que lo haga —se quejó él.

—También te has dado cuenta de eso —remarcó ella—. Asumo que sabes cómo llegar a la morada de tu dama.

Tristan se abrió camino hacia la habitación de Ivy. La puerta estaba entreabierta. Ella, todavía los seguía, empujó la puerta y entró; ellos atravesaron las paredes.

Suzanne estaba sentada en frente del espejo de Ivy, rebuscando en una caja de joyas que estaba abierta, probándose collares y aretes. Ivy estaba tirada en la cama, leyendo un fajo de papeles —una de las historias de Beth, se imaginó Tristan. Beth estaba caminando de un lado a otro por la habitación.

—Al menos consíguete un lápiz con incrustaciones de joyas —dijo Suzanne—, si vas a continuar llevando el cabello de esa forma.

Beth alcanzó el nudo de cabello en su cabeza y sacó a la fuerza un lápiz.

—Lo olvide.

—Te estás poniendo cada vez peor, Beth.

—Todo es demasiado interesante. Courtney jura que su hermana pequeña está diciendo la verdad. Y cuando algunos de los chicos regresaron a la capilla, encontraron uno de los suéteres de las chicas colgando en lo alto sobre un candelabro de pared.

—Las chicas pudieron haberlo arrojado allí —indicó Suzanne.

—Mmm. Tal vez —dijo Beth, y sacó un cuaderno de su bolso.

Lacey se dio vuelta hacia Tristan. —Ahí está tu entrada. Ella está pensando sobre lo de esta mañana. No podría haber sido más fácil para ti.

Beth hizo rodar su lápiz de ida y vuelta entre sus dedos. Tristan se acercó. Suponiendo que ella estaba tratando de imaginar la escena, él recordó la manera en la que había mirado en la capilla, moviéndose de la brillante luz exterior hasta la oscuridad. Él vio las chicas estableciéndose en el área del altar. Las historias de Beth siempre tenían un montón de detalles. Él recordó los restos de los escombros en el suelo e imaginó como la humedad piedra se sentiría por debajo de las piernas de las chicas, imaginó como su piel podría punzar si una corriente de aire entraba

por la ventana, o cómo reaccionarían si pensaban que sentían arañas en sus piernas.

Él estaba en escena, saliéndose de sí mismo y entró. ¡Whoa! Ella no lo había cerrado como Philip, pero el retrocedió con prontitud y firmeza. Beth se paró, se alejó varios pasos y miró hacia el lugar en donde había estado escribiendo.

—¿Ella me ve? —le preguntó Tristan a Lacey—. ¿Ve mi resplandor?

—No lo creo, ella no está prestando atención al mío. Pero sabe que algo está sucediendo. Llegaste con mucha fuerza.

—Estaba tratando de pensar en la manera que ella lo haría, dándole algunos detalles. Ella ama los detalles.

—Te precipitaste hacia ella. Lo sabe y no se siente bien. Aléjate un poco.

Pero a continuación Beth comenzó a escribir, describiendo las chicas en el círculo. Algunos de sus detalles estaban allí —ya fuera por su sugerencia o por la propia creación de ella, él no estaba seguro—, pero no pudo resistir ir un poco más allá. ¡Bum! Esta vez la barrera le llegó con fuerza, con tanta fuerza que Tristan realmente cayó hacia atrás.

—Te lo advertí —dijo Lacey.

—Beth, estas tan nerviosa como la gata —dijo Suzanne.

Ivy levantó la mirada de su historia. —¿Tan nerviosa como Ella? Ha estado actuando realmente extraña últimamente.

Lacey negó con el dedo hacia Tristan. —Escúchame. Tienes que ir despacio. Imagina que Beth es una casa y tú eres un ladrón que va a entrar en ella. Tienes que tomarte tu tiempo. Tienes que arrastrarte. Encuentra lo que necesitas en su sótano, en su subconsciente, pero no molestes a la persona que vive arriba. ¿Entendido?

Él lo entendió, pero se mostró reacio a intentarlo de nuevo. La fuerza de la mente

de Beth y la franqueza con que la barrera lo golpeó era mucho mayor al golpe de Philip.

Tristan se sintió frustrado, no podía enviarle el más simple mensaje a Ivy. Ella estaba tan cerca, tan cerca que... podía pasar su mano a través de la de ella, pero no podría sentir el toque. Podía tenderse a su lado, pero no encontraría consuelo. Decir un chiste para hacerla sonreír, pero nunca sería escuchado. Él no tenía lugar en su vida ahora y tal vez eso era lo mejor para ella, pero para él era vivir en la muerte.

—¡Wow! —dijo Beth—. ¡Wow! ¡Si me permiten decirlo! ¿Qué les parece esto para la primera línea de una historia?: Él no tenía lugar en su vida ahora, y tal vez eso era lo mejor para ella, pero para él era vivir en la muerte.

Tristan vio las palabras en la página como si él estuviera sosteniendo el cuaderno en sus propias manos. Y cuando Beth se dio vuelta para mirar la foto de él en el escritorio de Ivy, él también lo hizo.

Si tan sólo lo supieras, él pensó. —Si sólo — ella escribió—, sí sólo, sí sólo, si sólo... —Beth parecía estar atascada.

—Ese es un buen comienzo —dijo Ivy, dejando a un lado la historia escrita a máquina que tenía en manos—. ¿Qué viene después?

—Sí sólo.

—Si sólo ¿qué? —preguntó Suzanne.

—No lo sé —dijo Beth.

Tristan vio la habitación a través de los ojos de ella, que bonito era, ver como Ella estaba mirándola fijamente, como Suzanne y Ivy intercambiaban miradas, y luego se encogieron de hombros.

Si sólo Ivy supiera como la amaba. Él pensó las palabras lo más claramente posible.

—Si sólo fuera libre... —ella paró de escribir y frunció el ceño. Él pudo sentir la perplejidad como si se hiciera una arruga en su propia frente.

—Ivy, Ivy, Ivy —dijo él—. Si tan sólo Ivy.

—Beth, te ves muy pálida —observó Ivy—. ¿Estás bien?

Beth parpadeó varias veces. —Es como si alguien más estuviera haciendo las palabras para mí.

Suzanne hizo pequeños sonidos de rechifla.

—¡No estoy loca! —dijo Beth.

Ivy se acercó a Beth y la miró a los ojos; la miraba fijamente. Pero él sabía que ella no lo veía.

—Pero ella no vio —Beth escribió. Luego borró y volvió a escribir, leyendo en voz alta mientras decía—, *Él no tenía lugar en su vida y tal vez eso era lo mejor para ella, pero para él era una miserable vida en la muerte. Si tan sólo ella lo liberará...de su prisión de amor. Pero ella no lo sabe, no ve la llave que estaba en sus manos* —Beth levantó el lápiz un momento—. ¡Estoy de suerte! —exclamó.

Comenzó a escribir de nuevo. —En sus dulces, amorosas y compasivas manos, esas manos que ayudaban, que sanaban y que abrigaban la esperanza...

Oh, vamos, pensó Tristan.

—Cállate —Beth le contestó.

—¿Qué? —dijo Ivy, con los ojos bien abiertos.

—Estas resplandeciendo...

Todo el mundo se dio vuelta para mirar a Philip, que estaba parado por fuera de la puerta de Ivy.

—Estas resplandeciendo, Beth —dijo Philip.

Ivy le dio la espalda. —Philip, te dije que no quiero oír nada más acerca de eso.

—¿Acerca de que estoy resplandeciendo? —preguntó Beth.

—Él cree en los ángeles y esas cosas —explicó Ivy—. Dice que ve colores, cosas y piensa que son ángeles. ¡No puedo soportarlo más! ¡No quiero oírlo más! ¿Cuántas veces tengo que decirte eso?

Al escuchar sus palabras, Tristan perdió su corazón. Sus esfuerzos lo habían llevado más allá del agotamiento; la esperanza era todo lo que lo estaba sosteniendo. Ahora se había ido.

Beth sacudió con fuerza la cabeza y entonces él estaba fuera de ella una vez más. Philip mantuvo los ojos en Tristan, siguiéndolo hasta que él se acercó a Lacey.

—Caramba —dijo Suzanne, guiñándole un ojo a Beth—, me pregunto de donde Philip aprendió acerca de los ángeles.

—Ellos te han ayudado en el pasado, Ivy —dijo Beth suavemente—. ¿Por qué ahora no pueden ayudarlo a él?

—¡Ellos no me ayudaron! —exclamó Ivy—. Si los ángeles fueran reales, si los ángeles fueran nuestros guardianes, ¡Tristan estaría vivo! Pero él se ha ido. ¿Cómo puedo seguir creyendo en ángeles? —sus manos se cerraron formando apretados puños. La tormentosa mirada en sus ojos se había convertido en un verde intenso y ardían con certeza, la certeza de que no existían los ángeles.

Tristan se sentía como si estuviera muriendo de nuevo.

Suzanne miró a Beth y se encogió de hombros. Philip no dijo nada. Tristan vio ese familiar movimiento en su mandíbula.

—Es un polluelo terco —señaló Lacey.

Tristan asintió. Philip todavía seguía creyendo, Tristan esperó un poco.

Luego Ivy sacó una bolsa de plástico de su bote de basura. Ella comenzó a quitar los ángeles de sus estantes.

—Ivy, ¡no!

Pero sus palabras no la detendrían.

Philip la jaló del brazo fuertemente. — ¿Puedo quedármelos?

Ella lo ignoró.

— ¿Puedo quedármelos, Ivy?

Tristan escuchó el vidrio rompiéndose dentro de la bolsa. Las manos de Ivy se movían constantemente, tratando de quitar los ángeles, pero ella todavía no había tocado a Tony y al ángel de agua.

—Por favor, Ivy.

Por fin se detuvo. —De acuerdo. Puedes quedártelos —dijo ella—, pero tienes que prometerme, Philip, que nunca me hablarás de ángeles de nuevo.

Philip miró pensativamente los dos últimos ángeles. —De acuerdo. Pero, ¿qué pasa si...?

—No —dijo ella firmemente—. Ése es el trato.

Él cuidadosamente agarró a Tony y al ángel de agua. —Lo prometo.

El corazón de Tristan se hundió.

Cuando Philip se había ido, Ivy dijo: —Se está haciendo tarde. Los otros estarán aquí pronto. Será mejor que me cambie.

—Te ayudaré a elegir algo —dijo Suzanne.

—No. Puedes bajar. Yo estaré con ustedes en unos minutos...

—Pero sabes cómo me gusta elegir ropa para ti...

—Vamos —dijo Beth, empujando a Suzanne hacia la puerta—. Tomate todo el tiempo que quieras, Ivy. Si los chicos llegan, te avisaremos. —Beth empujó la puerta y la cerró detrás de Suzanne.

Ivy miró a través de su habitación la fotografía de Tristan. Se puso de pie tan inmóvil como una estatua, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Lacey dijo suavemente —Tristan, necesitas descansar ahora. No hay nada que puedas hacer hasta que descanses.

Pero él no podría dejar a Ivy. Puso sus brazos alrededor de ella. Ella se deslizó a través de él y se acercó al escritorio, tomando la foto en sus manos. Él la envolvió en sus brazos de nuevo, pero ella sólo lloró aun más fuerte.

Entonces Ella se posó ligeramente sobre el escritorio. Las manos de Lacey la habían hecho llegar hasta allí. La gata se frotó contra la cabeza de Ivy.

—Oh, Ella. No sé cómo olvidarme de él.

—No me olvides, ... —rogó Tristan.

—Al final, ella debe hacerlo —advirtió Lacey.

—Lo he perdido, Ella, lo sé. Tristan está muerto. Él no puede abrazarme de nuevo. No puede pensar en mí. No puede quererme ahora. El amor termina con la muerte.

—¡No termina! —dijo Tristan—. Te voy a abrazar de nuevo, lo juro, y tú verás que mi amor nunca terminará.

—Estas agotado, Tristan —le dijo Lacey.

—¡Te abrazaré, te amaré por siempre!

—Si no descansas ahora —dijo Lacey—, estarás aun más confundido. Se te hará difícil diferenciar lo real de lo irreal, o despertarás en la oscuridad. Tristan, escúchame...

Pero antes de que ella terminara de hablar, la oscuridad lo alcanzó.

[*] Tweedledee y Tweedledum: Personajes de Alicia en el país de las maravillas.



Capítulo 16



*Traducido por AndreaN
Corregido por marzeDoyle*

—Bueno —dijo Suzanne mientras su grupo salía del cine—, en las últimas semanas, creo que hemos visto al menos tantas películas como Siskel y Ebert.

—No estoy seguro de que ellos fueran a ver esta —observó Will.

—Es la única película que me ha gustado hasta ahora —dijo Eric—. No puedo esperar hasta que hagan Bloodbath IV.

Gregory miro a Ivy. Ella volteo su cabeza. Ivy era la que sugería una película siempre que alguien le decía que necesitaba salir, lo que era algo a menudo últimamente. Si hubiera dependido de ella, se sentaría a través de una función triple. Ocasionalmente se perdía a sí misma en la historia, pero incluso si no lo hacía, era una manera de parecer sociable sin tener que hablar. Desafortunadamente, la parte más fácil de la noche había terminado ahora. Ivy hizo una mueca de dolor cuando salieron del otro mundo frío y oscuro del cine hacia la noche caliente y llena de luces de neón. —¿Pizza? —preguntó Gregory.

—Podría beber algo —dijo Suzanne.

—Bueno, Gregory invita, ya que el no me dejará abastecerlos —le dijo Eric— Gregory compra la pizza —dijo Gregory.

Ivy pensaba más y más, que Gregory había empezado a parecerse a un consejero de campamento, pastoreando alrededor de este extraño rebaño de personas, actuando responsable. Era una sorpresa que Eric se resignara a eso, pero ella sabía que Gregory, Will, y Eric todavía tenían sus propias noches para salir, noches con chicas y chicos más salvajes. En estas citas grupales Ivy jugaba un juego consigo misma, viendo cuanto tiempo podía durar sin pensar en Tristan, o al menos sin

extrañarlo terriblemente. Ella trabajaba prestándole atención a aquellos alrededor de ella. La vida continuaba para ellos, incluso si no lo hacía para ella.

Esa noche ellos se dirigieron a Celentano's, un popular salón de pizza. Sus sillas se tambaleaban y los manteles eran cuadrados de papel encerado, habían lápices y crayones disponibles, pues debías dibujar lo que querías comer, también había un anuncio decía que los dueños, Pat y Dennis, eran completamente gourmets. Beth, quien amaba cualquier cosa con chocolate, adoraba sus famosas pizzas de postre.

—¿Qué vas a pedir esta noche? —se burló Gregory—. ¿Brownies y queso?

Beth sonrió, con dos rayas rosas mostrándose arriba de sus mejillas. Parte de la belleza de Beth era su actitud abierta, pensó Ivy, su manera de sonreírte sin que eso la impida avanzar.

—Voy a pedir algo diferente. Algo saludable. ¡Lo tengo! ¡Queso brie con albaricoques y virutas de chocolate amargo!

Gregory rió y recostó ligeramente su mano en el hombro de Beth. Ivy pensó en los momentos cuando ella había estado mistificada por algunos de los comentarios de Gregory y convencida de que el solo podía burlarse de ella y sus amigas. Pero ahora lo encontraba bastante fácil de descifrar. Como su padre, él tenía temperamento y necesitaba ser apreciado. Para este momento, ambas, Beth y Suzanne lo estaban apreciando, Suzanne mirándolo con mas perspicacia, mirándolo por encima de su menú.

—Todo lo que quiero es pepperoni —se quejó Eric—. Solo pepperoni. —El estaba corriendo sus dedos hacia arriba y abajo de la lista de pizzas, hacia arriba y abajo y a través de ella, como un ratón frustrado que no podía encontrar la salida de un laberinto.

Will aparentemente se había decidido.

Su se menú estaba cerrado y él había empezado a dibujar en el individual de papel en frente de él.

—Bueno, Rembrant regresa —dijo Pat, pasando por su mesa, asintiendo hacia Will—. Estuvo aquí para el almuerzo tres veces esta semana —les explicó ella a los

otros—. Me gustaría pensar que es por nuestra cocina, pero sé que es por los materiales de arte gratis.

Will le dio una sonrisa, pero era más con sus ojos, que eran profundamente marrones, que con su boca. Sus labios se torcieron ligeramente solo en una esquina de su boca. *Él* no era fácil de descifrar, pensó Ivy.

—O’Leary, —dijo Eric cuando la dueña se fue—, ¿ahora estas atraído por Pat, o qué?

—Como con esas mujeres mayores —Gregory se burló—. Una en UCLA*, una yendo a Europa en vez de a la universidad...

—Estas bromeando —dijo Suzanne, obviamente impresionada. Will alzo la mirada—. Somos amigos —dijo, y continuó coloreando—. Y trabajo al lado, en el laboratorio fotográfico.

Eso eran noticias para Ivy. Ninguno de los amigos de Gregory tenía un trabajo de verdad.

—Will hizo ese retrato de Pat —le dijo Gregory a las chicas.

Estaba pegado en la pared, un pedazo de papel barato trabajado con creyones de cera. Pero sí era Pat, con su liso y suave cabello y ojos de avellana y boca generosa, él la había encontrado hermosa.

—Eres realmente bueno —dijo Ivy.

Los ojos de Will se levantaron y sostuvieron los suyos por un segundo, luego continuo dibujando. Por su vida ella no sabría si él estaba intentando ser indiferente o si solo era tímido.

—Sabes, Will —dijo Beth—, Ivy se sigue preguntando si eres realmente indiferente o si solamente eres tímido.

Will parpadeó.

—¡Beth! —dijo Ivy—. ¿De dónde salió eso?

—Bueno, ¿no te lo has preguntado? Oh, bueno, tal vez fue Suzanne. Tal vez fui yo. No lo sé, Ivy, mi mente es un embrollo. Tengo una especie de dolor de cabeza desde que deje tu casa. Creo que necesito cafeína.

Gregory rió.

—Esa pizza de chocolate debería hacer el trabajo.

—Para tu información —le dijo Will a Beth—, no soy realmente indiferente.

—Dame un respiro —dijo Gregory.

Ivy se sentó hacia atrás en su asiento y miró su reloj. Bueno, habían pasado ocho minutos enteros en los que había pensado en otras personas. Ocho minutos enteros sin imaginar cómo habría sido si Tristan estuviera sentado a su lado. Eso era un progreso. Pat tomó su orden. Luego, ella escarbo en su bolsillo y sostuvo algunas formas para Will.

—Hago esto en frente de tus amigos, para que no puedas alejarte, Will. He estado guardando tus individuales y estoy planeando venderlos una vez que tus pinturas estén colgadas en el Museo Metropolitano. Pero si no llevas algunos de tus trabajos al festival, yo llevaré los individuales.

—Gracias por dejarme elegir, Pat —dijo él secamente.

—¿Tienes algunas formas más? —preguntó Suzanne—. Ivy necesita una.

—¿Tu también has estado guardando mis individuales? —preguntó Ivy.

—Tu *música*, chica. El festival de Stonehill es para todo tipo de artistas. Ellos arreglaron un escenario para presentaciones en vivo. Esto será bueno para ti.

Ivy mordió su lengua. Estaba tan cansada de la gente diciéndole lo que sería bueno para ella. Cada vez que alguien decía eso, todo en lo que podía pensar era, Tristan es bueno para mí.

Dos minutos esta vez, dos minutos sin pensar en él. Pat trajo mas formas del

festival al mismo tiempo que trajo las pizzas. Los otros recuerdos acerca del festival de artes del verano estaban en el pasado.

—Me gusta observar a los bailarines —dijo Gregory.

—Yo una vez fui una joven bailarina —le dijo Beth.

—Hasta que un inoportuno accidente termino su carrera —remarco Suzanne.

—Tenía seis —dijo Beth—, y todo era bastante mágico; yo estaba revoloteando por ahí con mi traje de lentejuelas, miles de estrellas brillaban sobre mí. Desafortunadamente, yo baile directamente fuera del escenario. —Will se rió en voz alta. Era la primera vez que Ivy lo había escuchado reír de ese modo.

—¿Recuerdan cuando Richmond toco el acordeón?

—¿El Sr. Richmon, nuestro director?

Gregory asintió.

—El alcalde quito un taburete de su camino.

—Y luego Richmond se sentó —dijo Eric.

—¡Yow!

Ivy se rió con los demás, aunque más que nada estaba actuando. Siempre que algo le interesaba o la hacía reír, al primer segundo sostenía su atención, y al siguiente segundo ella pensaba, tengo que contarle a Tristan.

Cuatro minutos esta vez. Will estaba dibujando unas divertidas pequeñas escenas en el individual: Beth girando en sus dedos de los pies, las piernas de Richmond volando hacia arriba. El agrupo las escenas como si fueran una tira cómica. Sus manos eran rápidas, sus trazos fuertes y seguros. Por unos pocos momentos, Ivy observó con interés. Luego Suzanne suspiró soltando un siseo. Ivy miro a ambos lados, pero el rostro de Suzanne era una máscara de simpatía.

—Aquí viene una amiga tuya —le dijo a Gregory.

Todo el mundo se dio la vuelta. Ivy trago con fuerza. Era Twinkie Hammonds, la pequeña, petite morena, como Suzanne la había nombrado, la chica con la que Ivy había hablado el día que vio a Tristan nadar por primera vez. Y con ella estaba Gary. Gary estaba mirando a Ivy. Luego el cabeceo hacia Will, quien estaba sentado a su lado, luego a Eric y a Gregory. No era como si ella estuviera en una cita; de todos modos; ella sintió los ojos de Gary acusándola.

—Hola, Ivy.

—Hola.

—¿La estas pasando bien? —preguntó.

Ella jugueteó con un crayón, luego asintió con la cabeza.

—Sí.

—No te había visto desde hace mucho.

—Lo sé —dijo ella, aunque ella lo había visto en el centro comercial una vez, y otra vez en la ciudad. Rápidamente ella se había metido en la puerta más cercana.

—¿Sales mucho ahora? —pregunto él.

—Bastante, supongo.

Cada vez que ella lo veía, esperaba que Tristan estuviera cerca. Cada vez ella tenía que pasar por ese dolor de nuevo.

—Eso pensé. Twinkie me lo dijo.

—¿Tienes un problema con eso? —preguntó Gregory.

—Estaba hablando con ella, no contigo —replicó Gary frescamente—, y sólo me estaba preguntando cómo estaba ella —él cambió su peso de un pie al otro—. Los padres de Tristan estaban preguntando por ti el otro día.

Ivy bajó su cabeza.

—Los visito algunas veces.

—Genial —dijo ella—. Se había prometido a sí misma un centenar de veces que iría a verlos.

—Ellos están muy solitarios —dijo Gary.

—Supongo que sí —ella hizo pequeñas x oscuras con su crayón.

—Les gusta hablar acerca de Tristan.

Ella asintió silenciosamente. No podía ir a esa casa de nuevo, ¡no podía! Ella puso el crayón hacia abajo.

—Ellos todavía tienen tu foto en su cuarto.

Sus ojos estaban secos. Pero su aliento estaba acelerado. Ella intentó aspirarlo y dejarlo salir con regularidad, para que nadie pudiera notarlo.

—Tu foto tiene una nota metida debajo de ella —la voz de Gary se agitó con una especie de risa temblorosa—. Sabes la clase de padres que ellos son... fueron. Siempre respetando a Tristan y su privacidad. Incluso ahora ellos no la leyeron. Pero saben que es tu manera de escribir y que él la guardo. Ellos dedujeron que es una especie de nota de amor y que debería quedarse con tu foto.

¿Qué había escrito? Nada lo suficientemente valioso como para guardar. Solo notas confirmando la hora en que ellos se encontrarían para su próxima lección. Y él había guardado esa basura. Ivy luchó por contener las lágrimas. Ella nunca debió haber salido con los otros esa noche. No podría mantener su acto por el tiempo suficiente.

—¡Idiota! —esa era la voz de Gregory.

—Está bien —dijo Ivy.

—¡Sal de aquí, idiota, antes de que te obligue a hacerlo! —ordenó Gregory.

—¡Esta bien! —era en serio. Gary no podía evitar sentirse así, al igual como tampoco ella podía.

—Te lo dije, Gary —dijo Twinkie—, ella no es el tipo de chica que se viste de negro por un año entero.

La silla de Gregory se cayó hacia atrás mientras él se levantaba, y luego la pateo hacia un lado. Dennis Celentano lo agarró justo antes de que llegara al otro lado de la mesa.

—¿Cuál es el problema, chicos?

Ivy todavía estaba sentada con la cabeza baja. En los viejos tiempos ella les habría rezado a sus ángeles por fortaleza, pero ya no podía hacerlo. Ella se sostuvo a sí misma, envolviendo sus brazos alrededor de sí misma. Ella apagó todos sus pensamientos, todos sus sentimientos; bloqueo todas las palabras furiosas que giraban a su alrededor. Entumecida, ella permanecería entumecida; si tan solo pudiera quedarse entumecida para siempre. ¿Por qué no había muerto ella en vez de él? ¿Por qué había ocurrido de esa manera? Tristan había sido todo lo que sus padres tenían. El había sido todo lo ella había querido. Nadie podría tomar su lugar. ¡Ella debió haber muerto, no el!

El cuarto repentinamente estaba tranquilo, mortalmente tranquilo a su alrededor. ¿Había dicho eso en voz alta? Gary ya no estaba. Ella no podía oír nada excepto la rasgadura de un lápiz. La mano de Will se movía rápidamente, con trazos fuertes e incluso más seguros que antes.

Ivy lo observó con una fascinación entumecida. Finalmente Will alejó su mano. Ella miro los dibujos. Ángeles, ángeles, ángeles. Un ángel se parecía a Tristan, sus brazos estaban envueltos alrededor de ella cariñosamente. Furia corrió a través de ella.

—¡Como te atreves! —dijo—, ¡Como te atreves, Will!

Sus ojos encontraron los de ella. Había confusión y pánico en ellos. Pero ella no se ablandó. Ella no sentía nada además de furia.

—Ivy, no sé porque... yo no quería... yo nunca quise, Ivy, te juro que yo nunca haría...

Ella arranco el papel de la mesa. Él la miro con incredulidad.

—Yo nunca te lastimaría —dijo silenciosamente.

Había sido tan sencillo. En menos de un milisegundo, pareció, que Tristan se había deslizado dentro de Will. Ahí no había una lucha por comunicarse: las fotos de ángeles habían venido rápidamente, como si sus mentes fueran una. Él había compartido el asombro de Will con la vista de la imagen que su lápiz había dibujado; si tan solo Will pudiera hacerlo real para ellos, con Tristan reconfortando a Ivy.

—¿Qué hago ahora, Lacey? —preguntó Tristan—. ¿Cómo puedo ayudar a Ivy, si todo lo que hago es seguir lastimándola?

Pero Lacey no estaba ahí para darle su consejo. Tristan vagaba por las calles del silencioso pueblo mucho tiempo después de que Ivy y sus compañeros se habían ido. El necesitaba pensar en cosas. El casi tenía miedo de intentarlo de nuevo. Estatuas de ángeles, fotos de ángeles, solo mencionar ángeles agitaba en Ivy nada más que dolor y rabia, pero eso era lo que él era ahora, su ángel. Sus nuevos poderes eran inútiles, completamente inútiles. Y todavía estaba la causa de su misión, de la que él era totalmente ignorante. Era tan difícil pensar en eso, cuando en todo lo que podía pensar era buscar a Ivy.

—¿Qué hago ahora, Lacey? —preguntó de nuevo.

Se preguntó si Lacey estaba siendo dramática cuando había dicho que su misión podía ser para salvar a alguien del desastre. ¿Pero qué pasa si tiene razón? ¿Y qué pasa si él estaba tan atrapado en su dolor y en el de Ivy que le fallaba a alguien? Lacey había dicho que se quedara cerca de la gente que conocía, por lo que, tan pronto como despertó de la oscuridad, el busco a Gary y lo siguió a Celentano's esa tarde. Ella también le había dicho que la clave de su misión podría estar en el pasado, algún problema que él vio pero que no reconoció como tal. El necesitaba averiguar cómo viajar al pasado por el tiempo.

El imaginaba el tiempo como una red giratoria que juntaba los pensamientos y sentimientos y acciones, una red que lo había sostenido hasta que repentinamente se rompió. Parecía que el punto de entrada más fácil sería su punto de salida. ¿Ayudaría ir al lugar en sí mismo? Rápidamente el hizo su camino por las oscuras y ventosas carreteras secundarias. Era muy tarde ahora y ningún carro estaba en la carretera. Un misterioso sentimiento, la sensación de que en cualquier momento un venado podría saltar frente a él, lo hizo bajar la velocidad, pero solo por un momento. Era extraño cuan fácilmente encontró el lugar y lo seguro que estaba de que *era* el lugar, porque cada giro y torcedura en la carretera se veía igual. La luna, aunque estaba llena, se filtraba vagamente a través de las pesadas hojas. Aquí no había ninguna salpicadura de luz plateada, solo un aligeramiento del aire, una especie de niebla fantasmal gris. De todos modos, el encontró las rosas.

No las que él le había dado a ella, si no unas que se parecían a esas. Ellas estaban recostadas a un lado de la carretera, completamente marchitas. Cuando él las recogió, sus pétalos se cayeron como si fueran copos carbonizados; sólo que su satinada cinta morada había sobrevivido. Tristan miró mas debajo de la carretera como si pudiera mirar hacia atrás en el tiempo. El intento recordar su último minuto estando vivo. La luz. Una increíble luz y voz, o mensaje —él no estaba seguro si era una voz en realidad y no podía recordar ninguna palabra—. Pero eso había venido después de la explosión de luz. El regreso de nuevo a la luz y se concentro en eso.

Un punto de luz, sí, antes del túnel, antes de la luz segadora en el final, había estado un punto de luz, la luz en los ojos del venado.

Tristan se estremeció. Se abrazo a sí mismo. Luego todo su ser sintió el impacto. Se sintió como si estuviera colapsando sobre sí mismo. Se cayó hacia atrás. El carro se estaba apresurando hacia atrás, como una vuelta en un parque de diversiones que repentinamente se había arrojado en reversa. El estaba atrapado en una cinta que estaba corriendo hacia atrás, con palabras de algarabía y movimientos frenéticos.

El intentó detenerlo, manejarlo para que se detuviera, gasto cada tanto de su energía en detener el tiempo que corría hacia atrás.

Luego Ivy y él estaban sentados lado a lado, absolutamente quietos, como si

estuvieran congelados en un marco de película. Ellos estaban en el carro y se dirigían lentamente hacia delante ahora.

—Última mirada al río —dijo él mientras la carretera hacia un fuerte giro lejos de ella.

El sol de Junio, pasando por la cresta oeste del lago de Connecticut, llenaba de luz las copas de los arboles, bañándolos con un fuego de oro. El sinuoso camino se deslizó en un túnel de arcos, álamos y robles. Era como deslizarse bajo olas verdes y oscuras. Tristan encendió los faros.

—Realmente no tienes que apurarte —dijo Ivy—. Ya no tengo hambre.

—¿Arruine tu apetito?

Ella sacudió su cabeza.

—Supongo que estoy llena de felicidad —dijo ella suavemente.

El carro aceleró y tomó una curva bruscamente.

—Dije que, no tenemos que apresurarnos.

—Eso es divertido —murmuro él—. Me pregunto porque... —Él miro hacia abajo a sus pies—. Esto no se siente...

—Baja la velocidad, ¿sí? No importa si estamos un poco retrasados... ¡Oh! —Ivy apunto hacia el frente—. ¡Tristan!

Algo había caído de los matorrales y entrado a la carretera. Él lo había visto también, un parpadeo de movimiento entre las sombras profundas. Luego el venado se detuvo. Volteo su cabeza, sus ojos enfocaron los brillantes faros del carro.

—¡Tristan! —gritó ella.

Él frenó con más fuerza. Ellos se estaban apresurando hacia los ojos brillantes.

—Tristan, ¿no lo ves?

—Ivy, algo...

—¡Un venado!

El frenó una y otra vez, el pedal estaba presionado plano contra el piso, pero el carro no reducía la velocidad. Los ojos del animal ardieron. Luego, luz vino desde detrás de él, una explosión de luces, un carro estaba viniendo desde la dirección opuesta. Los arboles lo amurallaron. No había espacio para girar a la izquierda o la derecha, y el pedal del freno todavía estaba plano contra el piso.

—¡Detente! —gritó ella.

—Yo...

—Detente, ¿Por qué no te detienes? —imploró ella—. ¡Tristan, *detente!*

Él quiso que el carro se detuviera, el quiso regresarse a sí mismo al presente, pero él no tenía control, nada lo detendría de acelerar hacia el embudo giratorio de oscuridad. Eso lo tragaría.

Cuando abrió sus ojos, Lacey estaba mirándolo con atención.

—¿Viaje duro?

Tristan miro a su alrededor. El todavía estaba en la carretera arbolada, pero era temprano en la mañana ahora, con luz dorada tan frágil como redes de arañas asomándose por los árboles. El intento recordar lo que había pasado.

—Me llamaste hace horas, me preguntaste que hacer ahora —le recordó ella—. Obviamente no pudiste esperar para averiguarlo.

—Regrese a ese momento —dijo él, y luego en una carrera lo recordó.

—Lacey, no fue solo el venado. Si no hubiera sido el venado, hubiera sido una pared. O árboles o el río o el puente. Podría haber sido otro carro.

—¡Cálmate, Tristan! ¿Qué estás diciendo?

—No hubo presión, no hubo fluidez. No debió haber cedido de ese modo —él agarró a Lacey—. ¿Qué pasa si... qué pasa si no fue un accidente? ¿Qué pasa si solamente pareció uno?

—Y tú solamente pareces muerto —replicó ella—. Seguramente estas bromeando.

—Escúchame, Lacey. Esos frenos estaban en perfecto estado. Alguien debió haberse metido con ellos. ¡Alguien corto la línea! Tienes que ayudarme.

—Pero ni siquiera sé como bombear gas —dijo ella.

—¡Tienes que ayudarme a alcanzar a Ivy! —Tristan empezó a bajar por la carretera.

—Prefiero trabajar en los frenos —gritó Lacey detrás de él—. Cálmate, Tristan. Antes de que golpees a otro venado.

Pero nada lo detendría.

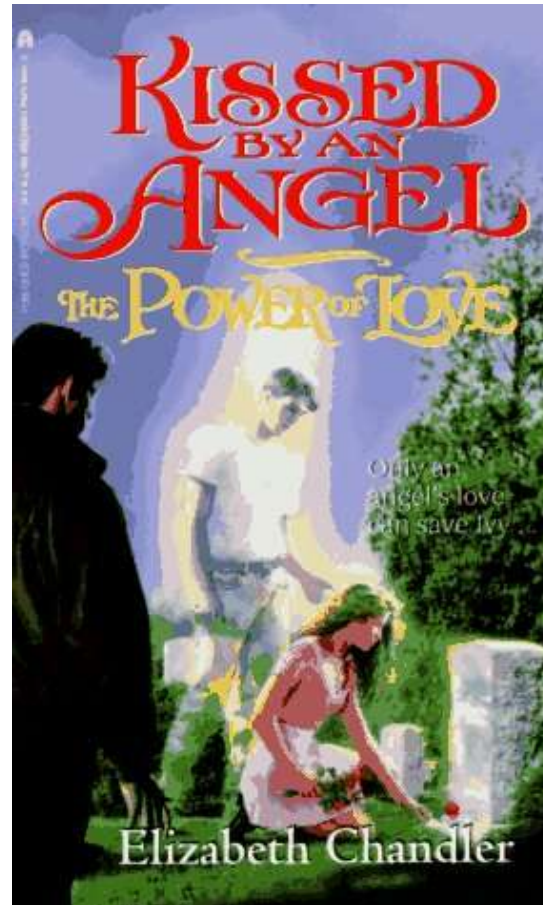
—Ivy tiene que creer de nuevo —dijo Tristan—. Tenemos que alcanzarla. Ella tiene que saber que no fue un accidente. ¡Alguien me quiere a mí ó a Ivy muertos!

[*1] UCLA: Universidad de California, Los Ángeles.

Fin

Esta historia continua con...

The Power of Love



Un mes después de la muerte de Tristan, Ivy se da cuenta de su presencia como su guardia celestial, pero es incapaz de creer en la existencia de ángeles guardianes hasta que el asesino de Tristan empieza a acosarla.

Sinopsis Traducida por AndreaN

186

Acerca de la autora...

Elizabeth Chandler

Elizabeth Chandler ha escrito libros de fotos, libros de capítulos, novelas de medio grado, y romances para jóvenes adultos (incluyendo la popular trilogía *Kissed by an Angel*) bajo una variedad de nombres. Como Mary Claire Helldorfer, vive en Baltimore, Maryland, y ama las historias, los gatos, el beisbol y a Bob—no necesariamente en ese orden.

Biografía traducida por AndreaN





Traducido, corregido y diseñado

En el foro:

Purple Rose

www.purplerose1.com

¡TE ESPERAMOS!



Purple Rose